

JESÚS GRACIA, EDITOR.

ALMANAQUE
DE LOS CHISTES

PARA 1870.

Libro divertido ó revalenta bufa para hacer bufar de risa á los que lo leyeren: contiene chistes, cuentos, chascarrillos, novelas, caricaturas, epigramas, etc., etc., de don Manuel del Palacio, Villergas, García Santistéban, Luis Mariani, Tárrego y Mateos y otros escritores.

COMPUESTO Y ARREGLADO

POR D. CARLOS DE PALOMERA Y FERRER.

Precio 4 reales.

MADRID.



ADMINISTRACION

calle del Ave-María, 12, entresuelo derecha.

1869.

MADRID:—Imprenta M. Minuesa, Juanelo, 19.

© *Biblioteca Nacional de España*

ALMANAQUE
DE
LOS CHISTES,
PARA EL AÑO DE 1870.

Posicion geográfica de Madrid.

Latitud 40° 24' 50" N.

Longitud 0h 10m 4s2 al E. del Observatorio de San Fernando.

Épocas célebres.

El presente año es de la era Cristiana, ó Nacimiento de Ntro. Señor Jesucristo, el 1870; de la creacion del mundo, segun el P. Petavio, el 5853; del Diluvio Universal, segun el mismo, el 4138; de la poblacion de España, el 4114; de la de Madrid, el 4039; de la de Cádiz, el 4052; de la fundacion de Roma, segun Varron, el 2522; de la Correccion Gregoriana, el 289; del Pontificado de N. S. P. Pio IX, el 25; de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de Maria Santisima, el 47.

Cómputo eclesiástico.

Aureo número 9, Epacta XXVIII, letra dominical, B.

Fiestas movibles.

Septuagésimo, el 13 de Febrero. Ceniza, el 2 de Marzo. Pascua de Resurreccion, el 17 de Abril. Ascension del Señor, el 26 de Mayo. Pascua de Pentecostés, el 5 de Junio. Santísimo Corpus Christi, el 16 de Junio. Adviento, el 27 de Noviembre.

Cuatro tómporas.

- I. El 9, 11 y 12 de Marzo.
- II. El 8, 10 y 11 de Junio.
- III. El 21, 23 y 24 de Setiembre.
- IV. El 15, 16 y 17 de Diciembre.

Días en que se saca ánima.

El 13 de Febrero. El 8, 19, 20 y 27 de Marzo. El 8, 9 y 20 de Abril.
El 9 y 11 de Junio.

Cuatro estaciones.

La **Primavera** entra el 20 de Marzo, á las 7 y 17 minutos de la noche.

El **Estío** el 21 de Junio, á las 5 y 41 minutos de la tarde.

El **Otoño** el 23 de Setiembre, á las 5 y 54 minutos de la mañana.

El **Invierno** el 21 de Diciembre, á las 11 y 58 minutos de la noche.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

ENERO 17. Eclipse total de Luna, *invisible* en Madrid.

Principio del eclipse á las 12 y 42 minutos del día.

Principio del eclipse total á la una y 43 minutos de la tarde.

Medio del eclipse á las 2 y 52 minutos de la tarde.

Fin del eclipse total á las 3 y 21 minutos de la tarde.

Fin del eclipse á las 4 y 21 minutos de la tarde.

El principio de este eclipse será visible en parte de Europa, en casi toda el Asia, en gran parte de la América septentrional, en la Australia, en la tierra de Van-Diemen, en el Estrecho de Behering, en parte del Océano Indico, en casi todo el Pacífico y en el mar Polar Artico.

El fin de este eclipse será visible en casi toda Europa, en toda el Asia, en gran parte de Africa, en una pequeña parte de la América septentrional, en la Australia, en la tierra de Van-Diemen, en el Estrecho de Behering, en casi todo el mar Mediterráneo, en el Océano Indico, en gran parte del Pacífico y en el mar Polar Artico.

ENERO 31. Eclipse parcial de Sol, *invisible* en Madrid.

El eclipse principia en la tierra á una hora 19 minutos 7 segundos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo

ve se halla en la longitud de $139^{\circ} 51'$ al O. de San Fernando, y latitud $60^{\circ} 56'$ S.

El medio del eclipse se verificará en la tierra á 5 horas un minuto 4 segundos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte, se halla en la longitud de $106^{\circ} 12'$ al E. de San Fernando, y latitud $69^{\circ} 58'$ S.

El eclipse termina en la tierra á 4 horas 43 minutos un segundo, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de $59^{\circ} 4'$ al E. de San Fernando, y latitud $42^{\circ} 22'$ S.

Este eclipse será visible en parte del Océano Atlántico y Pacífico del Sur y en el mar Polar Antártico.

JUNIO 28. Eclipse parcial de Sol, *invisible* en Madrid.

El eclipse principia en la tierra á las 9 horas 28 minutos 3 segundos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de $156^{\circ} 10'$ al E. de San Fernando, y latitud $47^{\circ} 13'$ S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la Australia, en la Nueva Zelanda y en parte del Océano Pacífico del Sur.

JULIO 12. Eclipse total de Luna, *visible* en Madrid.

Principio del eclipse á las 8 y 50 minutos de la noche.

Principio del eclipse total á las 9 y 30 minutos de la noche.

Medio del eclipse á las 10 y 19 minutos de la noche.

Fin del eclipse total á las 11 y 9 minutos de la noche.

Fin del eclipse á las 12 y 9 minutos de la noche.

El principio de este eclipse será visible en casi toda Europa y Asia, en toda el África, en parte de la América meridional, en casi toda la Australia, en la tierra de Van-Diemen, en el Océano Indico, en gran parte del Atlántico, en el mar Mediterráneo, en parte del Pacífico y en el mar Polar Antártico.

El fin de este eclipse será visible en casi toda Europa, en parte de Asia, en toda el África, en una pequeña parte de la América septentrional, en toda la Meridional, en las Antillas, en el Océano Atlántico, en el Mediterráneo, en casi todo el Océano Indico y en el mar Polar Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 81° de su vértice boreal hácia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 87° de su vértice boreal hácia Occidente (vision directa).

JULIO 27. Eclipse parcial de Sol, *invisible* en Madrid.

El eclipse principia en la tierra á 21 horas 57 minutos 4 segundos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo

ve se halla en la longitud de $152^{\circ} 51'$ al O. de San Fernando, y latitud $70^{\circ} 30' N.$

Este eclipse sera visible en parte de Asia y de la América del Norte.

DICIEMBRE 21 y 22. Eclipse total de Sol, *visible* como parcial en Madrid.

El eclipse principia en la tierra el dia 21 á 21 horas 48 minutos 8 segundos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de $39^{\circ} 31'$ al O. de San Fernando, y latitud $55^{\circ} 38' N.$

El eclipse termina en la tierra el dia 22 á 2 horas 16 minutos 5 segundos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de $43^{\circ} 29'$ al E. de San Fernando, y latitud $26^{\circ} 4' N.$

Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid son las siguientes:

Principio á las 10 y 41 minutos de la mañana del 22.

Medio á las 12 y 6 minutos de la mañana del mismo.

Fin á la una y 32 minutos de la tarde del mismo.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol 0,946, tomando como unidad el diametro del Sol.

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista $68''$ del vértice superior del Sol hácia la derecha (vision directa.)

Este eclipse será visible en casi toda Europa, en gran parte de Africa, en parte de Asia, en una pequeña parte de la América septentrional, en gran parte del Océano Atlántico, en el Mediterráneo y en el mar Rojo.

ADVERTENCIAS.

4.^a Por concesion Apostólica, dada en Roma el dia 13 de Agosto de 1858 por N. SS. P. Pio IX, que actualmente gobierna la Iglesia, se dignó Su Santidad prorogar por el término de ocho años, que principiaron á contarse desde la predicacion correspondiente al de 1861, el privilegio anteriormente concedido para que todos los fieles estantes y habitantes en el territorio español, incluidos los dominios de América, puedan comer carnes saludables (guardando la forma del ayuno) en los dias de Cuaresma y en los de vigilia y abstinencia que ocurran en el discurso del año á excepcion del Miércoles de Ceniza, de los Viernes

de Cuaresma, del Miércoles, Juéves, Viérnes y Sábado de la Semana Santa ó mayor, de toda esta misma semana (ménos el Domingo de Ramos) con respecto á los eclesiásticos; y finalmente, de la vigilia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, de Pentecostés, de la Asuncion de la Beatísima Virgen María y de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo: advirtiendo que para usar de este privilegio es necesario tener, además de la Bula de la Santa Cruzada, el indulto apostólico para el uso de carnes; de la limosna ó estipendio que á la categoría y utilidades de cada cual corresponda, segun y como se previene por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Comisario general de Cruzada, en su edicto sobre el particular.

2.^a Los que hagan uso del privilegio de que se habla en la nota precedente, cumplen el precepto de *la abstinencia con no promiscuar*; esto es, *no mezclar carne y pescado en una misma comida*, lo que deben observar en todos los Viérnes del año (que no sean de Cuaresma, ni vigilia con abstinencia de carne), en los domingos de Cuaresma, y los dias en que se previene *abstinencia*; y cumplen el *del ayuno con no hacer sino una sola comida en la cual puedan comer carne, mas no promiscuar*, lo que deben observar los Lunes, Mártes, Miércoles, Juéves y Sábados de Cuaresma, los dias de *Témporas* y las *vigilias*; pero deben observar *rigoroso ayuno*, que consiste en *no hacer sino una sola comida abstiniéndose de carne*, el Miércoles de Ceniza los Viérnes de Cuaresma, el Miércoles, Juéves, Viérnes y Sábado de la Semana Santa y las *vigilias con abstinencia de carne*.

Los que no hagan uso del mencionado privilegio deben observar *rigoroso ayuno en todos los dias de Cuaresma*, en los de *Témpora*, en las *vigilias* y en las *vigilias con abstinencia de carne*; y *abstenerse de comer carne* en todos los Viérnes del año, en los domingos de Cuaresma y dias en que se previene *abstinencia*.

3.^a Las fiestas de precepto van señaladas con una † y letra *bastardilla*; los dias en que se saca ánima del purgatorio van indicados así: *Ánima*.

SOL.	ENERO.		SOL.
Saló.	TIENE 31 DIAS.		Pónosa.
h. m.			h. m.
7.23	1	Sáb. † <i>La Circuncision del Señor</i> y san Concordio.	4.45
	☉	<i>Nueva á las 11 y 51 minutos de la noche, en Capricornio.—Frios.</i>	
7.23	2	Dom. † s. Isidoro, ob. y mr., y s. Macario.— <i>Abrense los Tribunales.</i>	4.45
7.24	3	Lun. s. Antero, p. y mr., y s. Canuto, rey y mr.	4.46
7.24	4	Mar. s. Aquilino y comps. mrs., y sta. Genoveva.	4.47
1.24	5	Miér. s. Telesforo, p. y mr.	4.48
7.24	6	Juev. † <i>La Adoracion de los Santos Reyes.</i>	4.49
7.24	7	Vier. s. Julian y s. Teodoro, monje, y s. Raimundo de Peñafort. <i>Abrense las velaciones.</i>	4.50
7.23	8	Sáb. s. Luciano y comps. mrs.	4.51
7.23	9	Dom. † s. Julian, y su esposa sta. Basílica. En Pamplona, s. Antonio. <i>Creciente á las 8 y 48 ms. de la noche, en Aries.—Hielos.</i>	4.52
7.23	10	Lun. s. Nicanor, diác. y mr. En Zaragoza, s. Juan Bueno, ob.	4.53
7.23	11	Mar. s. Higinio, p. y mr. En Cádiz, s. Teodoro.	4.54
7.22	12	Miér. s. Benito, ab. y cf. En Córdoba, s. Modesto.	4.55
7.22	13	Juev. s. Gumersindo, pbro. En Córdoba, s. Leoncio.	4.56
7.22	14	Vier. s. Hilario, ob. y cf. En Barcelona, s. Félix, p.	4.57
7.21	15	Sáb. s. Pablo, primer ermitaño.	4.58
7.21	16	Dom. † El Dulce Nombre de Jesús, y san Fulgencio, ob.	5. 0

SOL.	ENERO.		SOL.
Saló.	TIENE 31 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
7.20	17	Lun. s. Antonio, ab. En Barcelona, santa Rosalía.	5. 1
		☉ <i>Llena á las 2 y 31 ms. de la tarde, en Cáncer.—Frios.</i> <i>Eclipse total de Luna, invisible en Madrid.</i>	
7.20	18	Mar. La cátedra de s. Pedro en Roma, y sta. Prisca.	5. 2
7.20	19	Miér. s. Canuto, rey y mr., y s. Mario y comps. mrs.	5. 3
7.19	20	Juev. s. Fabian p. y s. Sebastian, mr.	5. 4
		SOL EN ACUARIO.	
7.19	21	Vier. sta. Inés, vg. y mr., y s. Fructuoso y comps. mrs.	5. 5
7.18	22	Sáb. s. Vicente, diác., y s. Anastasio, mrs.	5. 7
7.17	23	Dom. † s. Idefonso, arz. de Toledo, y s. Raimundo, cf.	5. 8
7.17	24	Lun. Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo, ob. y mr.	5. 9
		☽ <i>Menguante á las 10 y 8 ms. de la mañana, en Escorpio.—Frios.</i>	
7.16	25	Mar. La conversion de s. Pablo ap. y sta. Elvira, vg. y mr.	5.10
7.15	26	Miér. s. Policarpo y sta. Paula, viuda romana.	5.11
7.14	27	Juev. s. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.	5.12
7.13	28	Vier. s. Julian, ob. de Cuenca, s. Tirso y s. Valero.	5.14
7.13	29	Sáb. s. Francisco de Sales, ob. y cf.	5.15
7.12	30	Dom. † sta. Martina, vg. y mr., y s. Lesmes, ab.	5.16
7.11	31	Lun. s. Pedro Nolaseo, fundador, y santa Marcefa, viuda.	5.17
		☺ <i>Nueva á las 3 y 26 ms. de la tarde, en Acuario.—Lluvias ó hielos.</i> <i>Eclipse parcial de sol, visible en Madrid.</i>	

SOL.	FEBRERO.		SOL.
Saló.	TIENE 28 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
7. 10	1	Mar. s. Ignacio, ob. y mr., y sta. Brígida.	5. 19
7. 9	2	Miér. † <i>La Purificación de Nuestra Señora</i> y sta. Feliciana.	5. 20
7. 8	3	Juev. s. Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.	5. 21
7. 7	4	Vier. s. Andrés Corsino, ob., y s. José de Leosina, cf.	5. 22
7. 6	5	Sáb. sta. Agueda, vg. y mr., y s. Felipe de Jesús, mr.	5. 23
7. 5	6	Dom. † sta. Dorotea vg. y mr., y en Corvera el sto. Misterio.	5. 25
7. 4	7	Lun. s. Romualdo, ob., y s. Ricardo, rey.	5. 26
7. 3	8	Mar. s. Juan de Mata, fund., y stos. Juvenio y Lucio, mrs.	5. 27
		☾ <i>Crecente á las 6 y 3 ms. de la tarde, en Tauro.</i> —Llueve.	
7. 1	9	Miér. sta. Apolonia, vg. y mr., y s. Fructuoso y comps mrs.	5. 28
6. 59	10	Juev. sta. Escolástica, vg., y en Aragon, s. Sabino, ob.	5. 29
6. 58	11	Vier. s. Saturnino, pbro. y compañeros mártires.	5. 31
6. 57	12	Sáb. sta. Eulalia, vg. y mr., y en Aragon, s. Gaudemio, ob.	5. 32
6. 55	13	Dom. † <i>de Septuagésima.</i> S. Benigno mr.	5. 33
		<i>Anima.</i>	
6. 54	14	Lun. s. Valentin, pbro. y mr., y en Córdoba, s. Raimundo.	5. 31
6. 53	15	Mar. s. Faustino, pbro., y en Pamplona Nuestra Señora de Guadalupe.	5. 35

SOL.	FEBRERO.		SOL.
Sale.	TIENE 28 DIAS.		PONASE.
h. m.			h. m.
6.52	16	Miér. s. Julian y 5,000 comps. mrs., y s. Claudio, ob.	5.37
		☉ <i>Llena á las 5 y 15 minutos de la mañana, en Leo.— Frios ó Húvias.</i>	
6.51	17	Juev. s. Julian de Capadocia, mr. En Córdoba, s. Ignacio, ob.	5.38
6.50	18	Vier. s. Eladio, arzob. de Toledo, y san Simeon, ob. y mr.	5.39
SOL EN PISCIS.			
6.49	19	Sáb. s. Alvaro de Córdoba, cf., y s. Gabino, pbro.	5.40
6.47	20	Dom. † de Sexagésima. Stos. Leon y Eleuterio, obps.	5.41
6.46	21	Lun. s. Félix y s. Maximiano, ob. y cf.	5.43
6.45	22	Mar. La Cátedra de s. Pedro en Antioquia, y s. Pascasio.	5.44
		☾ <i>Menguante á las 6 y 51 minutos de la noche, en Sagitario.— Buen tiempo.</i>	
6.43	23	Miér. sta Marta, vg. y mr., y s. Florencio, ob.	5.45
6.42	24	Juev. s. Matías, ap., s. Modesto ob. y san Torcuato.	5.46
6.40	25	Vier. s. Cesáreo, cf., y s. Félix, p. En Búrgos, sta. Elena.	5.47
6.39	26	Sáb. s. Alejandro y s. Faustino, obps.	5.48
6.37	27	Dom. † de Quincuagésima. S. Baldomero, confesor.	5.49
6.36	28	Lun. s. Roman, ob., y s. Macario y compañeros mrs.	5.50

SOL.		MARZO.		SOL.	
Sale.		TIENE 31 DIAS.		Pónese.	
k.	m.			k.	m.
6.34	1	Mar.	El Santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, ob. — <i>Ciérranse las velaciones.</i>	5.52	
6.33	2	Miér.	<i>de cenizo.</i> S. Lucio, ob. y mr. En Cataluña, s. Absalon.	5.53	
		☉	<i>Nueva á las 8 y 25 ms. de la mañana, en Piscis. — Buen tiempo.</i>		
6.31	3	Juev.	s. Emeterio y s. Celedonio, mrs.	5.54	
6.30	4	Vier.	s. Casimiro, rey y cf. En Búrgos, s. Adrian.	5.55	
6.28	5	Sáb.	s. Eusebio y comps. mrs. En Córdoba, s. Adriano.	5.56	
6.27	6	Dom.	† <i>I de Cuaresma.</i> Stos. Victor y Victoriano, mrs.	5.57	
6.25	7	Lun.	sto. Tomás de Aquino, doctor, y sta. Perpétua.	5.58	
6.23	8	Mar.	s. Juan de Dios, fundador, y s. Veremundo. — <i>Anima.</i>	5.58	
6.22	9	Miér.	sta. Francisca, viuda. En Barcelona, s. Ponciano, ob. — <i>Témpora.</i>	6. 0	
6.20	10	Juev.	s. Meliton y comps. mrs. En Aragón, s. Crescencio.	6. 1	
		☾	<i>Creciente á las 12 y 57 ms. del día, en Géminis. — Nubes.</i>		
6.19	11	Vier.	s. Eulogio, pbro. y mr., y santa Aurea, vg. — <i>Témpora.</i>	6. 3	
6.17	12	Sáb.	s. Gregorio el Magno, p. y dr, y san Teófanos. — <i>Témpora. — Ordenes.</i>	6. 4	
6.15	13	Dom.	† <i>II de Cuaresma.</i> S. Leandro, arzobispo de Sevilla.	6. 5	
6.14	14	Lun.	sta. Matilde, reina. En Sevilla, los stos. mrs. del valle de Feija.	6. 6	
6.12	15	Mar.	s. Raimundo, ob. y Idr. En Barcelona, sta. Madrona.	6. 7	

SOL.	MARZO.		SOL.
Sale.	TIENE 31 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
6.11	16	Miér. s. Julian, mr. En Zaragoza, san Félix.	6. 8
6. 9	17	Juev. s. Patricio, ob., y sta. Gertrudis. ☉ <i>Llena á la una y 37 ms. de la tarde, en Virgo.—Vientos ó lluvias.</i>	6. 9
6. 7	18	Vier. s. Gabriel Arcángel, y s. Braulio.	6.10
6. 6	19	Sáb. s. José, Esposo de Nuestra Señora. <i>Anima.</i>	6.11
6. 4	20	Dom. † <i>III de Cuaresma.</i> S. Niceto, ob., y sta. Eufemia, vg.— <i>Anima.</i> SOL EN ARIES.—Primavera.	6.12
6. 2	21	Lun. s. Benito, ab., s. Plácido y s. Lupicino.	6.13
6. 1	22	Mar. s. Deogracias, ob., s. Pablo, ob., y s. Ambrosio de Sena.	6.14
5.59	23	Miér. s. Victoriano y comps. mrs., y san Victor, mr.	6.15
5.57	24	Juev. s. Agapito, s. Segundo, mr., y san Simon. ☾ <i>Menquante á las 4 y 25 ms. de la mañana, en Capricornio.—Lluvias.</i>	6.16
5.56	25	Vier. † <i>La Anunciacion de Nuestra Señora.</i> s. Dimas, el buen ladron, y santa Dula, vg. y mr.	6.17
5.54	26	Sáb. s. Braulio, ob. y cf., s. Basilio y san Teodoro.	6.18
5.52	27	Dom. † <i>IV de Cuaresma.</i> S. Ruperto, obispo y cf.— <i>Anima.</i>	6.19
5.51	28	Lun. stos. Cástor y Doroteo, y s. Sixto III, papa.	6.20
5.49	29	Mar. s. Eustasio, ob. y mr., y s. Siro.	6.21
5.47	30	Miér. s. Juan Clímaco, ab., y s. Régulo, obispo, y cf.	6.22
5.46	31	Juev. sta Balbina, vg. y mr. y s. Amós, profeta.	6.23

SOL.	ABRIL.		SOL.
Sala.	TIENE 30 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
5.44	1	Vier. s. Venancio, ob. y mr., y sta. Teodora.	6.24
	☺	<i>Nueva á las una y 45 ms. de la madrugada, en Aries.—Lluvias.</i>	
5.43	2	Sáb. s. Francisco de Paula, fdr., y sta. Maria Egipcíaca.	6.26
5.41	3	Dom. † <i>de Pasión</i> . Stos. Ulpiano y Pancracio.	6.27
5.39	4	Lun. s. Isidoro, arzob. de Sevilla.	6.28
5.38	5	Mar. s. Vicente Ferrer y sta. Emilia.	6.29
5.36	6	Miér. s. Celestino, p., s. Guillermo, ob., y s. Diógenes, mr.	6.30
5.34	7	Juev. stos. Epifanio y Ciriaco, mrs., y san Herman.	6.31
5.33	8	Vier. † <i>de Dolores</i> . S. Dionisio, ob., y santa Casilda, vg.— <i>Anima</i> .	6.32
5.34	9	Sáb. sta. Maria Cleofé, y stas. Casilda y Catalina, vgs.— <i>Anima</i> .	6.33
	☾	<i>Creciente á las 4 y 11 ms. de la mañana, en Cáncer.—Buen tiempo.</i>	
5.30	10	Dom. † <i>de Ramos</i> . S. Daniel y s. Ezequiel, profetas.	6.34
5.28	11	Lun. s. Leon I, p. y dr.	6.35
5.27	12	Mar. stos. Víctor y Zenon, s. Julio, p., y s. Sabas.	6.36
5.25	13	Miér. s. Hermenegildo, rey y mr., y san Urso.	6.37
5.23	14	Juev. † <i>santo</i> . S. Tiburcio y s. Valeriano, mrs.	6.38
5.22	15	Vier. † <i>santo</i> . Stas. Basilisa y Anastasia, mártires.	6.39
	●	<i>Llena á las 10 y 11 ms. de la noche, en libra.—Lluvias.</i>	

SOL.	ABRIL.		SOL.
Sal.	TIENE 30 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
5.20	16	Sáb. † <i>santo</i> . Sto. Toribio de Liébana, y sta. Engracia, v. y mr.	6.40
5.19	17	Dom. † <i>Pascua de Resurreccion</i> . El Patrocinio de S. José, y s. Aniceto, papa.	6.41
5.18	18	Lun. s. Perfecto.	6.42
5.16	19	Mar. stos. Vicente y Dionisio, mrs., y san Hermógenes.	6.43
5.15	20	Miér. sta. Inés de Monte Policiano, vg., y s. Cesáreo.— <i>Animá</i> .	6.44
SOL EN TAURO.			
5.13	21	Juev. s. Anselmo, ob. y dr., s. Apolo y s. Crotato, mr.	6.45
5.12	22	Vier. stos. Sotero y Cayo, pp. y mrs.	6.46
		☾ <i>Menguante á las 4 y 10 ms. de la tarde, en Acuario.—Nubes.</i>	
5.10	23	Sáb. s. Jorge, mr., y s. Adalberto, ob.	6.47
5. 9	24	Dom. † <i>de Cusimodo</i> . S. Gregorio, ob. y confesor.	6.48
5. 7	25	Lun. s. Marcos, evang.	6.49
<i>Abrense las velaciones.</i>			
5. 6	26	Mar. stos. Cleto y Marcelino, pp. y mrs.	6.50
5. 5	27	Miér. s. Anastasio, p., s. Pedro Armen-gol, y sto Toribio.	6.51
5. 3	28	Juev. s. Prudencio, ob., y s. Vidal, mr.	6.52
5. 2	29	Vier. s. Pedro de Verona, mr., y s. Roberto.	6.53
5. 1	30	Sáb. sta. Catalina de Sena, vg., sta So-fía, vg., y s. Ludovico, mr.	6.54
		☉ <i>Nueva á las 6 y 23 minutos de la tarde, en Tauro.—Lluvias ó frios.</i>	

SOL.	MAYO.		SOL.
Sale.	TIENE 31 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
4.59	1	Dom. † s. Felipe y Santiago, aps., y san Segismundo.	6.55
4.58	2	Lun. s. Atanasio, ob. y dr., y s. Félix, diácono.	6.56
4.57	3	Mart. La Invencion de la Santa Cruz, y s. Alejandro, mr.	6.57
4.56	4	Miér. sta. Mónica, viuda, y sta. Antonina, vg. y mr.	6.58
4.54	5	Juev. La Conversion de s. Agustin, y san Pio V, p.	6.59
4.53	6	Vier. s. Juan Ante-Portam-Latinam.	7. 0
4.52	7	Sáb. s. Estanislao, ob. y dr., y s. Augusto, mr.	7. 1
4.51	8	Dom. † Nuestra Señora de los Desamparados, y La Aparicion de San Miguel Arcángel.	7. 2
☾ <i>Creciente á las 5 y 25 ms. de la tarde, en Leo.—Buen tiempo.</i>			
4.50	9	Lun. s. Gregorio, ob. y dr.	7. 3
4.49	10	Mar. s. Antonino, arz., s. Gordiano y san Martin de Eloinaz.	7. 4
4.48	11	Miér. s. Mamerto, ob., y stos. Poncio, Anastasio y Florencio, mrs.	7. 5
4.47	12	Juev. sto. Domingo de la Calzada, cf.	7. 6
4.46	13	Vier. s. Pedro Regalado, cf., y s. Segundo, ob.	7. 7
4.45	14	Sáb. s. Bonifacio, mr., s. Paconio y santa Justa, mr.	7. 8
4.44	15	Dom. † s. Isidro, labrador, patron de Madrid.	7. 9

☉ *Llena á las 5 y 49 ms. de la mañana, en Escorpio.—Lluvias.*

SOL.		MAYO.		SOL.	
Saló.		TIENE 31 DIAS.		Pónese.	
<i>h.</i>	<i>m.</i>			<i>h.</i>	<i>m.</i>
1.13	16	Lun. s. Juan Nepomuceno, mr., y san Ubaldo, ob.		7.10	
4.12	17	Mar. s. Pascual Bailon, cf., y sta. Julita.		7.11	
4.41	18	Miér. s. Venancio, mr., y s. Félix de Cantalicio.		7.12	
4.40	19	Juev. s. Pedro Celestino, p. y cf., y santa Prudenciana, vg.		7.13	
4.39	20	Vier. s. Bernardino de Sena, cf.		7.11	
4.38	21	Sáb. sta. María de Socors, vg., y san Victorio.		7.15	
SOL EX GÉMINIS.					
4.38	22	Dom. † sta. Rita de Casia, viuda.		7.16	
☽ <i>Menquante á las 5 y 54 ms. de la mañana, en Piscis. — Lluvias ó vientos.</i>					
4.37	23	Lun. s. Desiderio.		7.17	
4.36	24	Mar. s. Robustiano, mr., y sta. Susana, mártir.		7.17	
4.35	25	Miér. s. Gregorio VII, p. y cf., y s. Urbano, p. y mr.		7.18	
4.35	26	Juev. † <i>La Ascension del Señor</i> , y s. Felipe Neri, cf. y fund.		7.19	
1.34	27	Vier. s. Juan p. y mr., y stos. Emilio, Primo y Luciano.		7.20	
4.34	28	Sáb. stos. Justo, cf., y German, ob.		7.21	
4.33	29	Dom. † s. Maximino, ob. y cf., y s. Teodosio, mr.		7.21	
1.33	30	Lun. s. Fernando, rey de España.		7.22	
☉ <i>Nueva á las 9 y 42 ms. de la mañana, en Géminis. — Nublado.</i>					
1.32	31	Abr. sta. Petronila, vg., y s. Torcuato.		7.23	

SOL.		SOL.
Solo.	JUNIO.	Pónese.
h. m.	TIENE 30 DIAS.	h. m.
4.32	1 Miér. s. Segundo, s. Venancio y s. Simeon, monge.	7.24
4.31	2 Juev. s. Marcelino y s. Pedro, mrs., y san Juan de Ortega.	7.25
4.31	3 Vier. s. Isaac, monge, mr., y sta. Clotilde, reina.	7.25
4.30	4 Sáb. s. Francisco Caracciolo, fr., y santa Saturnina, vg. y mr.— <i>Vigilia.</i>	7.26
4.30	5 Dom. † <i>Pascua de Pentecostés.</i> S. Bonifacio, ob. y mr.	7.27
4.30	6 Lun. s. Norberto, ob. y s. Felipe de Cesárea.	7.27
	☾ <i>Creciente á las 11 y 2 ms. de la noche, en Virgo.— Nubes ó vientos.</i>	
4.29	7 Mar. s. Pedro Wistremundo y compañeros mrs., y s. Roberto.	7.28
4.29	8 Miér. s. Salustiano, cf., s. Norberto, ob., y s. Medardo.— <i>Témpora.</i>	7.28
4.29	9 Juev. stos. Primo y Feliciano, mrs., y san Ricardo, ob.— <i>Anima.</i>	7.29
4.29	10 Vier. stos. Crispulo y Restituto, mrs., y sta. Oliva, vg.— <i>Témpora.</i>	7.29
4.29	11 Sáb. s. Bernabé ap., ys. Fortunato. <i>Anima.—Témpora.—Órdenes.</i>	7.30
4.29	12 Dom. I. † La Santísima Trinidad, s. Juan de Sahagun, cf., y san Onofre, anacoreta.	7.30
4.29	13 Lun. s. Antonio de Pádua, cf.	7.31
	☉ <i>Llena á la una y 32 ms. de la tarde, en Sagitario.— Buen tiempo.</i>	
4.29	14 Mar. s. Basilio el Magno, ob., y s. Eliseo, profeta.	7.31
4.29	15 Miér. stos. Vito, Modesto y Crencencia, mártires.	7.32
4.29	16 Juev. † <i>Santisimo Corpus-Christi.</i> San Marcelino, ob. y mr.	7.32

50L.	JUNIO.		50L.
Sale.	TIENE 30 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
4.29	17	Vier. s. Manuel y comps. mrs., y el beato Pablo de Arezo.	7.33
4.29	18	Sáb. stos. Marco y Marceliano, Ciriaco y Paula, mrs.	7.33
4.29	19	Dom. II. †stos. Gervasio y Protasio, mártires.	7.33
4.29	20	Lun. s. Silverio, p. y mr., y sta. Florentina, vg.	7.33
		<i>☽ Menguante á las 9 y 19 ms. de la noche, en Piscis.—Nubes.</i>	
4.29	21	Mar. s. Luis Gonzaga, cf., s. Eusebio, ob., y s. Pelagio.	7.34
		SOJ EN CÁNCER.—ESTIO.	
4.30	22	Miér. s. Paulino, ob., y s. Acacio y 10.000 comps. mrs.	7.34
4.30	23	Juev. s. Juan, pbro. y mr., sta. Agripina y s. Cenon.	7.34
4.30	24	Vier. La Natividad de s. Juan Bautista, y El Sagrado Corazon de Jesús.	7.34
4.30	25	Sáb. sta. Orosia, vg. y mr., y s. Guillermo, confesor.	7.34
4.31	26	Dom. III. †stos. Juan y Pablo, hermanos.	7.34
4.31	27	Lun. s. Zoilo y comps. mrs., y s. Ladislao.	7.34
4.31	28	Mar. s. Leon II, p. y cf.— <i>Vigilia.</i>	7.34
		<i>☽ Nueva á las 11 y 18 ms. de la noche, en Cáncer.—Vientos.</i>	
		<i>Eclipse parcial de sol, invisible en Madrid.</i>	
4.32	29	Miér. † s. Pedro y s. Pablo, aps.	7.34
4.32	30	Juev. La Commemoracion de s. Pablo ap., y s. Marcial.	7.34

56L.	JULIO.		56L.
Sale.	TIENE 31 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
4.33	1	Vier. stos. Casto y Secundino, mrs., y santa Leonor.	7.31
4.33	2	Sáb. La Visitación de Nuestra Señora, y s. Urbano, mr.	7.31
4.31	3	Dom. IV. † s. Trifon y eomps. mrs., y san Jacinto.	7.31
4.31	4	Lun. s. Laureano, arz. de Sevilla, y el beato Gaspar Bono.	7.31
4.35	5	Mar. s. Miguel de los Santos, cf., y santa Zoa. mr.	7.33
4.35	6	Miér. sta. Lucia, vg. y mr., sta. Dominica y s. Rómulo, ob. y doctor.	7.33
		 <i>Creciente á las 4 y 16 ms. de la mañana, en Libra.— Buen tiempo.</i>	
4.36	7	Juev. s. Fermin, ob. y mr., s. Cláudio mártir, y s. Odon, ob.	7.33
4.37	8	Vier. sta. Isabel, reina de Portugal, viuda.	7.32
4.37	9	Sáb. s. Cirilo, ob. y mr.	7.32
4.35	10	Dom. V. † stas. Amalia y Rufina, hermanas, mrs.	7.32
4.39	11	Lun. s. Pio I p. y mr., s. Abandio, mr., y s. Januario, mr.	7.31
4.39	12	Mar. s. Juan Gualberto, ab., y sta. Mariana, vg. y mr.	7.31
		 <i>Llena á las 10 y 21 ms. de la noche, en Capricornio.— Revuelto.</i> <i>Eclipse total de luna, visible en Madrid.</i>	
4.40	13	Miér. s. Anacleto, p. y mr., y s. Esdras.	7.30
4.41	14	Juev. s. Buenaventura, ob. y dr., y s. Foecas, mr.	7.30
4.42	15	Vier. s. Camilo de Lelis, fund., y s. Enrique, emp.	7.29
4.42	16	Sáb. El Triunfo de la Santa Cruz, y Nuestra Señora del Carmen.	7.29

SOL.	JULIO.		SOL.
Sale.	TIENE 31 DIAS.		Pónese.
h. m.			h. m.
4.43	17	Dom. VI. † s. Alejo, cl., y s. Liberato y sta. Generosa.	7.28
4.44	15	Lun. sta. Sinforosa y sus 7 hijos mrs., y sta. Marina.	7.27
4.45	19	Mar. stas Justa y Rufina, vgs. y mrs. y s. Vicente de Paul.	7.27
4.46	20	Miér. s. Elías, prof., y stas. Librada y Margarita, vgs. y mrs.	7.26
		☾ <i>Menguante á las 2 y 2 ms. de la tarde, en Artes.— Buen tiempo.</i>	
4.47	21	Juev. sta. Práxedes, vg., y s. Daniel, profeta.	7.25
4.47	22	Vier. sta. María Magdalegna, penitente.	7.24
4.48	23	Sab. stos. Apolinar, ob. y mr., y Liborio, obispo.— <i>Vigilia.</i>	7.24
		SOL EN LEO.— Canicula.	
4.49	24	Dom. VII. † sta. Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano.	7.23
4.50	25	Lun. † <i>Santiago Apóstol, patron de España.</i>	7.22
4.51	26	Mar. sta. Ana, Madre de Nuestra Señora.	7.21
4.52	27	Miér. s. Pantaleon, mr., s. Mauro, ob., y s. Aurelio y comps mrs.	7.20
		<i>Eclipse parcial de sol, invisible en Madrid.</i>	
4.53	28	Juev. s. Víctor p. y comps. mrs., y san Inocencio, p. y cl.	7.19
		☺ <i>Nueva á las 11 y 5 ms. de la mañana, en Leo.—Lluvias.</i>	
4.54	29	Vier. sta. Marta, vg., s. Félix p., y santa Serafina, vg.	7.18
4.55	30	Sab. s. Abdon y s. Senen, mrs., y s. Rufino.	7.17
4.56	31	Dom. VIII. † s. Ignacio de Loyola, fund.	7.16

SOL.		SOL.
Sale.	AGOSTO.	Pónese.
h. m.	TIENE 31 DIAS.	h. m.
4.57	1 Lun. s. Pedro Advíncula, y s. Félix, mr.	7.15
4.57	2 Mart. Nuestra Señora de los Angeles, y s. Pedro, ob. de Osma.	7.14
4.58	3 Miér. La Invencion de s. Estéban, proto-mártir.	7.13
4.59	4 Juev. sto. Domingo de Guzman, cf. y fundador.	7.12
	☾ <i>Creciente á las 8 y 57 ms. de la mañana, en Escorpio. —Color.</i>	
5. 0	5 Vier. Nuestra Señora de las Nieves, y san Emigdio, ob.	7.11
5. 1	6 Sáb. la Transfiguracion del Señor, y santos Justo y Pastor, mrs.	7.10
5. 2	7 Dom. IX. † s. Cayetano, fund.	7. 8
5. 3	8 Lun. s. Ciriaco y comps. mrs.	7. 7
5. 4	9 Mar. s. Roman, mr., y s. Domiciano.	7. 6
5. 5	10 Miér. s. Lorenzo, mr.	7. 5
5. 6	11 Juev. s. Tibureio y sta. Susana, vg., y martir.	7. 3
	☉ <i>Llena á las 8 y 59 ms. de la mañana, en Acuario. —Tempestad.</i>	
5. 7	12 Vier. sta. Clara, vg. y fund. y s. Herculano, ob.	7. 2
5. 8	13 Sáb. stos. Hipólito y Casiano. mrs., y sta. Aurora. vg. y mr. — <i>Vigilia.</i>	7. 1
5. 9	14 Dom. X †. s. Eusebio, pbro. y cf., y san Marcelo, ob.	6.59
5.10	15 Lun. † <i>La Asuncion de Nuestra Señora.</i>	6.58
5.11	16 Mar. s. Roque y s. Jacinto, cf., y s. Tito, diae.	6.57
5.12	17 Miér. s. Pablo y sta. Juliana, hermanos, y s. Manés.	6.55

SOL.	AGOSTO.		SOL.
Sale. h. m.	TIENE 31 DIAS.		Pónese. h. m.
5.13	18	Juev. s. Agapito, sta. Elena, emperatriz, y sta Clara, vg.	6.54
5.14	19	Vier. s. Luis, ob., y s. Magin, mr.	6.52
		☽ <i>Menguante á las 7 y 36 ms. de la mañana, en Tauro.— Buena tiempo.</i>	
5.15	20	Sáb. s. Bernardo ab., dr. y fund., y s. Samuel, prof.	6.51
5.16	21	Dom. XI. † s. Joaquin, Padre de Nuestra Señora, y sta. Juana Francisca Fremiot, viuda y fund.	6.50
5.17	22	Lun. s. Sinforiano, mr.	6.48
5.18	23	Mar. s. Felipe Benicio, cf., y s. Licer, ob. <i>Vigilia.</i>	6.47
SOL EN VIRGO.			
5.19	24	Miér. s. Bartolomé, ap., y s. Plolomeo.	6.45
5.20	25	Juev. s. Luis, rey de Francia y s. Ginés de Arlés, mr.	6.44
5.21	26	Vier. s. Ceserino, p. y mr.	6.42
		☾ <i>Nueva á las 9 y 11 ms. de la noche, en Virgo.—Calor.</i>	
5.22	27	Sáb. s. Rufo, ob. y mr., s. y José de Calasanz, fund.	6.40
5.23	28	Dom. XII. † Nuestra Señora de la Consolacion y Correa y s. Agustín, ob., dr. y fundador.	6.39
5.24	29	Lun. s. Juan de Perusia.	6.37
5.25	30	Mar. sta. Rosa de Lima, y stos. Emeterio y Celedonio, mrs.	6.36
5.26	31	Miér. s. Ramon Nonnato, conf., y sto. Dominguito de Val.	6.34

SOL.		SOL.
Sale.	SETIEMBRE.	Pónese.
h. m.	TIENE 30 DIAS.	h. m.
5.27	1 Juev. s. Gil., ab., y los santos doce hermanos, mrs.	6.33
5.28	2 Vier. s. Antolin, mr., y s. Estéban, rey de Hungría.	6.31
	☾ <i>Creciente á la una y 45 ms. de la tarde, en Sagitario.</i> —Calor.	
5.28	3 Sáb. s. Ladislao, rey, y s. Sandalio, mr.	6.29
5.29	4 Dom. XIII. † sts. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía, vgs.	6.28
5.30	5 Lun. s. Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26
5.31	6 Mart. s. Eugenio y comps. mrs., s. Petronio, ob., y s. Celestino.	6.25
5.32	7 Miér. sta. Regina, vg. y mr.	6.23
5.33	8 Juev. † <i>La Natividad de Nuestra Señora</i> , y s. Adrian, ob. y mr.	6.21
5.34	9 Vier. sta. María de la Cabeza, y stos. Dorotheo y Gregorio, mrs.	6.20
	☉ <i>Llena á las 9 y 57 ms. de la noche, en Piscis.</i> —Buen tiempo.	
5.35	10 Sáb. s. Nicolás de Tolentino, ermitaño, confesor.	6.18
5.36	11 Dom. XIV. † El Dulce nombre de María, y s. Prolo y s. Jacinto, hermanos mrs.	6.16
5.37	12 Lun. s. Leoncio y comps. mrs., y s. Eulogio, ob.	6.15
5.38	13 Mar. s. Felipe y comps. mrs., y s. Amado, ab.	6.13
5.39	14 Miér. La Exaltacion de la sta. Cruz.	6.11
5.40	15 Juev. s. Nicomedes, mr., y sta. Emilia.	6.10
5.41	16 Vier. s. Rogelio, mr., y stos. Cornelio y Cipriano, mrs.	6. 8

SOL.		SOL.
Sala.	SETIEMBRE.	Pórese.
h. m.	TIENE 30 DIAS.	h. m.
5.42	17 Sáb. Las llagas de s. Francisco de Asís, y s. Pedro de Arbués.	6. 6
5.43	18 Dom. XV. † Los Dolores gloriosos de Nra. Sra., y sto. Tomás de Villanueva.	6. 5
	☽ <i>Menguante a la una y 15 ms. de la madrugada en Géminis.—Nubes</i>	
5.44	19 Lun. s. Genaro, ob. y comps. mrs.	6. 3
5.45	20 Mar. s. Eustaquio y comps. mrs., y san Rogelio.— <i>Vigilia.</i>	6. 1
5.46	21 Miér. s. Mateo, ap. y evang., y sta. Efigenia, vg.— <i>Témpora.</i>	6. 0
5.47	22 Juev. s. Mauricio y comps. mrs., y santa Emerita, vg. y mr.	5.58
5.48	23 Vier. sta. Tecla, vg. y mr., y s. Lino, p. y mártir.— <i>Témpora.</i>	5.56
	SOL EN LIBRA.— Otoño.	
5.49	24 Sáb. Nuestra Sra. de las Mercedes.	5.55
	<i>Témpora.</i>	
5.50	25 Dom. XVI. † s. Lope, ob. y cf., y san Cleofás.	5.53
	☽ <i>Nueva á las 6 y 19 ms. de la mañana, en Libra.—Buen tiempo.</i>	
5.51	26 Lun. s. Cipriano y sta. Justina, mrs.	5.50
5.52	27 Mar. stos. Cosme y Damian, mrs., y san Pelegrin.	5.50
5.53	28 Miér. s. Wenceslao, y sta. Eustoquia, vg.	5.48
5.54	29 Juev. La Dedicacion de s. Miguel Arcángel, y s. Marcial.	5.46
5.55	30 Vier. s. Gerónimo, dr. y fund., y sta. Sofía, viuda.	5.45

SOL.		OCTUBRE.	SOL.	
Saló.		TIENE 31 DIAS.	Pónese.	
<i>h.</i>	<i>m.</i>		<i>h.</i>	<i>m.</i>
5.56	1	Sáb. s. Remigio, ob., y s. Aretas, mr.	5.43	
		☾ <i>Creciente á las 9 y 4 ms. de la noche, en Capricornio.</i> —Vientos.		
5.57	2	Dom. XVII. † Nuestra Señora del Rosario, s. Saturnino y s. Olegario, obispo.	5.41	
5.58	3	Lun. s. Candido, mr.	5.40	
5.59	4	Mar. s. Francisco de Asís, fund.	5.38	
6. 0	5	Miér. s. Froilan, ob., s. Atilano, ob. y confesor, y s. Plácido.	5.36	
6. 1	6	Juev. s. Bruno, cf. y fund., y sta. Fé.	5.35	
6. 2	7	Vier. s. Marcos, p. y cf., y s. Sergio y comps. mrs.	5.33	
6. 3	8	Sáb. sta. Brigida, viuda, y sta. Pelagia.	5.32	
6. 4	9	Dom. XVIII. † s. Dionisio Areopagita y comps mrs.	5.30	
		☉ <i>Llena á la una y 28 ms. de la tarde, en Aries.</i> —Nubes y vientos.		
6. 5	10	Lun. Nuestra Señora del Remedio, y san Francisco de Borja.	5.29	
6. 6	11	Mar. s. Nicasio, ob. y mr., y s. Fermin, obispo y cf.	5.27	
6. 7	12	Miér. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y s. Serafin.	5.25	
6. 8	13	Juev. s. Fausto, mr., y s. Eduardo, rey y confesor.	5.24	
6. 9	14	Vier. s. Calixto, p. y mr.	5.22	
6.10	15	Sáb. sta. Teresa de Jesús, vg. y fund.	5.21	
6.12	16	Dom. XIX. † s. Galo ab., y sta. Adelaida, virgen.	5.19	
6.13	17	Lun. sta. Edavigis, viuda.	5.18	
		☾ <i>Menguante á las 5 y 59 ms. de la tarde, en Cáncer.</i> — Buen tiempo.		

SOL.		SOL.
Sale.	OCTUBRE.	Pónese.
h. m.	TIENE 31 DIAS.	h. m.
6.14	18 Mar. s. Lucas Evang., y s. Justo.	5.16
6.15	19 Miér. s. Pedro Alcántara, cf. y fund.	5.15
6.16	20 Juev. s. Juan Cancio, pbro. y cf., y sta. Irene, vg. y mr.	5.13
6.17	21 Vier. sta. Úrsula y 11,000 vgs. mrs.	5.12
6.18	22 Sáb. sta. María Salomé, viuda, y sta. Cordula, vg. y mr.	5.11
6.19	23 Dom. XX. † s. Pedro Pascual, ob. y mr.	5. 9
SOL EN ESCORPIO.		
6.20	24 Lun. s. Rafael Arcángel, y s. Martirian, obispo.	5. 8
	(☾) <i>Nueva á las 5 y 21 ms. de la tarde, en Escorpio. — Nubes.</i>	
6.21	25 Mar. s. Crisanto y sta. Daría, y stos. Crispin y Crispiano mrs.	5. 6
6.23	26 Miér. s. Evaristo, p. y mr., y stos. Luciano y Marciano, mrs.	5. 5
6.24	27 Juev. Los stos. Vicente, Sabina y Cristeta, mártires,	5. 4
<i>Vigilia.</i>		
6.25	28 Vier. s. Simon y s. Judas Tadeo, aps.	5. 3
6.26	29 Sáb. s. Narciso, ob., y sta. Eusebia, vg. y mártir.	5. 1
6.27	30 Dom. XXI. † s. Claudio y comps. mrs., y s. Gerardo.	5. 0
6.28	31 Lun. s. Quintín, sta. Lucila, vg., y la batalla del Salado. — <i>Vigilia.</i>	4.59
	(☾) <i>Creciente á las 7 y 47 ms. de la mañana, en Acuario. — Lluvias.</i>	

SOL.		SOL.
Sale.	NOVIEMBRE.	Pónese.
<i>h. m.</i>	TIENE 30 DIAS.	<i>h. m.</i>
6.27	1 Mar. † <i>La Fiesta de todos los Santos.</i>	4.57
6.31	2 Miér. La Conmemoracion de los lieles difuntos, y sta Eustaquia.	4.56
6.32	3 Juev. s. Valentin, phro. mr., y los innumerables mártires de Zaragoza.	4.55
6.33	4 Vier. s. Carlos Borromeo, ob., y sta. Modesta.	4.54
6.34	5 Sáb. s. Zacarias, prof., y sta. Isabel, padres del Bautista.	4.53
6.35	6 Dom. XXII. † s. Severo, ob. y mr., y san Leonardo, ab. y cf.	4.52
6.36	7 Lun. s. Antonio y comps. mrs., y s. Florencio, ob. y cf.	4.51
5.38	8 Mar. s. Severiano, ob., y comps. mrs.	4.50
	☉ <i>Llena á las 7 y 17 ms. de la mañana, en Tauro.—Lluvias.</i>	
5.39	9 Miér. s. Teodoro, mr., s. Sotero, y la Dedicacion de la Santa Iglesia del Salvador en Roma.	4.49
6.40	10 Juev. s. Andrés Avelino, cf., s. Probo, ob., y sta. Florencia, mr.	4.48
6.41	11 Vier. s. Martin, ob. y cf.	4.47
6.42	12 Sáb. s. Martin, p. y mr., s. Diego de Alcalá, y s. Millan, cfs.	4.46
6.43	13 Dom. XXIII. † El Patrocinio de Nuestra Señora, s. Eugenio III, arz. de Toledo, y s. Homobono.	4.45
6.45	14 Lun. s. Serapio, mr.	4.44
6.46	15 Mar. s. Eugenio I, ob. y mr., y s. Leopoldo.	4.43
6.47	16 Miér. s. Rufino y comps. mrs., y s. Fidemio.	4.42
	☾ <i>Menguante á las 8 y 41 ms. de la mañana, en Leo.—Frios.</i>	

sol.	NOVIEMBRE.	sol.
Sale.	TIENE 30 DIAS.	Ponese.
h. m.		h. m.
6.18	17 Juev. sta. Gertrudis la Magna, vg., y san Hugon.	4.42
6.49	18 Vier. s. Máximo, ob., y s. Roman, mr.	4.44
6.50	19 Sáb. sta. Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano. p. y mr.	4.40
6.51	20 Dom. XXIV. † s. Félix de Valois, cf., y fundador.	4.40
6.53	21 Lun. La Presentacion de Nuestra Señora, y stos. Rufo y Estéban, mrs.	4.39
6.54	22 Mar. sta. Cecilia, vg. y mr.	4.38
	SOL EN SAGITARIO.	
6.55	23 Miér. s. Clemente, p. y mr.	4.38
	☺ <i>Nueva á la una y 6 ms. de la madrugada, en Sagitario.</i> --Buen tiempo.	
9.56	24 Juev. s. Juan de la Cruz, cf., y s. Crisógono, mr.	4.37
6.57	25 Vier. sta. Catalina, vg. y mr., y s. Erasmo, mr.	4.37
6.58	26 Sáb. Los Desposorios de Nuestra Señora, y s. Pedro Alejandrino, ob. y mr.	4.36
	<i>Ciérranse las velaciones.</i>	
6.59	27 Dom. † I Adviento. S. Facundo y s. Primitivo, mrs.	4.36
7. 1	28 Lun. s. Gregorio III, p. y cf.	4.36
7. 2	29 Mar. s. Saturnino, ob. y mr., y sta. Justina, vg. y mr.-- <i>Vigilia.</i>	4.35
	☾ <i>Creciente á las 10 y 18 ms. de la noche, en Piscis.</i> -- Hielos.	
7. 3	30 Miér. s. Andrés, ap., sta. Julita y santa Maura, vg.	4.35

SOL.		DICIEMBRE.	SOL.	
Sale.			Pónese.	
<i>h.</i>	<i>m.</i>	TRENE 31 DIAS.	<i>h.</i>	<i>m.</i>
7.	4	1 Juev. sta. Natalia, viuda, y stos. Eloy y Casiano.	4.	35
7.	5	2 Vier. sta. Bibiana, vg. y mr., sta. Elisa y s. Pedro Crisólogo.	4.	34
7.	6	3 Sáb. s. Francisco Javier, cf., s. Claudio y sta. Hilaria, mrs.	4.	31
7.	7	4 Dom. † <i>II de Adviento</i> . Sta. Bárbara, virgen y mr.	4.	34
7.	8	5 Lun. s. Sabas, ab., y s. Anastasio, mr.	4.	31
7.	9	6 Mar. s. Nicolas de Bari, arz. y cf.	4.	31
7.	9	7 Miér. s. Ambrosio, ob. y dr., y s. Teodoro.	4.	31
7.	10	8 Juev. † <i>La Purísima Concepcion de Nuestra Señora</i> .	4.	31
<p>☉ <i>Llena á las 2 y 24 ms. de la madrugada, en Géminis.—Frios.</i></p>				
7.	11	9 Vier. sta. Leocadia, vg. y mr., s. Leandro y s. Cipriano.	4.	31
7.	12	10 Sáb. Nuestra Señora de Loreto, y santa Olalla de Mérida, vg. y mr.	4.	31
7.	13	11 Dom. † <i>III de Adviento</i> . S. Dámaso, p. y confesor.	4.	34
7.	14	12 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe, y san Donato y comps. mrs.	4.	31
7.	14	13 Mar. sta. Lucía, vg. y mr.	4.	31
7.	15	14 Miér. s. Nicasio, ob. y mr., s. Esperidion y s. Arsenio.— <i>Tempora</i> .	4.	35
7.	16	15 Juev. s. Eusebio, ob. y mr., y s. Valeriano, ob.	4.	35
<p>☽ <i>Menguante á las 8 y 56 ms. de la noche, en Virgo.—Buen tiempo</i></p>				
7.	17	16 Vier. s. Valentin, mr., y s. Rufino.	4.	35
<i>Témpora.</i>				

SOL.		SOL.
Solo.		Ponesa.
h. m.		h. m.
	DICIEMBRE.	
	TIENE 31 DIAS.	
7.17	17 Sáb. s. Lázaro, ob. y mr., y s. Francisco de Sena, cf.— <i>Témpora.</i> — <i>Órdenes</i>	4.35
7.18	18 Dom. † <i>IV de Adviento.</i> Nuestra Señora de la O.	4.36
7.19	19 Lun. s. Nemesio, mr., y sta. Justa.	4.36
7.19	20 Mar. sto. Domingo de Silos, ab. y cf. <i>Vigilia.</i>	4.37
7.20	21 Miér. sto. Tomás, ap.	4.37
	SOL EN CAPRICORNIO.— Invierno.	
	<i>Ecipso total de sol, visible como parcial en Madrid.</i>	
7.20	22 Juev. s. Demetrio, mr.	4.38
	☉ <i>Nueva a las 12 y 4 ms. del día, en Capricornio.—Lluvias ó vientos</i>	
7.21	23 Vier. sta. Victoria, vg. y mr., el beato Nicolás Factor.	4.38
7.21	24 Sáb. s. Gregorio, pbro. y mr.— <i>Vigilia con abstinencia de carne.</i> — <i>Visita general de cárceles.</i> — <i>Ciérranse los Tribunales.</i>	4.39
7.21	25 Dom. † <i>La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.</i>	4.39
7.22	26 Lun. s. Estéban, proto-mártir, y s. Tomásino.	4.40
7.22	27 Mar. s. Juan, ap. y evang.	4.41
7.23	28 Miér. Los stos. Inocentes, mrs.	4.42
7.23	29 Juev. sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr.	4.42
	☾ <i>Creciente a las 4 y 24 ms. de la tarde, en Aries.—Frios.</i>	
7.23	30 Vier. La Traslacion de Santiago ap., y san Sabino, ob. y mr.	4.43
7.23	31 Sáb. s. Silvestre, p. y cf., y sta. Coloma, virgen y mr.	4.44

FERIAS Y MERCADOS.

ENERO. Mercados.—Los lunes, Landetes; el martes, Daimiel; el jueves, Herencia, Puebla de D. Fadrique y Minglanilla; el viernes, Buendía; el sábado, Miguelturra.

FEBRERO. Ferias.—21 y 25 Tendilla.

MARZO.—1 Fuente Pelao y Atienza. 2 Puente del Arzobispo. 23, por ocho días, Almodóbar. 31 Calzada de Calatraba. Movibles: 30 Sacedon y Almagro, por 8 días.

ABRIL.—22 Sacedon. 23 Chilceches. 25 Andújar. 27 Peñalta. 30 Tarragona.

MAYO.—15 Talavera de la Reina y Alustante. 24 Gasqueña. Movibles: 11 Almaden del azogue. 13 Osuna.

JUNIO.—15 Colmenar de Oreja. 18 Rianza. 20 Camargo. 21 Leon. 27 Carrion. 29 Avila.

JULIO.—25 Cuéllar. 28 Mataró. 29 Campillos.

AGOSTO.—7 Valdepeñas. 10 Escorial de Arriba. 11 Villa del Prado. 14 al 22 Chinchon. 15 a 23 Ciudad-Real. 20 Esquivias. 24 Almagro, hasta el 1.º de Setiembre, y Alcalá de Henares. 26 Colmenar Viejo.

SETIEMBRE.—1 Torrijos, Villanueva de la Fuente, Molina de Aragón é Iniesta. 2 Villarrobledo. 3 Toboso. 4 Aranjuez y S. Martín de Valdeiglesias. 5 al 9 Navalearnero. 6 Navamorenende. 8 Uceda, Villarrubia de los Ojos, por 7 días, Requena, Ocaña, Maranchon, Jadraque, Alcázar de S. Juan y Santa Cruz de Mudela. 9 Santa María de Nieva. 11 Puebla de D. Fadrique, Tarancón y Villatovas, por 3 días. 13 Minglanilla, 3 hasta 16 Navalmorales. 14 Guadalajara, Segovia, Mora, Madridijos, Horcajo Alustante, Piedrabuena y S. Clemente. 21 Consuegra. Jadraque, Madrid, Martín-Muñoz y Talavera de la Reina. 22 Torce de Estéban-Ambrán.

OCTUBRE.—1 Sigüenza. 7 Villarejo de Salvanes. 10 al 14 Horeche. 12 Cogolludo. 14 Brihuega. 18 Torija y Cifuentes. 24 Valdemoro. 29 Gerona. 30 Altafulla.

NOVIEMBRE.—15 Alcalá de Henares. 20 Elche. 22 Navia.

DICIEMBRE.—1.º S. Felú de Llobregat. 3 Velada. 4 Agramunt. 8 Elda y Trujillo. 9 Oropesa. 13 Balaguer.

!!1870!!

JUICIO DEL AÑO.

En una plaza pública
De cierta capital,
Yo ví un corro de estúpidos
Oyendo con afán
Las voces estentóreas
Que un diestro charlatan
En tonos inarmónicos
Lanzaba sin cesar.
Curioso como un tártaro,
Queriendo averiguar
A qué era aquel estrépito,
A qué tal perorar,
Me aproximé solícito
Al dicho charlatan,
Y ví en su mano escuálida
Al aire levantar
Encuadernado opúsculo
Forrado en cordobán.
Con voces energúmenas
Tra taba de explicar
El contenido incógnito

De aquel libro inmortal,
Que era, según su título,
Curioso por demás:
«Proféticas parábolas
De un hijo de Satan.»
El hombre aquel, impávido
Y sério como un can,
Para vender buen número
Del libro singular,
Su contenido estólido
Se puso á demostrar;
Y yo, que melancólico
Me hallaba por demás,
A escucharle detúveme
Su extraño razonar.

—«Sabed, nobles ciudadanos,
Que todos somos hermanos,
A lo menos por Adam;
Y esto produce deberes,
Que niños, hombres, mujeres,
Todos al olvido dan.»

«La protección efectiva,
No la caridad pasiva
Es vuestro primer deber;
Y esta caridad empieza
Por sostener mi flaqueza
Para que pueda comer.»

«Si yo fuera como muchos
De esos mendigos ya duchos
En las tretas de pedir,
Disfrazárame de herido,
Y con rostro compungido
Mi historia os vendría á decir.»

«Pero soy libre y trabajo,
Y al trabajar no me bajo
De mi estatura ni un pie,
Que soy gigante cual cedro,
Y ya lo veis no me arredro,
Que en el trabajo ficé.»

«Vendo este libro, compradle,
Y en buen dinero pagadle
Para mí y para el autor;
Aunque es oscuro su nombre,
Y no conserva de hombre
Mas que la sombra y la voz.»

«Con este libro sabreis,
Y en él aprender podreis
Todo lo del porvenir,
Que en este libro se cuenta
Lo que es el año setenta
Que está ya para venir.»

«Míes estudios prolijos
Sabed, ¡oh! padres é hijos,
Este folleto costó;
Tanto, que hoy es pepitoria
La que antes era memoria,
Ciudadanos, del autor.»

«Vale poco, una peseta;
Cada uno su mano mela
Y venga dinero aquí;
Pero escuchad un momento,
Y oireis del libro-portento
Las profecias; oíd:

INTRODUCCION.

El año se divide en estaciones
Y en meses y en semanas;
Y se divide tambien en maldiciones
Y en locas tentaciones
Entre las gentes vanas.

«Unos lloran, suspiran y se quejan;
Otros gritan y rien sin concierto;
Los unos llaman al mundo cruel desierto,
Y los otros le insultan y le vejan.

Esta es la humanidad; este es el norte
De su afán y desdoro.
Dadla honores y oro
Y la vereis saltar de gozo henchida....
¿No es el oro sinónimo de vida?
¿Mas dónde me he metido?
Filósofo en calcetas
Es un pobre animal desconocido.
¡Diosa de las pesetas,
Acórreme propicia en esta hora;
Préstame tu bandurria,
Y al compás de mi murria
Cantaré las mil fases que presenta
Del siglo diez y nueve, año setenta!
Escúchame, lector pio y discreto;
He aquí el primer boeeto:»

PRIMAVERA.

«Del año setenta
Abril, Mayo y Junio
En dulce consorcio
Veremos brillar.
Las flores galanas
Los campos cubriendo,
Su traje á la tierra
Alegre darán.»
«Las niñas de quince,
Las bellas de veinte,
Las hembras de treinta,
Esclavas de amor,
Al sexo barbudo
Harán venturoso
Con dicha-relámpago,
Que es dicha y fulgor.»
«El mundo en su giro,

Lo mismo que siempre
Su marcha siguiendo,
Hará sin querer,
Que muchos que viven
Soñando mentiras
Despierten al soplo
De cruel padecer.»

«Abril, Mayo y Junio
Harán á los hombres
felices, si tienen
Pesetas y pan,
Y harán desgraciados
A aquellos mortales
Que negra fortuna
Les niega su afan.»

«Habrá modas várias
Y habrá vários modos
De hacer al que es pobre
Más pobre y ruin,
Que antigua es de veras
Tan triste costumbre,
Y así será siempre
Del mundo hasta el fin.»

«Las flores de Mayo
Tendrán sus espinas,
Y la primavera
Sus nubes tendrá,
Que siempre es monótono
Un cielo sin nubes,
Y ver siempre flores
Tambien cansa ya.»

«Por eso en el mundo
La risa y el llanto
Nacieron, y viven
Unidos los dos ;
Y unidos caminan,
Y así estarán siempre,
Que el hombre en la tierra
Es hombre y no Dios.»

ESTÍO.

«Después de la primavera
Vendrá este año el estío,
Y dicen que será frío
Como el fuego de una hoguera.»

«Con esfuerzos sobrehumanos
Que harán el quilo sudar,
Tendrá el hombre que ayudar
Mútuamente á sus hermanos.»

«Que no habrá dicha incompleta
Ni desgracia con segunda;
Que habrá mucha barahunda
Sin que cueste una peseta.»

«Mucho jaleo y bromazo,
Mucho tonto en candelero,
Y muchos que por dinero
Sufrirán un garrotazo.»

«Asegúrame también
Mi profética intuición,
Que habrá gran revolución
En lucha entre el mal y el bien.»

«Que vencido se verá
Quien caiga triste debajo;
Que no faltará trabajo,
Ni trabajos en plural.»

«Que las mujeres coquetas
Brillarán y serán muchas,
Y que obtendrán, si son duchas,
Regalos mil y pesetas.»

«Dicen que el pez pequeño
Será víctima del grande,
Y que andará más, quien ande
A saltos como el cabrito.»

«Que ha de hacer dichosa vida
Quien no la haga desgraciada;

Y que la mujer amada
Ha de ser la más querida.»
«Otras verdades profundas
Pudiera explicar, lectores;
Pero he dicho las mejores
Y ya no quiero *segundas*.»
«Todo lo segundo infiero
Que es pobre, malo é importuno,
Porque siempre el número uno
Es el número.... primero.»

OTOÑO.

«Salve mil veces, estacion querida,
Que al hombre das, y á mí, que soy uno de ellos,
Los ratos más felices de la vida
Con el néctar dulcísimo,
Que es el licor primísimo
Que ya á Noé jugó tan gran partida.»
«Bebamos y apuremos de la copa
El contenido de destellos rojos;
Alégranse con él los turbios ojos,
El alma languidece,
Y al par que se adormece
Nada la hiere ni la causa enojos.»
«Bebamos y durmamos sin temores,
Mientras el mundo sigue su carrera,
Torbellino de penas y dolores.
El sueño es también vida,
Y el que se duerme, olvida
Del mundo la inquietud y torcedores.»
«Vénus y Baco sostendrán el mundo
Los tres últimos meses del setenta,
Y si la profecía tomo en cuenta,
Serán sus saturnales
Antídoto de males,

Si bien presagio de fatal tormenta.»

«El agua toda convertida en vino
Trasformará en tonel el mundo todo,
Y los humanos, ya perdido el tino,
Rugirán de alegría,
Y en loca algarabía
Confundirán mil veces el camino.»

«¡Sús! vengan copas y toneles llenos,
Y mujeres ya rubias ó morenas.
Aneguemos en vino nuestras penas,
Y ceñidos de flores,
Cantemos los amores
Y olvidemos del mundo las cadenas.»

INVIERNO.

«Nieves, lluvias, heladas,
Vientos y otros excesos
Nos ofrece en sus gatadas
El invierno cruel que ha de venir;
Pero no hay que asustarse
Ni alligirse por tanto,
Que todo ha de pasarse
Cual pasará el que deje de vivir.»

«¿Qué importa que medio mundo
Se hiele, si el otro medio
En el verano, y me fundo,
En un toston el sol convertirá?

Morir de mucho frio
ó de calor ahogado,
¿no es igual, lector pío?
Pues si todo es morir, lo mismo da.»

«Pero esta cruel profecía,
Que en absoluto parece
Tan dolorosa y tan fria,
Puede evitarse sin ningun temor;

Comprad leña abundante,
Meterse en buenas pieles,
No salir ni un instante
De buena y caldeada habitacion.»
«Comer con apetito
Manjares suculentos,
Beber vino exquisito
Y olvidar por completo todo mal;
Con esta medicina
Al frio se combate,
Y el hombre es fuerte encina
Que vence sin esfuerzo al huracan.»
«Animo pues, mis lectores,
No os dé mi profecia
Ni penas ni dolores,
Que todo ha de vencerse con teson;
Y aquel que no posea
Dinero ni riquezas,
Aquel que pobre sea,
Que baile como pueda al mejor son.»
«La vida es la amargura,
Pero es tambien la dicha,
Y es necia y gran locura
Dejarse de dolor triste morir;
Así pues, este año,
Lo mismo que los otros,
Nadie se llame á engaño....
Olvidemos las penas, y á vivir.»

Despues de esta retórica
Callóse el charlatan,
Y absorto todo el público
Ligero fué á comprar
El decantado opúsculo,
Objeto de su afán.
Entónces yo, alejándome
Del corro y charlatan,
Lancé un suspiro inebnito

Y me marché á almorzar,
Que ya pedia mi estómago
Tener que trabajar.

Esto, lector benévolo,
Diz que el año será;
Esto escuché yo atónito,
Y te refiero ya;
Si equivocado hubiérame,
La culpa al charlatan,
Que yo cual lo escuché
Lo cuento, y... nada más.

C. DE P. Y F.



FILOSOFANDO ENTRE PINTO Y VALDEMORO.



—Este es un visio endiablado
Que á mil peligros obliga....
A lo mejor se halla uno
Con la botella *vacida*.

Leyendo un marido á su esposa el pasaje de la Biblia en el libro de los Reyes, en que se cuenta que Salomon tuvo trescientas mujeres y seiscientas concubinas, ella le dijo:—¿Sabes, marido mío, lo que estoy pensando?—¿Qué? —la preguntó éste, mientras ella le acariciaba, pasándole la mano por la barba.—El pobre papel que habrías hecho con tus mujeres si hubieras sido Salomon.

Cierto fiscal de imprenta, tan entusiasmado estaba con el desempeño de su importante destino, que un día, hallándose revisando los periódicos, notando á los que podía dar el pase y los que debían ser recogidos, le presentaron la cuenta de la lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y puso en aquella: *imprimase*; y en éste: *no puede correr por contener alusiones inmorales harto transparentes.*

CHARADA.

Con mi *prima* repetida
Nos asustan cuando niños,
Y es mi *segunda* y *tercera*
De las mujeres delirio.
Mi *segunda* con mi *prima*
Causa náuseas y es mal visto,
Siendo mi *primera* y *tercia*
De música frase y signo;
Un Dios que adoran los necios
Si mi *segunda* repito
Hallarás, siendo mi todo
De muy cómodo servicio
Para guardar en las casas
Lo que quiera tu capricho.

(*La solución al final del libro.*)

Érase un hombre que había tomado tal costumbre de jurar por todo, viniera ó no á cuento, que reconvenido un día por el cura para que se enmendase, pues cada vez que lo hacía pecaba contra el segundo mandamiento del Decálogo, contestó, mostrándose arrepentido de su mal proceder:

—Tiene V. razon, padre cura, y le juro á V. por Dios que no volveré á jurar más en mi vida.

UN PORTERO DEL GÉNERO COMUN.



EL PORTERO. (*Sin moverse siquiera.*)—¡Eh, buen hombre! ¿qué quiere?

EL CESANTE. (*Procurando sonreírse y haciendo mil cortesías para ablandar el corazón del cancerbero.*)—¿Ha venido S. E.?

EL PORTERO. (*En la misma postura.*)—Nó, señor, y otra vez espere en esa otra sala y no entre aquí sin mi permiso.

Estaba un viajero mirando el pórtico de un convento de franciscanos, y uno de estos frailes se acercó á él y le dijo que era de orden corintio.

—Me sorprende lo que V. me dice, padre; yo creía que era de la orden de San Francisco.

EL MISMO PORTERO CON DISTINTO COLLAR.



El portero oyó la rotacion de un carruaje, y se levanta sibito como el rayo, se estira, se arregla la corbata, la peluca, si la tiene, se pasa un pañuelo por las botas, y se prepara á abrir la mampara del despacho del señor Ministro, porque su oido primero, y despues su oifato, le indican que S. E. se aproxima.

Con efecto, S. E. se aproxima, el portero le recibe doblando la espalda é inclinando la cabeza hasta el suelo, aun á riesgo de romperse alguna parte integrante de su individuo.

Francisco Bacon, canceller de Inglaterra, caracterizaba á los egoistas de la manera siguiente:

—Son, decia, hombres capaces de quemar la casa de su vecino para freir un huevo en el incendio.

LOGOGRIFO.

Si quieres saber quién soy
Vete al campo á pasear,
Y allí verás cuál los brazos
Muevo para trabajar.
Pero si quieres ahora
Saber quién soy, lo sabrás.
Atiende. Tengo seis letras,
Tres sílabas, que es igual,
Y con ellas formar puedes
Lo que á seguida verás.
Un apellido español,
Un número ordinal,
Dos adjetivos, un río,
Un árbol y un animal,
Una planta y una fruta,
Y otras muchas cosas más
Que me guardo en el tintero
Por no incomodarte más.

(La solución al final del libro.)

Cansado un herrador de que le robaran todas las noches las anillas de hierro que tenía en la pared para atar los caballos, puso en su lugar elegantes y retorcidos cuernos de cabra.

—Buen pensamiento es, dijo el escribano del pueblo, que pasaba por allí, mirando los cuernos:

—¿De dónde ha salido eso?

—De aquí, contestó el herrador dándose en la frente con aire satisfecho.

Se hace un agravio á la burra de Balaam dudando que pudo hablar como un hombre, cuando hay tantos hombres que hablan como burros.

Murió un caballero, y viendo los conocidos tan inconsolable á la doncella de la señora como á la viuda, uno de ellos la dijo:

—¿Por qué llora V. tanto á su amo?

—¡Ay! ¡señor! contestó la muchacha:

—Porque se me figura que me he quedado yo tan viuda como la señora.



EL AMOR.—¡Atrás, paisana!

ELLA.—Déjame entrar, que no voy á estar mas que un ratito.

EL AMOR.—Aunque verde, eres ya una vieja, y las viejas no pueden estar aquí: no me comprometas, estantigua.

ELLA.—Anda, chachito, te daré un duro ¿eh?

EL AMOR.—¿Cómo se entiende? ¡sobornarme! Pero no es que has querido convencirme de que eres jóven y bonita; vamos, entra y... (Aparte guardándose el duro.) Adios, consigna.

Una joven de dudoso aspecto se avistó con un casero.

—Yo vengo á tomar el cuarto que está desalquilado en casa de V., le dice.

—¿Tiene V. más familia?

—Nó, señor, soy sola.

—Entónces, siento decir á V. que no admito en mi casa jóvenes que vivan solas.

—¡Oh! ¡Por eso no lo deje Vd., porque yo siempre estoy acompañada!

Un día de audiencia decía un desgraciado cesante al ministro:

—Es indispensable que V. E. me coloque cuanto antes, porque no cuento con recursos algunos para cubrir mis necesidades; y ya conocerá V. E. que es necesario que yo viva.

—Pues no veo yo esa necesidad, le contestó el ministro con la mayor sangre fría.

Noches pasadas seguía un caballero á una joven muy graciosa y esbelta.

Acercóse á ella, y con dulce acento comenzó á dirigirle esas frases que son de cajón en tales casos.

La joven le respondió gravemente:

—Retírese V., caballero; no soy mujer de las que usted se figura.

Sorprendido el caballero ante esta contestacion, determinó buenamente volver pasos atrás; pero no habria andado veinte, cuando sintió que le tocaban suavemente en el hombro.

Volvióse, y cuál no fué su sorpresa al encontrarse con la misma joven, que le decía:

—Diga V., ¿y si yo fuera mujer de las que V. se figura?

Leía una señorita en una novela un largo y apasionado diálogo lleno de ternezas y galanterías, que sostenían dos amantes en una entrevista que se habían proporcionado de noche en el pabellón del jardín, con el ánimo de fugarse juntos para casarse; y en un rato de entusiasmo, exclamó:—¡Qué lastima de tiempo tan perdido, estando á oscuras y solos!

EN UNA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.



—Este es el ministro de X.*

—¡Hombre! ¿de veras? Pues voy á pedirle un destino.

Un gobernador llegó á la capital de su provincia, y al segundo día salió á paseo con varias personas, y entre ellas el alcalde; pasaron por un puente que no tenia pretilas, con lo que el gobernador se inmutó sobremanera, y dirigiéndose al alcalde y echándola de autoridad, le dijo:

—Mucho extraño, señor alcalde, encontrar este puente sin pretilas, haciéndose peligroso á las bestias que por aquí pasen.

El alcalde contestó:

—Perdóneme V. S., pues yo ignoraba que dirigiese hoy el paseo por aquí; pero le juro que cuando vuelva á pasar puede venir descuidado, porque ya estarán puestos los pretilas.

En la seccion de *nodrizas* de un periódico de anuncios de Londres se leia el siguiente:

«Una jóven viuda, que está á punto de quitar la leche á una niña de diez meses, desea tener otro niño.»

Felipe IV regaló en palacio un anillo á una dama jóven, diciéndole:

—¿Por dónde se va á tu cuarto?

—Señor, contestó ella, por la iglesia.

Predicaba un fraile el sermón de Santa Mónica, madre de San Agustín, y para dar una idea de su extraordinario mérito, habló de la conversion de su hijo, debida á los buenos consejos y á las virtudes de aquella santa.

—San Agustín, decia, estaba en el camino de la perdicion; era maniqueo, no podia salvarse. San Agustín, á pesar de su extraordinario talento, se hubiera condenado sin el santo ejemplo de su buena madre. Grande santo es San Agustín, oyentes míos, pero todo se lo debe á su madre. Con una madre como Santa Mónica, no es difícil que sea un hijo santo.

Sí, lo digo; que me den Mónicas y yo haré Agustines.

DE LA CASA DE JUEGO Á LA DE PRÉSTAMOS.



—La capa está en muy mal estado, no puedo dar sobre ella mas que cuatro pesetas.

—¡Pero hombre de Dios, si no hace quince dias que me costó 500 rs!

—Sí, ¿éh?—Pues ahí verá V.

Y vió que su compañero,
Doctor en economía,
Sacó de un morral enorme
Dos cabezas de sardina;
Las puso al sol, y en la sombra
Mojaba el pan que comia.

UNA ILUSION DE ESPEJISMO.



— Es imposible que esta noche no conquiste yo el corazón de Carmelita. El espejo me dice que estoy más interesante que de costumbre, y como después de mi armónico conjunto físico he de añadir á mi solicitud aquellas célebres palabras de.... ¡Ah! ¡Oh! ¡Uh! es imposible que me rechace. Está visto. ¡Soy un Tenorio!

— ¡Ay! ¡Que he perdido el pañuelo!

— Se lo habrán robado á V.

— ¡Quía! ¡Si no lo he sentido!

— Pues ahora lo siente V. Lo mismo da ántes que luego.

Refieren de un cochero que tuvo Felipe IV, llamado el catalán, cosas muy prontas. Viniendo S. M. del Escorial á Madrid, habia nevado mucho, estaba malo el camino, y en un paso peligroso dijo el cochero:

—Apésc V. M.

No quiso Felipe IV bajarse, y á poco rato volcó el coche.

Salió el rey y oyó decir al catalán:

—Me alegro, voto á tal.

—¿De qué te alegras, picaro?

—De que V. M. no se haya lastimado.

Un anciano presbítero, de carácter fuerte y vivo, habiendo perdido un pleito que sostenía en apelación, se presentó al día siguiente ante los magistrados que lo fallaron, cuando se hallaban en el tribunal, y les dijo:

—Cada uno de ustedes, señores, me ha afirmado en particular ántes y despues de la sentencia, que yo tenía derecho en mis reclamaciones, y que votaron á mi favor, pero que la *sala* habia decidido lo contrario: por lo cual, en vista de tal injusticia, vengo á que me digan VV. cuál es la sala que la ha cometido, para ensueñarme en ella.

Hace poco, en Washington, una señora que formaba parte del círculo de admiradores que rodea á Grant, le dijo:

—General, me parece que os he visto en San Luis.

—En efecto, señora, contestó el ilustre militar; yo era el que os vendía la leña. Era el tiempo más dichoso de mi vida aquel en que yo sostenía mi familia mediante un rudo trabajo.

También Abraham Lincoln fué leñador, y ¡rara coincidencia! dos leñadores han sido en estos últimos tiempos los dos primeros hombres de la gran república Norte-Americana, los que la han salvado de un naufragio y han admirado al mundo con sus talentos y energía.

La escena tiene lugar en un wagon de primera.—Viaje de Madrid á Aleoreon.

Un matrimonio jóven, que al parecer está todavía disfrutando las delicias de la luna de miel, se instala en un coche de primera.

En el sillón inmediato hay un caballero gordo.

Antes de llegar á la primera estacion, le dice la jóven á su esposo en voz baja y dulcisima:

—¡Gatito mio, pichoncito mio, ratoncito mio!

El caballero gordo, que empezaba á dormitar, se vuelve y exclama:

—Señora, hágame V. el obsequio de llamarle mi area de Noé, y déjeme V. dormir.

En uno de los sitios públicos de Lóndres, llamaba la atencion no ha mucho un anuncio con el siguiente epigrafe: «Arte de Mendigar, en seis lecciones.» El profesor Lázaro Roanay anuncia al público que ha fundado un colegio para la enseñanza teórica y práctica de la mendicidad, en todo lo que tiene de legitima.

Toda persona honrada de una mediana inteligencia, puede en un curso de seis lecciones ponerse en estado de vivir holgadamente á expensas del público, sin temer á ninguna revolucion política. Las condiciones del profesor son muy moderadas.

Toma tambien niños para educárlas, por una pequeña pension: mediante cierto precio, se indican las mejores calles en los barrios caritativos.

El profesor Roanay posee una gran cantidad de certificados, cuchilladas, cicatrices de heridas de bala y otras, imitando al natural.

Las mujeres inteligentes é idóneas pueden tomar en alquiler, por poco precio, gemelos adiestrados y muy á propósito para la explotacion en las calles. Tambien se encarga el profesor de surtir de perros á los ciegos, y en fin, cuanto se necesita para esta industria.

EN EL CIELO.



LUNA.—Pero hombre, ¿qué repente te ha dado que así tomas el sombrero y echas á andar?
SOL.—¿Te parece poco, mujer? Mira lo que acabo de leer en la *La Correspondencia de España*, que se ha inventado un cañon que dispara cinco mil tiros por segundo y que alcanza hasta nosotros. Ya ves, es preciso buscar casa, porque aquí no estamos seguros, y voy a ver si encuentro por ahí una que me acomode.

—¡Aquel sí que era loro! decía un sugelo ponderando las cualidades del que se le había muerto; cantaba como un corista de la Zarzuela; hablaba como un diputado ministerial; y por último, daba gozo ver el primor con que, al traerle el chocolate, cogía la jicara con una mano, con la otra la sopa....

—¿Y en qué se sostenía? ¿en la cola?... exclamó interrumpiendo al narrador uno de sus oyentes.

Después de haber tomado una tostada con café cierto jaque andaluz, se encontró con que no tenía bastante dinero para pagar, y dió dos reales al mozo, que era todo lo que contenía su bolsillo.

—Aquí faltan cuatro cuartos, señor, dijo el mozo.

Entonces contestó el andaluz:

—¿Cuatro cuartos? guárdatelos de propina.

Un sacristan de cierto pueblo, que no debía ser muy lerdo, se puso un día festivo á tocar á misa después de las tres de la tarde; y al oír la campana, acudió tanta gente, que se llenó la iglesia; y cuando todos esperaban ver salir al sacerdote para empezar á decir la, oyeron al sacristan desde el púlpito, á donde se había subido, que exclamó en alta voz:

—Señores, sepan VV. que todos los que han venido ahora á oír la, se han quedado hoy sin misa.

Pasaba por la puerta de la casa de su novia un mozo como un pimpollo cierta mañanita muy temprano, y viéndola asomada al postigo de una ventana baja, la dijo:—Oyes, chica, ¿puedo entrar?—Y contestándole ella:—La puerta está abierta, mi madre en misa, y yo me encuentro sola y en mangas de camisa,—agregó él, medio aburrido y pasando de largo:—Maldita sea esta casa, pues en ella todo se vuelve inconvenientes.

Una señora, fea y muy envidiosa, fué á visitar á otra, jóven, hermosa y de mucho talento, y despues de una conversacion larga y animada, dijo la fea:

—Señora, me habian engañado diciéndome que habiais perdido la cabeza.

—Ya veis, respondió la jóven, el caso que debe hacerse de los rumores del vulgo: á mí me habian dicho que habiais encontrado la vuestra.

Un empleado que volvia de la Habana, regaló á una señora amiga un precioso loro, que sabia el ejercicio de fuego en once voces, el santo Dios, santo fuerte, y otra porción de cosas por el estilo, que le daban un valor de mil reales vellon.

A los pocos dias fué el caballero á visitar á la señora, y le preguntó:

—¿Y el loro, qué tal le ha parecido á V?

—Sí, señor, era bastante bueno, aunque en nuestro concepto es mejor una perdiz.

—Pero señora, ¿qué dice V?

—Que lo guisamos con arroz, y estaba bastante durillo.

Sorprendió un dia con un quidam á su mujer, que era horrorosamente fea, un buen marido, que creía imposible hubiera persona humana que pudiese hacer caso de tal fenómeno; y en vez de enfurecerse, como parecia lo consiguiente, se dirigió al tercero, á quien con cierto aire de extrañeza dijo:

—¡Pero hombre, también V., sin tener obligacion!

Habiendo envidado un alcalde, quiso que todo el ayuntamiento en cuerpo asistiese al entierro de su mujer. El síndico se opuso, dando por razon que no era costumbre en el país.

—Si V. fuera el muerto, añadió, iríamos todos con mucho gusto.

Aquella insigne poetisa, Sor Juana Inés de la Cruz, monja en Méjico, tenía una priora de poco saber; y como se ofende tanto el entendimiento de la ignorancia, oprimida en una ocasion, le dijo:

—Calle, madre, que es una tonta.

Agravióse sumamente la priora y escribió un papel en forma de querrela contra su súbdita, que remitió al arzobispo D. Fray Payo de Ribera, varon tan sábio, que puso como decreto al márgen del billete:

«Pruebe la madre superiora lo contrario y se le administrará justicia.»

Prendieron á un criminal, acusado de varios delitos de los más graves; y cuando el juez le hizo los cargos correspondientes al recibirle su declaracion, él, léjos de negarlos, contestó:—Pues todavía he hecho otra cosa mucho peor que esas.—¿Peor? exclamó el juez asombrado.—Sí, mucho peor.—¿Y cuál es esa cosa tan repugnante y atroz?—¿Cuál? la bestialidad, que no me perdonaré nunca de haberme dejado coger.

Un boticario que se habia encargado de cierto enfermo desahuciado, le envió una medicina en un frasquito, y puso en un papel:

—*Mencarlo bien cuando lo vaya á tomar.*

Al dia siguiente fué á ver el efecto del medicamento, y salió á recibir al boticario un criado derramando lágrimas.

—¿Qué... está peor? ¿ha tomado la medicina?

—Sí, señor, pero como V. puso en el papelito que lo meneáramos bien, en una de las sacudidas que le pegábamos, bastante violenta para que hiciera la medicina más efecto, el pobrecillo se murió.

—Ya lo creo, dijo el boticario.



EL INVESTIGADOR DE CONTRIBUCIONES.—Señora, los intereses de la Hacienda me obligan á suplicarle que se sirva presentar la relación de sus rentas, para imponerle la contribución correspondiente.

LA LUNA.—Pero señor mío, si yo no tengo mas que lo encapillado, y está tan malo, que no puedo salir más que de noche....

EL INVESTIGADOR.—No trate V. de defraudar los intereses de la Hacienda, pues ésta ha recibido informes de que tiene V. cuatro cuartos todos los meses y.... ya ve V. que todo se sabe.

LA LUNA.—Esa es una calumnia de *Almanaque de los Chistes*, que anda observándome todo el año.

El hijo de un malgastador decía con mucha sencillez:
—¡Vean VV. que lástima! Yo tendría siete mil duros de patrimonio si mi padre no hubiese entrado en mi familia.
¿Ha visto V., hombre?

Un oficial de marina, que tenia bien merecida la reputacion de montar muy mal á caballo, corria el San Juan por las calles de Puerto-Rico. Un individuo que presumia de gracioso, se acercó á él y le dijo:

—¿Eh, amigo, sabe V. lo que le sucedió á Balaam?

El oficial le contestó inmediatamente:

—Sí, lo mismo que me ha sucedido á mí, que un asno le salió al camino y le habló.

Algunas lindas jóvenes de quince á veinte años, vecinas del pueblo de... se presentaron, hace algunos días, en casa de Carolina la modista, rogando les prestase trajes y velos blancos, adornos del mismo color y guirnaldas de flores.

La modista, que, como mujer, es curiosa, quiso saber con qué objeto se pedian, y una de las jóvenes, de mirada dulce y encantadora, le contestó:

—Yo le diré á V., señora; es que mañana es la fiesta del pueblo, y el señor alcalde ha querido que todas las solteras jóvenes nos disfracemos de virgenes.

Sucedido.

Un posadero se fué á confesar, y el sacerdote le preguntó si habia alguna vez untado con sebo los dientes de las caballerias de sus parroquianos para que no pudiesen comer la cebada.

• —Nunca, dijo el posadero.

A la confesion siguiente, el penitente se acusó de haber cometido muchas veces el peccadillo de que la otra vez estaba inocente.

—¿Cómo es eso! ¿Así se enmienda, hermano, que ántes no untaba los dientes de las bestias y ahora sí?

—Es que hasta que su merced me lo enseñó, yo no lo sabia.

Hojeando un tonto el Diccionario de la lengua, halló que «justo y equitativo» eran sinónimos.

Fué á comprar un par de botas, se las probó, y como le viniesen muy apretadas, dijo al zapatero:

—Maestro, estas botas son muy equitativas.

—Por eso, dijo el zapatero, me dará V. veinte reales más de lo que valen.

—De algo me habia de servir el estudiar la lengua, dijo el imbécil satisfecho de sí mismo.

Inventario del estómago de un cocodrilo.

El conservador del museo Ridell, en Agou, da la siguiente lista de los objetos que halló en el estómago de un cocodrilo, cogido en las cercanías de Agra.

Una docena de grandes pelotas de cabello.

Sesenta guijarros de una á tres pulgadas de diámetro.

Un gran anillo de metal de los que usan las mujeres orientales alrededor del tobillo.

Veinticuatro fragmentos de brazaletes de vidrio, llamados Churies.

Cinco sortijas de bronce.

Un pequeño amuleto de plata.

Una cuenta gorda de un collar de oro.

Treinta pequeñas cuentas rojas de collar.

Una cuenta de-piedra con vetas azules.

Todos estos objetos, con excepcion de los guijarros, hubieron de adornar los miembros de una ó de varias mujeres que sirvieron de pasto al monstruo, lo cual prueba que este cocodrilo cruel tuvo predileccion por el sexo débil.

El lacedemonio Androceilo, siendo cojo, sentó plaza de soldado, y cuando sus amigos le decian que tendria que pelear con gentes ágiles y fuertes, los replicó:

—Para pelear no se necesita correr, sino estar parado.

Examinaban dos niños un cuadro de la creación, en que Adán y Eva estaban pintados desnudos. La niña, más curiosa, como niña al fin, preguntó á su hermanito:

—Ricardo, ¿cuál de los dos es el marido?

—Qué preguntas tienes, tonta, ¿pues cómo he de conocerlo si no están vestidos?

Una señora recibió de criada á una gallega más desarrollada en lo físico que en lo moral.

—Hija mía, la dijo: V. ganará 30 reales al mes y además la vestiré.

A la mañana siguiente la señora llama á su nueva criada; no hay respuesta. Vuelve á llamar, y reina el mismo silencio. Comienza de nuevo, y nadie acude. Impacientada la señora, se levanta y va por sí misma al encuentro de su criada.

—Pero Catalina, ¿no me ha oído usted?

—Sí, señora, dijo la fornida marusa alargando los brazos; pero como me dijo que me vestiría, estaba esperando.

Cuando se prohibió en Suiza la obra de Voltaire, titulada *La Doncella*, el magistrado á quien se encargó su censura, pesquisa y ocupación, escribía al senado diciendo:

—Hemos registrado el canton, y en todo él no hemos encontrado ni una doncella siquiera.

Damos fé, etc.

No hay mujer fea en el mundo,—decía un sujeto en una reunion;—todas ellas son ángeles caídos del cielo.

—Segun eso,—dijo una jamona ebata y de irregulares facciones,—¿y yo he caído del cielo?

—Sí tal, contestó el interpelado,—pero cayó V. de narices.



UN MARIDO.—¡Señor! ¡señor! ¿Para cuándo son tus rayos? ¡Cesante! ¡Me he quedado cesante! Esto es hecho, me voy á echar á la calle: sí, señor, á la calle, y va á ser por el balcón.

SU MUJER.—Pero maridito mio, ¿qué te sucede?

MARIDO.—Nada, hija, nada; pero lee esa condenada *Gaceta*, y dime si no tengo motivo para pegarme un tiro en la tapa de los sesos. ¡¡Estoy cesante!!

SU MUJER.—¡¡Cesante!! ¡Horror! ¡Tres veces horror! Haces bien en arrojarte por la ventana; yo te ayudaré, hijo mio.

Cuando una mujer dice «¡márchese V!» es preciso irse; cuando dice «le suplico á V. que se vaya,» es preciso quedarse.

CON EL RABO ENTRE PIERNAS.



**Prólogo, introduccion, proemio, ó lo que quieran
nuestros lectores.**

Quiero que mis lectores principien por admirarse.

Las admiraciones se han hecho para abrir la boca, del mismo modo que los buñuelos se han inventado para cerrarla.

En todas las novelas pasadas, presentes y futuras, las admiraciones hacen un papel principal. Una princesa despechada que se tira por una torre abajo y se rompe la crisma contra un peñasco, merece los horrores de una admiracion eterna; la que toma un veneno ó se bebe una infusion de fósforos de Cascante; la que imita á Lucrecia atravesándose el pecho de parte á parte; la que hace el papel de Eloisa yendo á suspirar detrás de las celosias de un monasterio; el caballero que se lava todas las mañanas con agua de acetgas para presentar un rostro más escuálido que romántico; el héroe que tiene el gusto de hacer reventar en un banquete á todos sus vasallos; la cabeza ensangrentada que nos describe Gerónimo Paturot; las atrocidades que nos pinta Ponson du Terrail; las maravillosas extravagancias de Edgar Poe, ni las fantásticas narraciones de Ana Raeliffe, valdrían cuatro maravedises si todas estas cosas que hemos nombrado no se hallasen cuajadas de las competentes admiraciones.

Este signo ortográfico es, á no dudarlo, la sal y pimienta de tan notables asuntos.

Nada tiene por lo tanto que nosotros pidamos anticipadamente la admiracion, el asombro y el pasmo de nuestros lectores, puesto que la historia que vamos á contar así lo exige y lo reclama.

I.

En el que se da comienzo á esta maravillosa y peregrina historia.

Pues señor, en un tiempo en que importa poco citar la fecha, había en una comarca de cierta provincia un convento, un castillo y un río. El convento se encontraba en un cerrete ni muy alto ni muy bajo, mientras que el castillo se hallaba en una eminencia y sobre unas rocas más peladas que la cabeza de un calvo. Excusado es decir que entre el uno y el otro edificio había tenido el río la osadía de interponerse prohibiendo, como era consiguiente, la comunicacion, entre ambas orillas, y por consiguiente entre la jurisdiccion señorial y la jurisdiccion monacal.

El resto del país era, sobre poco más ó ménos, igual al de tantos otros como nos han descrito y pintado los novelistas, los naturalistas, los remontistas, y aun las modistas, cuando éstas se han lanzado á las vastas regiones de la imaginacion. Había árboles, rebaños de ovejas, cabañas echando humo y algun que otro pastor recostado á la sombra de las copudas encinas.

Si todas estas cosas estaban á la orilla izquierda del río, pertenecian al convento; si estaban á la derecha, eran correspondientes al castillo.

Y sin más, tal es el primer cuadro que presentamos á nuestros lectores.

II.

En el que se probará como dos y dos son cuatro, que el castillo tenía su castellana, la castellana su amante, y el amante sus puños y su tizona, como único patrimonio.

Y era el caso, que segun es ley en los antiguos fueros y añejas ordenanzas del reino, que el castillo que nos ocupa estaba hecho á diente de perro: con nidos de golondrinas en los terreones, con cigüeñas de hierro en las barba-

canas, con clavos de cabeza de turco en los puentes levadizos y con un agua apesosa y corrompida en los fosos.

Los sapos cantaban al compás del grito de los centinelas, y las lechuzas y cornejas al compás de los sapos.

Era de noche; la luna asomaba una faz descolorida y legañosa por las vecinas cordilleras.

A este tiempo la señora Maturina Paneracia Genoveva y Estefanía de Torre-Gil, se asomaba á una reja baja que daba á un jardín lleno de zarzales ó cardocucos. ¿Pero quién es la señora Maturina? preguntarán nuestros lectores. Es nada ménos que la noble castellana de la fortaleza.

Maturina era alta y algun tanto pecosa; su pelo, de tan rubio degeneraba en ceniciento; tenia el dulce atractivo de ser un poco chata, y cuando miraba bajo el prestigio del amor, sus ojos se ponian algun tanto bizeos, que es, segun algunos autores, la prueba más concluyente de estar locamente enamorada.

Y Maturina se sentó en la reja, lanzó un suspiro que hizo enmudecer á los grillos que cantaban en el jardín, tomó una actitud romántica bajo los rayos de la luna y esperó.

¿A quién esperaba?

He aquí lo que vamos á decir en el capítulo tercero de esta interesantísima historia.

III.

En el que continúa el mismo asunto.

Habia por aquella comarca un caballero alto y delgado como D. Quijote, hombre que en vez de carne, era todo puro hueso, hombre, en fin, con un poco de pellejo, que tenia la mision de cubrir un manojo de músculos secos y arrugados. Este hombre usaba el mostacho retorcido hasta las orejas, el sombrero caido hasta los ojos, la espada levantada hasta la cintura y el gesto fruncido hasta la fealdad.

Llamábase Tribaldo Malatesta, y tenia fama de penden-

ciero, jugador y amante de las bebidas espirituosas, si bien aficionado á los ojos negros y azules que más resplandecian en todo el país.

Este hidalguelo era ni más ni ménos que el amante de Maturina, y desde que él puso los ojos en la noble castellana, nadie se atrevió á disputársela, por más que muchos lo deseasen.

Dicen que el amor es ciego, aunque nosotros no disfrutemos de esta opinion. Y la prueba evidente de que ve más de lo que debiera, era el conato del señor Malatesta, de hacerse dueño y señor de la dama del castillo, si no por los atractivos personales de la misma, al ménos por los cotos y barbechos que poseía.

Animado con este digno propósito, acercóse Tribaldo á la reja donde le esperaba la dama de sus pensamientos, y le dijo, despues de una docena de suspiros más ó ménos graduados:

—Y bien, señora, aquí me teneis de nuevo á vuestra disposicion. Ya sabéis que os amo más que á las niñas de mis ojos, que he jurado consagrar mi existencia á obedeceros ciegamente. ¿Qué es lo que mandais?

—¡Oh! exclamó la dama: ántes de todo os ruego que bajeis la voz. Hay numerosos espías que nos siguen por todas partes. Mi tutor es un tirano. ¿Por qué no lo atravesais de parte á parte con vuestra espada?

—Lo haría con mil amores, contestó Tribaldo, si vuestro tutor fuera un hombre de armas; pero es el abad del vecino monasterio, y yo no puedo atentar contra un ministro del Señor. Caería sobre mí la excomunion....

—¡Ah, sí, la excomunion! exclamó la dama haciendo como que se estremecía.

—Y una vez excomulgado, no me podría casar con vos.

—Si llegara ese horrible caso me ahogaria, me mataria, me aplastaria, me envenenaria y hasta me incendiaria.

—No es menester tanto, mi querida Maturina. Esa série de muertes producirian en mí otra série de horribles catástrofes.

—Pero dejando esto á un lado, exclamó la dama de repente, ¿cuándo os parece que nos casemos?

El caballero dió un salto de sorpresa al oír semejante pregunta.

—¿Cuándo? Dejad, señora, que yo me inmortalice. En la actualidad estoy sin un cuarto: las trampas me llegan hasta los dientes; no tengo mas que mi tizona y mis puños; en vista del infausto destino que me rodea, he tomado una resolución heroica. ¿Sabeis cuál?

—Nó.

—Pues me marchó á la guerra en esta misma madrugada. Allí encontraré todo lo que me falta ahora mismo.

—¿Es decir que me abandonas?

—Por poco tiempo no más.

La dama se sintió tan conmovida, que principió á arrojarse lágrimas como puños. La escena no podia ser más patética, y era de temer de un momento á otro que llegase el instante del imprescindible desmayo.

Así fué en efecto: una convulsion lastimosa se inició en las extremidades de la dama; de pronto exclamó con voz agonizante:

—¡Oh! sostenme, agárrame, estréchame contra ti, me es imposible resistir el golpe que me preparas: ¡me muero!... ¡me muero!... ¡me muero!...

Y despues de dejarse apretar, estrechar y abrazar, abrió y cerró los ojos, meneó las manos, agitó las piernas y cayó desmayada en los brazos de su amante, á pesar de la reja que estaba por medio.

Creemos inútil pintar la desesperacion de Tribaldo Matalista.

Nuestros lectores podrán adivinar lo que hubo de pasar despues. Lo que sí podemos asegurar nosotros es que el despechado amante á la mañana siguiente se marchó á la guerra.

IV.

De como no ha salido hasta este momento el verdadero héroe de la verídica historia que estamos escribiendo.

La horripilante escena que acabamos de describir produjo sus inmediatos resultados. Maturina se escondió en el

rincon más oscuro de su castillo. Se alimentaba tan sólo de pan y agua, y siempre tenía los ojos malos á fuerza de tanto llorar.

En vano venía á visitarla diariamente el abad del convento inmediato: en vano se revestía de su carácter de tutor; en vano, en fin, le aconsejaba que desechase aquel *tremens amoris* que parecía constituir la existencia de la dama.

Pero ella permanecía en sus trece, y así se pasaba el tiempo, sin que Malatesta volviese, sin que el abad cesase en sus amonestaciones, y sin que ella abandonase sus arrebatos.

Esto era sobre poco más ó ménos el pan nuestro de cada día; pero un acontecimiento extraordinario que se verificaba en aquel período de ansiedad, iba á dar una forma distinta á la marcha de nuestra historia.

Es el caso que el abad, siempre que venía al castillo, traía de acompañante al sacristan de su convento.

Era este sacristan un pobre diablo que sólo se habia entretenido hasta allí en apagar y encender velas, en tocar las campanas y en dar aire á los fuelles del órgano. Pero como los sacristanes no están libres de las saetas de Cupido, resultó que el héroe que nos ocupa se enamoró loca y perdidamente de la señorita Maturina de Torre-Gil.

Nadie sabe lo que son esas pasiones sordas que se encuentran enérgicamente reprimidas por el ascetismo y por el deber. Nuestro sacristan era una prueba evidente de lo que decimos; pues en poco tiempo hizo tan formidables progresos, que no pudo ménos de perder hasta las nociones de su deber. La carne se hizo superior al espíritu, y sólo Dios sabe la lucha que nuestro hombre tuvo que sostener para no tirarse al río de cabeza, que buenas intenciones tuvo para ello.

Pero ni los ayunos ni las disciplinas mitigaron el delirio de aquella rebelde naturaleza. La pasión de nuestro hombre fué creciendo como un volcan en erupcion, y el resultado fué que acabó por perder la chaveta.

—Pues señor, decia mi hombre mirándose á un espejo:

el caso no es nuevo: no es la primera dama que se enamora de un sacristan. Soy joven, estoy rollizo, verdad que soy un poco bajo de estatura; pero estéticamente hablando, siempre valgo mucho más que ese escuerzo que se llama Tribaldo Malatesta, que Dios confunda. ¿Pero cómo hacerme comprender?

Y en esta pregunta se estrellaban todos los cálculos del sacristan.

Antolin, que así era el nombre de nuestro héroe, apeló á todos los medios imaginables. Matarina pasaba por su lado sin mirarlo siquiera: se escapó de noche del convento para rondar en torno del castillo, y hasta aprendió unas coplillas para cantarlas debajo de la reja del jardín.

Mas como todo fuera inútil, como la calentura iba en aumento, como la pasión se iba desencadenando, como las esperanzas no aparecían jamás, como nada conseguía por medios ni directos ni indirectos, se sintió verdaderamente tentado por el diablo, y apeló á lo que nadie se hubiera atrevido á apelar. A consultar una bruja que vivía en la comarca comiendo á dos carrillos á causa de amores desgraciados.

V.

De como el interés de esta interesante novela debe de ir interesando á nuestros lectores.

Antolin se escapó por la puerta trasera del convento, á fin de consultar á la sibila de la comarca.

Y cuando se escapó era de noche, y no habia luna, y ladraban los perros, y hacia un aire de todos los demonios, y mayaban los gatos, y soplaban las lechuzas, y chirriaban las veletas, y no se veían los dedos de la mano. La cosa no era para menos.

Para el complemento del cuadro faltaban sólo algunos truenos, relámpagos y rayos.

Antolin era poco conocedor de veredas cuando se trataba de marchar entre las tinieblas y la oscuridad; pero el

amor haec maravillas, y Antolin saltaba, brincaba y corria como si se paseara por el cláustro.

Así fué, que en dos horas y media y cinco minutos llegó á la puerta de la bruja.

Esta vivía en una casa aislada y asolada y arruinada: no podía ser de otro modo. Las brujas no habitan en palacios.

Antolin, por lo tanto, aceptó aquella miseria, y como estaba rematado de amor, llamó á la puerta.

—¿Quién es? preguntó una voz gangosa en el interior.

—Un servidor vuestro, señora. ¿Se puede pasar adelante?

—Mi casa está abierta para todos.

Y en esto no mentía la buena mujer.

Pocos momentos despues, el lego y la vieja, y la vieja y el lego, estaban frente á frente. Una lamparilla comunicaba la suficiente luz á una escena tan singular.

—Y bien, preguntó ella: ¿qué se os ofrece?

—¿No os llamais *Martha la Anudadora*?

—Justamente.

—Pues en ese caso, sabed que vengo á vuestra casa con mucha necesidad.

—Bien, decid.

—Estoy enamorado.

—Eso me dicen todos.

—Estoy loco perdido.

—Es igual.

—Soy un amante desdeñado y deseo vuestro auxilio.

La vieja se sonrió como una caña cascada.

—Bueno, exclamó por último: contadme vuestra cuita.

El sacristan tomó la palabra, cosa formidable en un hombre que está desesperado de amor, contó la imposibilidad de su empresa, el absoluto desden de la dama, sus insinuaciones más ó ménos extraordinarias, su constancia tan tenaz como inverosímil, y por último, todos los pasos, sorpresas y añagazas que había dado para contar con la victoria.

Eseuchólo la bruja con notable atencion, y á seguida le dijo:

—¿Es decir que careceis de toda esperanza?

—De toda, contestó el sacristan.

—Pues eso no vale absolutamente nada. Ese asunto lo arreglo yo en un periquete. ¿Estais verdaderamente enamorado de la señorita Maturina de Torre-Gil?

—Tan enamorado estoy, que voy á perder hasta los huesos.

—¿Y seriais capaz de casaros con ella?

—Ahora mismo.

—Entónces por tres escudos y dos blanquillas, os pongo en disposicion de que se celebre inmediatamente vuestro matrimonio.

El sacristan por toda contestacion enseñó una bolsa que contenia mucho más dinero que el pedido por la vieja.

—Entónces dijo ésta, trazando un circulo con la mano: Por arte de birli birloque, y en nombre de las palabras mágicas que sirven para hacerse amar *Blay Noxio* y *Aperret*, yo, Maritba encantadora, te trasformo á tí, Antolin el sacristan, en la figura, persona y traje del caballero Tribaldo Malatesta.

Y arrojando sobre el misero amante un agua oscura que sacó de una caldereta de cobre, se verificó tal como lo habia dicho la bruja la maravilla más extraña, más rara y más sorprendente que se encuentran y encontrarán en todas las crónicas presentes, pasadas y futuras. Esto es, que Antolin se encontró trasformado en otro sér completamente distinto.

La vieja lo puso delante de un espejo, y vióse que tenia la misma facha, la misma presencía, la misma cara y el mismo traje que Tribaldo Malatesta.

VI.

En el que Antolin principia á hacer alguna de las suyas.

El sacristan, viéndose trasformado de aquel modo, no quiso perder tiempo. El sabia que la ocasion la pintan calva, y que el que da primero da dos veces. Por lo tanto

decidióse á marchar directamente al castillo de su dama, seguro de que seria perfectamente recibido.

Tropezando aqui, cayendo más allá, rompiéndose una espinilla contra alguna piedra y arañándose la cara contra los zarzales, alcanzó por último la senda que lo colocaba en la avenida principal del castillo.

El sabia que constante Maturina al amor que la dominaba, pasaba largas horas sentada en la reja en donde habia gozado de los momentos más cariñosos del amor. Antolin, por consiguiente, se dirigió al expresado jardin.

Para insinuarse mejor acerca de su llegada, le pareció conveniente anunciarse por medio de una trova, la cual tuvo efecto con mil gorgoritos, calderones, sostenidos y bemoles.

La dama se abalanzó hácia la reja, luego que hubo oido la voz de su amante.

—¡Ah, eres tú, tú, Tribaldo mio! exclamó tendiendo los brazos hácia él.

—Yo soy, contestó Antolin aprovechándose de las circunstancias para dar un solemne apretón á la dama de sus pensamientos.

—¿Se ha acabado la guerra?

—Sí.

—¿Has hecho fortuna.

—Tambien.

—¿A qué vienes entónces?

—A casarme contigo, contestó Antolin resueltamente.

La sorpresa que estas palabras produjeron en Maturina la obligó á hacer treinta gestos en un segundo.

—¿Y te casarás conmigo á pesar de mi tutor?

—Y aun á pesar de mil tutores que se me pusieran delante.

—Pues júralo.

—Lo juro.

Y despues de mil protestas, mil apretones de manos y de otras mil cosas que suprimimos porque no se pongan largos los dientes de nuestros lectores, quedaron convenidos en que de allí á tres días celebrarian su matrimonio.

Y con esta esperanza Antolin se fué dando zapatetas

por el aire, lleno de alegría al ver que se iban á realizar todos sus deseos.

VII.

En donde se dice mucho y no se dice nada.

Y en efecto, de allí á tres dias todo fué llano y hacedero. El tutor, ó sea el abad del convento, no puso resistencia alguna, se conformó del todo: las puertas del castillo se abrieron para Antolin: este echó mano de todos sus ahorros para gastarlos espléndidamente, y todos le saludaron como al caballero más valiente y esforzado, y todos miraron por último sus robustos puños y reluciente tizona.

Mientras se celebraba por todas partes la inesperada vuelta del caballero, esparciase entre las viejas y comadres del vecino lugarejo la extraña noticia de que habia desaparecido Antolin el sacristan; pero ¿qué importaba todo esto? Lo que importa un grano de sal desecho en agua. Si al uno lo habia tragado la tierra, el otro aparecia con todo el prestigio del vencedor y del héroe.

A la noche, los habitantes de la comarca le dieron una serenata, y Antolin se tuvo que asomar al balcon haciendo saludos.

De este modo pasaron los tres dias hasta que llegó la noche de la boda.

VIII.

De qué manera llega el momento de casar á la castellana de Torre-Gil.

El castillo de Torre-Gil apareció espléndidamente iluminado. El sacristan, merced á la bruja, apareció vestido noblemente, y el abad se colocó en la capilla esperando el momento decisivo.

Cuando se vieron los dos prometidos, exclamaron prematuramente:

— ¡Esposa!

—¡Esposo!

Y una demostracion más expresiva que estas dos palabras, vino à inflamar el semblante del sacristan, el cual estaba hecho un bota-fuegos.

En seguida aparecieron los convidados, es decir, media docena de hidalgüelos, los cuales hicieron tantas reverencias como dias tiene el año.

Despues, en segundo término, los músicos.

Luego la servidumbre.

Por último los colonos.

Así llegó el ansiado momento.

Todos se dirigieron á la capilla.

IX.

La boda.

El abad estaba vestido de un traje blanco, así como Maturina, se hallaba más bicea y más chata que de costumbre.

Antolin avanzó apoyado en su tizona, con grave y reposado continente. Seguro de no ser conocido y hasta casi olvidado de sí mismo,—que à tanto le habia llevado su ceguera y su locura,—tomó la mano de la jóven, y acompañado de la comitiva avanzó hácia el altar.

Y así principió la ceremonia, sucediendo lo que sucede siempre, que la desposada se pusiese de mil colores. Pero en el instante mismo sintióse un formidable estrépito. en la parte de afuera: se sintió la voz y el paso apresurado de una persona, à seguida gritos y aspavientos, y por último sorpresa general.

—¡Ah! exclamaron todos. ¡El caballero Tribaldo!

Y en efecto, por medio de la multitud, con la espada en una mano y la ira pintada en el semblante, se presentó el verdadero amante cuando nadie podia esperarlo. Llegaba en el momento crítico.

¿Pero cómo era posible esto? Uno y otro eran tan exactamente parecidos, era tan igual la semejanza, que



todo el mundo creyó que el Tribaldo verdadero era un impostor.

—Atrás, gritó éste. ¿Quién se atreve á robarme las manos de mi dama?

—¡Yo! contestó Antolin saliéndole al frente.

Fué tal el espanto de Malatesta al verse reproducido de aquel modo, que dió dos pasos para atrás.

—Yo soy Tribaldo, exclamó.

—Y yo también, añadió el lego algún tanto preocupado con aquella contrariedad.

—¡Este es! ¡éste es! exclamó la concurrencia poniéndose al lado de Antolin.

El mismo abad estaba tan fuera de sí, que no sabía lo que le pasaba.

El asunto iba tomando un carácter alarmante. El verdadero Tribaldo protestaba contra aquella su imágen tan exacta y tan completa: el apócrifo no quería perder la primacía de su derecho; el público, según las razones del uno y del otro, se dividía en bandos: el problema se intrincaba cada vez más, y hasta la digna dama de Torre-Gil se hubiera casado con los dos si esto hubiera sido permitido.

Y al fin y al cabo nadie se entendía: hasta los dos héroes de aquella escena luchaban en sí mismos: el verdadero Tribaldo perdió la paciencia y echó mano al chafarote; el otro hizo lo mismo: el abad se puso por medio y Maturina quiso desmayarse, pero no pudo: la curiosidad era más poderosa en ella.

En este estado, ó hacía falta allí un nuevo Salomón, ó era preciso suprimir uno de aquellos personajes.

El abad se hizo entender por último, y exclamó:

—No hay más que un medio para saber la verdad.

—¿Cuál? contestaron todos.

—La señora Maturina de Torre-Gil, que tanto ama y ha amado al caballero Tribaldo, ¿puede conservar en su memoria alguna seña particular que nos saque de dudas?

—¡Oh! sí, exclamó la dama: ahora recuerdo perfectamente. Mi amante, mejor dicho, mi verdadero esposo, debe tener un lunar en el cogote.

—Pues vamos al lunar.

Y los dos pretendientes, con una ansiedad digna de una causa más noble, tiraron al suelo las golas que rodeaban su cuello.

—Aquí está el lunar, gritó el verdadero Tribaldo.

Todos se arrojaron á verlo.

—¿No es este? preguntó el abad con voz solemne á Matulina.

—Ése es, contestó la dama.

—Vamos al otro reconocimiento.

Pero Antolin buscaba en vano el lunar: no lo tenía.

—¿Donde está vuestro lunar? le preguntó severamente el abad.

—No lo tiene, no lo tiene, contestaron todos.

Y el sacristan aturdido, loco, ciego, maldijo su negra estrella, viéndose perdido en el momento de la victoria, y viéndose perdido por una cosa tan insignificante.

—Este es el impostor: que se le prenda, dijo entónces el severo tutor.

Pero ya era tarde. El sacristan, temiendo todas las consecuencias que podían caer sobre él, había tomado las de Villadiego.

En este instante fué cuando se desmayó la dama.

X.

En el que la dama vuelve de su insulso.

Todos.—¡Oh!

XI.

En el que se casa la dama con el caballero Tribaldo de Malatesta.

Ella.—¡Ah! al fin soy tuya.

Tribaldo, que venía algún tanto picardeado de la guerra, contestó con voz paciente:

—No hay otro remedio, paciencia.

EPÍLOGO.

Se había apoderado de Antolin tal temor, que huyendo hacia el convento no se acordó que el río no tenía puente, y cayó dentro de una red de pescar anguilas.

Allí pasó la noche tiritando y refreseándose al mismo tiempo de sus ardores amatorios.

A la mañana siguiente se le encontró en aquella situación, y pidió socorro. Todo el mundo corrió á favorecerlo.

Es fama que entónces llamó al abad y confesó con él toda la verdad del caso. El resultado fué que despues de diversos conjuros, se fué trasformando en lo que ántes había sido, acabando todos por burlarse de aquel pobre diablo enamorado.

—Ved aquí lo que es meterse á probar las uvas ántes de estar maduras, dijo un viejo á otro viejo.

—Es verdad, contestó éste sentenciosamente; le ha pasado lo que á la zorra. Se va avergonzado y con el *rabo entre las piernas*.

TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS.

Un maestro de escuela, enseñando á los chicos los deberes del cristiano, les decía una tarde de invierno, para que lo retuviesen en la memoria y pudieran despues contestarlo:—El buen cristiano debe ante todo, al acostarse y levantarse, dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, etc.; agregando á seguida, dirigiéndose á uno de los chiquelos que parecía haberle oído con atencion:—Consiguiente á la explicacion que acabo de dar, y que tendreis bien presente; vaya, Fulanito, ¿qué hará V. al acostarse por la noche?—Yo, contestó el preguntado, arroparme bien para no tener frío.

EL AMOR.

Idilio.

PRIMERA PARTE.



En tocando el amor llamada y tropa,
Las jóvenes, las viejas y caducas,
Acuden como moscas.

A un hombre muy miserable le decía un amigo suyo:
—Pero hombre, ¿es posible que sea usted tan tacaño? Se dice que en su casa de usted todos tienen un hambre que se las pelan.

—¡Mentira! En mi casa todo el mundo está harto. Mi mujer está harta de mí, yo estoy harto de mi mujer; los criados están hartos de nosotros, y nosotros hartos de los criados.

EL AMOR.

Idilio.

SEGUNDA PARTE.



Mas si amor se presenta,
Roto y sin una mota,
Huyen de él cual el diablo
Las viejas y las mozas.

En un convite á que asistian vários oficiales franceses é ingleses, brindó uno de éstos por el bello sexo de los dos hemisferios; y oyéndolo uno de los franceses, dijo:

—Pues yo brindo por los dos hemisferios del bello sexo.

LOGOGRIFO.

Con ocho letras me visto,
Y soy antigua matrona
Que ocupé más de una página
En las antiguas historias;
Y para que aciertes pronto
Mi nombre, bella lectora,
Te daré algunos detalles,
Y aguza ingenio y memoria.
Puedes formar con mis letras,
De la historia mitológica
Tres dioses, y lo que ves
En el árbol que da sombra.
Un cuadrúpedo animal
Que los nervios te alborota,
Y lo que pintan los hombres
A una deidad mitológica;
El término de un camino;
Un guiso; lo que tu boca
Expresa si estás contenta;
Lo que ves en Barcelona;
Un mueble muy conocido,
Y de música una nota.
También hallarás en mí,
De la religion católica
La ceremonia más santa,
Y otro centenar de cosas
Que no te digo, por miedo
De confundirte, lectora.

(La solución al final del libro.)

ADIVINANZA.

¿En qué se parece un hombre á un borrico?

(La solución al final del libro.)

COSAS DE ESPAÑA.

Una ovacion.



El PÚBLICO. — ¡Buena estocada! ¡Bravo! ¡bravo! ¡música! ¡música!

UN LORD. — (Asustado.) ¿Lo ha hecho mal el torrero?

UN CURRO. — ¿Mal? no seas tó pampinoso cristiano; si ha dao la estocá er siglo....

EL LORD. — ¡Oón! ¿enónces por qué le tiran tantos utensilios con que le pueden lastimar?

EL CURRO. — Señor, si eso es aplaudirle.

EL LORD. — Yes, mi creer que era para matarlo...., mi no entender estas cosas de España.

Un jesuita que la echaba de literato, necesitaba tomar baños, y para obtener con facilidad la licencia del superior, y probar al mismo tiempo los puntos que calzaba en lo que llamamos letras humanas, escribió en latin una larguísima carta de siete ú ocho pliegos, atestada de citas hebreas, griegas y latinas, y no lo hacía de sanseritas, porque era antes de haberse *inventado* esta lengua.

El superior, queriendo concederle la licencia, pero dándole al mismo tiempo una leccion, tomó un pliego de papel, lo abrió y escribió en el centro esta palabra latina:

I.

En la erudicion de nuestro religioso debia haber mucho de apariencia, porque abrió el pliego, miró la *i* y se quedó alelado como pudiera un paletó.

Un compañero suyo llegó entónces, vió la *i*, y dijo:

—Que sea enhorabuena.

—¡Cómo! si no me contesta.

—¿Estás loco? No hace falta en la carta del superior ni media letra más.—*I*, imperativo del verbo *eo*, significa *marcha ó ve*; ¿para qué otras digresiones?

El primer fraile pasaba por un grande hombre, y el segundo por un hombre vulgar. Fiaos ahora en las reputaciones.

ENIGMA.

Ví en una plaza espaciosa,
Que estaba de gente llena,
Una horrible y feroz cosa,
Que cuanto es más pernicioso
Tanto la tienen por buena.

(La solucion al final del libro.)

Se cuenta del conde de Bufon, que paseando una tarde con cierta familia amiga, una señorita le interrogó sobre la diferencia que habia entre un toro y un buey. El conde, dirigiendo la vista y la mano á un prado próximo, le dijo:

—¿Ve V. aquellas preciosas terneras que saltan y brincan en el prado? Pues bien, los toros son los padres, y los bueyes ni son ni pueden ser mas que tios.



LA ANCIANA.—No corras, desdichado, que me quitas la vida con tu carrera, y me tienes encaneecida, sin sombra y sin color.

EL TIEMPO.—Déjame. ¿Qué daño te hago con correr?

LA ANCIANA.—¡Maldito! ¿Pues qué, no me miro al espejo?

Los casados que animan á imitar su ejemplo, se parecen á los que, metidos en un baño liritando de frio, invitan á los demás á bañarse, asegurando que el agua está deliciosa.

CHARADA.

Hace un año este verano,
Ví á mi todo cierto día
En el paseo más público
Luciendo su gallardía.
El trapo á reír soltaban
Todos al verle pasar,
Y ya en coro los chicuelos
Comenzaban á silbar.
Llevaba atada á la espalda
Mi *prima* y *segunda* henchida,
Y era su rostro en el gesto,
De *primera* repetida.
De mi *cuarta* en una mano
Primera y *cuarta* llevaba,
Y en mi *tercera* y *primera*
De su caballo arrastraba
Una cinta, á cuyo extremo
Y metida en una funda,
Llevaba, según decían,
Mi *tercera* y mi *segunda*.
Con tan raros adminículos
No estando en Carnestolendas,
El público se reía
Al ver tan extrañas prendas;
Pero mi *todo* es así,
Y la vergüenza ha perdido.
El mundo le importa poco,
Porque es... lo habreis comprendido.

(*La solución al final del libro.*)

Una joven esposa escribía á su marido ausente:
—Tomo la pluma para escribirte, porque nada tengo que
hacer, y concluyo la carta porque nada tengo que decirte.



Señores, hay ciertas cosas
Que me parecen mentira;
Y es que se la busque un hombre
Así, ó cogiendo colillas.

Un joven elegante llamó ayer á la puerta de la casa de una de las damas más aristocráticas de Madrid.

—La señora no puede recibirle á V., porque está indispuesta, le dijo el lacayo.

—Pregúntele V., añadió el joven, si es conmigo.

En los primeros días del mes de Enero llevaron á casa de un robusto asturiano el padron de vecinos.

Nuestro ciudadano fué llevando con su nombre, edad y lugar de su nacimiento las casillas correspondientes, y al llegar á la de *profesion* escribió:

Marido de nodriza.

Son curiosas las cuatro décimas siguientes, que sin añadir ni quitar una letra, y sólo variando su puntuacion, expresa cada una una idea completamente distinta.

Tres bellas que bellas son
Me han exigido las tres
Que diga cuál de ellas es
La que ama mi corazon
Si obedecer es razon
Digo que amo á Soledad
No á Julia cuya bondad
Persona humana no tiene
No aspira mi amor á Irene
Que no es poca su beldad.

Tres bellas, que bellas son,
Me han exigido las tres,
Que diga de ellas cuál es
La que ama mi corazon.
Si obedecer es razon,
Digo, que amo á Soledad;
No á Julia, cuya bondad
Persona humana no tiene;
No aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

Tres bellas, que bellas son,
Me han exigido las tres,
Que diga de ellas cuál es
La que ama mi corazon.
Si obedecer es razon,
Digo, que, ¿amo á Soledad?
Nó. ¿A Julia cuya bondad
persona humana no tiene?
Nó. Aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

Tres bellas, que bellas son,
Me han exigido las tres,
Que diga de ellas cuál es
La que ama mi corazón.
Si obedecer es razón
Digo, que, ¿amo á Soledad?
Nó. A Julia cuya bondad
Persona humana no tiene.
No aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

Tres bellas, que bellas son,
Me han exigido las tres,
Que diga de ellas cuál es
La que ama mi corazón.
Si obedecer es razón
Digo que, ¿amo á Soledad?
Nó.—¿A Julia cuya bondad
Persona humana no tiene?
Nó.—¿Aspira mi amor á Irene?
¡Qué! ¡nó! es poca su beldad.

Un tuerto disputaba con un hombre, diciendo que veía más que él, teniendo la vista clara y hermosa, y apostaron un refresco.

—Pues señor, yo he ganado, dijo el tuerto, porque yo le veo á V. dos ojos y V. ni me ve ni puede verme más de uno.

Un alcalde tuvo necesidad no há mucho, de escribir en una cédula la filiación de una señora.

La señora era tuerta.

El alcalde era muy fino.

No queriendo ofenderla al llegar al capítulo de los ojos, escribió:

«Ojos negros, hermosos, expresivos, pero uno de ellos está ausente.»



Esta dolorosa escena le ocurre á este caballero cada cuarto menguante de luna.

¡Es su esposa! Y enviuda cada treinta días.

¡Oh! casados, ¿podreis comprender su dolor?

—No hay duda alguna, decia un amigo á otro:

—Que es cierto como todos los refranes aquel que dice:
«Quien paga sus deudas descansa y se enriquece.»

—¡Bah! repuso el otro:

—No lo creas, esa es una necesidad inventada por los pícaros acreedores.

En cierto tribunal se estaba durmiendo un consejero; el inmediato dijo á los otros:

—Mirad á mi amigo que duerme como un marrano.

Oyólo el soñoliento, y replicó:

—En un marrano todo es bueno; pero en un burro nada hay que valga.

Los franceses ocuparon
Dos villas fortificadas,
Y hasta los templos robaron,
Y nada allí respetaron,
Ni doncellas ni casadas.

Decia un vecino honrado:

—La raza infame extranjera
Todo lo bueno ha acabado;
Una virgen ha dejado,
Y esa porque es de madera.

El monje Redin era hombre de muy buen humor. Estando ya con los sacramentos, entró á verle un mal predicador, y le dijo:

—Padre Redin, me han encargado predicar el sermón de sus honras.

—Pues me alegro, dijo Redin.

—¿De qué? preguntó el predicador.

—¡Diablo! de que me habré muerto para entónces, y con eso me libro de oírlo.

Un caballero fué á visitar á una señora, y la criada le dijo que la señora habia salido.

Al marcharse vió reflejarse en un espejo la cabeza de la dama.

Una hora despues encuentra en casa de un amigo suyo á la señora en cuestion, á la que dice:

—He estado en casa de V. y no he tenido el placer de verla.

—Sí: he salido muy de prisa porque tenia que hacer algunas compras.

—Muy de prisa ha debido usted salir, en efecto, porque se ha dejado en casa la cabeza, que he visto en un espejo.

—;Puede ser! Soy tan distraida.



—Pero gran demonio, ¿qué has traído de la plazuela para haber gastado los tres reales que te di?

—Indudablemente tú gastas el dinero en devaneos... no sé cuándo has de sentar la cabeza...

— ¡Hombre, si enviudara, cualquier muchacha me atrapa otra vez!

— ¡Caballero!

— ¿Qué se le ofrece á V?

— Vengo á pedir la mano de su hija.

— ¿Cuál?

— ¿Cómo cuál?

— Sí, señor; la derecha ó la izquierda.

— Las dos, hombre, las dos.

— No puede ser; es manca.

—Pero María, ¿qué cocinera tan descuidada es V! ;Ahora se pone usted a espumar la olla con una cuchara de plata!

—Señora, si estaba sucia.

—La calentura no es nada,
ningun cuidado me da,
dijo el doctor Alcalá
á una enferma desahuciada.
Y al escuchar tal merced,
cuentan que ella respondió:
—Méenos me enidara yo
si la padeciera usted.

Habiendo un marido corrido la posta, pasó la noche muy sosegadamente.

—No lo extrañes, dijo despues á su mujer, porque estoy en extremo cansado.

Aquella misma mañana vió en el corral de su casa un gallo, que estaba muy pacífico, y dijo á su esposa:

—Ese gallo canta poco, no sirve para el caso, y es menester matarlo.

Ella le replicó:

—No lo condenes tan ligeramente: ¿quién sabe? acaso habrá corrido la posta.

Un médico propinó el emético á uno de sus enfermos.

—Vea V. bien lo que hace, señor doctor, dijo el paciente.

—¿Por qué?

—Porque ya lo he tomado dos ó tres veces y nunca he podido retenerlo en el estómago más de media hora. ¿Cómo es posible que un remedio tal produzca efecto?

—Nosotros los artistas... decía un peluquero.

—¡Artistas! exclamó un parroquiano viejo á quien tenía el pelo; se llama V. artista y no sabe siquiera sacar la raya.

Enfadado el peluquero:

—Críticar es muy fácil, respondió, pero no tanto hacer pasar *gato por liebre*.

El parroquiano se quedó tamañito.



Ea, díganme VV. si este mozo no es capaz de hacer feliz á cualquier muchacha que tenga una dote de doscientos mil duros, y de fumarse todo el tabaco que produce la Vuelta de Abajo.

EL HOMBRE GRANIZO.

I.

Bellísimas lectoras, cuando con los ojos negros, azules, garzos ó verdes que os dió naturaleza leais estas páginas, os estremecereis en verdad, llorareis *lagunas* de lágrimas, bailarán el can-can vuestros nervios, y os desmayareis seguramente ahogadas por los latidos de vuestro sensible corazón.—¡Oh! exclamareis haciendo *pucheritos* con vuestros rojos ó blancos labios.—¡Oh! pobre D. Juanito, ¿dónde estará en estos momentos!

Y vosotros, hombres graves y sesudos (sesudo no quiere decir *sábido*), artistas, filósofos, poetas, doctores, licenciados y bachilleres; vosotros los que os habeis quedado sin pestañas por descubrir los secretos de la naturaleza, cuando leais estos renglones con el desden en los labios y el sarcasmo en los ojos, meditad, meditad, meditad, y no podreis ménos de estremeceros y de exclamar:—¡Oh! pobre D. Juan, víctima del asombroso fenómeno... del fenómeno más inexplicable, del fenómeno más *fenómeno* que ha podido estudiar la ciencia! ¿que habrá sido de ese infeliz? ¿Si me sucederá otro tanto?

Y es muy posible que alguno de vosotros, temiendo que el fenómeno se repita en su individuo, coja un compás, y todos los días al levantarse trace en su cuerpo mil figuras geométricas.

Pero diréis, lectoras y lectores, que el interés os pica y que para preámbulo, introduccion ó proemio, basta ya con lo dicho. Sea, puesto que lo quereis así, y daré principio despues de fumar un cigarro.

II.

¡Qué excelente tabaco vende el gobierno! no sé cómo hay quien se queja, ni quien chillá, ni quien desea que se desestaque, cuando con el desestanco hemos de fumar más caro y más malo, en tanto que ahora lo fumamos más malo y más caro. Tengo en la boca un coracero que se empeña en probarme que no ha nacido para ser reducido á cenizas, y retorciéndose como un condenado, se venga de mí envenenándome. ¡Oh! hermosas brevas y tabuquillos de Cabañas y de la Vuelta de Abajo: dichoso quien aspira vuestro odorífero humo y....

—¿Pero y D. Juanito? ¿se ha quedado en el tintero?

—¡Ah! en el tintero.... todo es posible.... pero nó, nó.... perdonenme VV., me he distraído y marchó al camino derecho, es decir, á la historia de D. Juanito.

—Vamos, señor autor, vamos.

—Doy principio.

III.

¿Habeis visto, lectores queridos, lo que le sucede á un granizo colocado en la palma de la mano? Seguramente que sí, porque todos habreis visto granizar, y todos habreis cogido esas gotas de agua heladas. Recordareis que la pequeña gota, con el calor de la mano, va poco á poco disminuyendo de volúmen, hasta que concluye por liquidarse, es decir, por desaparecer. Pues ahora bien; esta imágen, cuya oportunidad os parecerá por lo ménos dudosa, no la echeis en olvido y vereis si la encontráis exacta al final de esta historia verdadera.

El célebre D. Juanito que os he citado dos ó tres veces, y cuya celebridad hubiera él dado á cualquiera aun á costa de su vida, lo cual parece tambien paradógico, nació en Madrid allá por los años de 1826 ó 27, por lo que en el próximo pasado de 1868 contaba cuarenta y dos años. Un hombre de cuarenta y dos años es un hombre joven todavía, mucho más cuando, como le había sucedido á

D. Juanito, no ha padecido más enfermedad que el sarampion y el matrimonio. D. Juanito, pues, era un hombre sano, fuerte, ágil y no mal chico, segun la opinion de algunas chicas coelánicas suyas y á las cuales tengo el honor de conocer.

A la edad de seis años le pusieron á la escuela, á la de doce comenzó á estudiar latinidad, y á los dieziocho leyes. Sus facultades intelectuales no eran muchas (si bien hay quien dice que habia nacido para ministro ó diputado), y como el Digesto y Fuero Juzgo, y el Derecho romano, y los demás derechos y torcidos de la jurisprudencia, no querian entrar en su cabeza, su padre le hizo dejar la universidad y le colocó en donde caben todos, en una oficina del Estado.

El Estado no parece ser muy exigente con sus servidores, aunque los *paga* (1); y D. Juanito, que habia hecho un estudiante muy corto, lizo despues un empleado muy *largo*. El hecho es, que empezó su *carrera* de meritorio, y algunos años despues, desempeñaba un destino de doce mil reales con su correspondiente paguita de gracia por Navidad, sus cajas de cigarros y otros emolumentos de esos que no figuran en ningun capítulo de los presupuestos, pero que son tangibles, comibles y contables.

Un empleado con doce mil reales anuales, ó sean mil realitos todos los meses, puede ya aspirar á ser jefe de una familia, es decir, á casarse; y D. Juanito, que no era feo y que estaba en camino de llegar á ser ministro, encontró con muy poco trabajo una señorita que le diera su mano, y que deseaba como él ser ministra.

D. Juanito se casó, y el dia de su boda fué muy dichoso, y por la noche... ¡Oh! por la noche D. Juanito hizo tambien por divertirse mucho... con sus amigos y compañeros de oficina, á los que obsequió con un *té danzante*.

Pasó el dia de la boda y de la tornaboda, y la primera semana y el primer mes y el primer año, é iba á comen-

(1) El verbo pagar está aquí usado en su acepcion más genuina, porque sabido es, que aunque *paga* á sus empleados, no los paga con dinero de su bolsillo.

zar el décimo de su matrimonio, cuando su mujer le anunció la buena nueva de que los dos se iban á convertir en tres, y D. Juanito creyó volverse loco de alegría.

Pasaron unos cuantos meses, y una noche D. Juanito se encontró con que era padre. Su felicidad no tuvo límites, y el buen hombre bailó un zapateado sin castañuelas al compás de los primeros lamentos de un robusto recién nacido.

No se había aún amortiguado su alegría, cuando la *gorda* se echó á la calle, y la batalla de Alcolea, con los sucesos que por sabidos y referidos y comentados y analizados callamos para ocasion más propicia; D. Juanito era incoloro en política, y aquellos sucesos no le dieron ni frío ni calor; pero un mes despues, cuando empezó el soberbio can-can de empleados, tocóle á D. Juanito hacer un solo, y su desgracia le hundió en el panteon de los cesantes, donde yacen tantos, que aunque muertos para el servicio, siguen cobrando alguna coseja, como muestra del agradecimiento de la patria.

D. Juanito, recién casado y padre novel, sintió que todo su cuerpo se estremecía al leer el fatal decreto que le evitaba las molestias de ir diariamente á la oficina, y las mayores todavía de cobrar cincuenta duros todos los meses, y comenzó á perder el color de su rostro, y el apetito, y las ganas de pasear, y el gusto de fumar brevas, y el placer de gastar un duro en un asiento del teatro de la Opera.

Comenzó á pensar, y pensando se acostó una noche. Soñó que se convertía en granizo, y que desaparecía del mundo por un sistema parecido al de la evaporacion del agua ó de los espíritus volátiles, y se despertó sobresallado, porque la verdad, D. Juanito no queria morir tan pronto.

—Escucha, Severa, dijo á su mujer restregándose los ojos:

—Esta noche he tenido un sueño original; he soñado que me iba disminuyendo de volúmen, hasta convertirme en un átomo microscópico; y ¿querrás creer que tengo aprension?

—¡Báh! le dijo Severa:

—Los hombres como tú no se espiritualizan tanto.

—¿No, eh?

—Ciertamente. ¿Has leído alguna vez semejante fenómeno.

—Nó; pero podía ser yo el primero. y... á propósito, estas botas me están grandes, anchas y largas, y ayer me apretaban un poco.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Nada, pero este chaleco también se ha ensanchado.

—Porque has enflaquecido.

—Sí, pero mira, mira, el pantalón me arrastra, le sobran dos dedos, y ayer me estaba corto; ¿se adelgaza también de arriba abajo?

—Pues ya lo creo.

—Entonces es otra cosa.

Y aquel día la cuestión quedó finalizada.

Al siguiente día nadie volvió á acordarse de semejante aprension de D. Juanito, y él mismo, ocupado en pretender un nuevo destino, olvidó bien pronto su sueño y su manía.

Un mes despues, D. Juanito fué á alcanzar un libro de su estanteria, y no llegó á la tabla en que estaba colocado. Esto le hizo recordar nuevamente sus temores, y miró al armario para ver si le habian puesto alguna alza; pero nada, el libro ocupaba la misma elevacion que siempre.

Entonces D. Juanito, ya alarmado, comenzó á reflexionar.

—Vamos, se dijo:

—Es una verdad inconeusa que el libro ha sido colocado más alto, ó yo he disminuido de talla; mi baston de caña, que no usaba porque me estaba corto, muy corto, no puede haber crecido: veamos si me sirve ahora.

Y cogió el baston, y no le servia, es verdad, pero era por demasiado alto.

D. Juanito estuvo á punto de desmayarse, y llamó á Severa, á quien refirió entre lágrimas la prueba irrefragable del baston.

—¡Ay Juanito! le dijo su esposa:

—Preveo que vas á volverte loco. Esa manía te va á malar.

—No es manía, Severa, es que me disminuyo, que me

enchojo, que me voy deshaciendo como un granizo....

Y acordándose del sueño, arrojó un grito y se desmayó.

Fué preciso buscar un médico.

—Este señor está expuesto á un ataque cerebral. Paños de agua de nieve á la cabeza.

Y como el pobre enfermo tratase de explicar al médico la causa de sus temores, el galeno le escuchó sonriéndose, y en vez de contestarle dijo á Severa:

—Es un ataque fulminante. El delirio es terrible.

Y D. Juanito, como era de esperar, fué tenido por loco; y como era de esperar tambien, el médico le hizo estar en la cama veinte dias, y le recetó cuarenta pócimas, á dos por dia, y no es mucho.

Al cabo de este tiempo, D. Juanito se fué á vestir, y al ponerse las medias, éstas le cubrian tambien los muslos.

El pobre hombre comenzó á temblar.

Miróse sus manos, y creyó encontrárselas más pequeñas; y al ir á ponerse el gorro, sin esfuerzo ninguno se le metió hasta el cogote.

Severa, que se hallaba delante, le miraba, y despues de un momento de silencio, exclamó juntando las manos:

—Pero ¡Dios mio! ¿Eres tú Juan?

—¿Cómo que si soy Juan? exclamó el desventurado más muerto que vivo:

—Pues qué, ¿no me conoces?

—Sí, la cara es la misma; pero si tienes la mitad de cuerpo que hace dos meses.

—¡Qué dices, Severa!

—¡Si pareces un chico de doce años!

—¡Severa! tú me matas....

—¡Ay! tú no puedes ser mi marido.

Y Severa se retiró llorando, dejando al pobre D. Juanito haciendo zapatetas en virtud de un terrible ataque nervioso.

Vuelta á llamar al médico y vuelta á jaropearse y medicinarse. El doctor, al oír referir la volatilizacion de un hombre, se rió en sus barbas, y creyendo que se burlaban de él, se despidió despues de presentar la cuenta.

Los doctores presentan tambien cuentas.

D. Juanito pagó y se hizo tambien la suya, y llamó á su mujer.

—Mira, la dijo:

—El sueño del granizo va á realizarse y yo voy á morir muy pronto. No vuelvas á llamar ningun médico, y resig-némonos. Dentro de un mes tendrás por marido un hombre de medio metro; dentro de dos ó tres meses seré más pequeño que nuestro hijo; dentro de un año tendrás que guardarme bajo un fanal ó llevarme en la saltriguera para que no me extravíe como una aguja ó como un alfiler. Vas á ser viuda ántes de morirne, lo cual es un caso nuevo no previsto por la ley; pero en tanto que yo aliente no me abandones. Por lo demás, yo tengo buen apetito, como bien y bebo mejor; ¿dónde irán mis carnes y sobre todo mis huesos para disminuir en volúmen? Si sirvieran los baños de mar... ¿quieres que probemos?

—Bien, le dijo Severa, que se moria por hacer viajes:

—Vamos á Santander.

—Nó. El frio puede hacerme daño. Prefiero Alicante.

—Pues á Alicante.

Y á Alicante se fueron.

IV.

El viaje fué feliz y los baños sentaron muy bien á don Juanito, á pesar del fresco que hacía todavía; pero su volatilizacion continuaba gradualmente su curso, y un dia unos compañeros de fonda se rieron en las barbas del pobre hombre, que iba del brazo de su mujer por la playa, y los cuales recitaron en alta voz aquellos versos de Breton de los Herreros en Marcela, que dicen:

Es mucha mujer
Para semejante vicho.

D. Juanito oyó estos versos, y rojo de cólera, viendo en ellos un insulto, se acercó á los dos caballeros.

—Señores míos, les dijo:

—Esas palabras me obligan á perderles una satisfaccion.

—Nosotros no podemos dar tal cosa á lilliputienses, sino á hombres de nuestra talla, queremos decir, de nuestra raza.

—Caballeros, repuso D. Juanito echando una mirada sobre su exigua personalidad:

—Ese es un nuevo insulto, y hacen VV. muy mal en burlarse, porque han de saber que en el mes de Agosto del año pasado yo era más grande que VV.

—No lo ponemos en duda, replicaron riendo.

—Es que no hay que hacer uso de equívocos; sepan ustedes que yo desde esa época me voy disminuyendo, me voy encogiendo, me voy achicando por todas partes, de alto, de ancho y de grueso.

—Hombre, ¿y no puede V. contenerse?

—¿Qué me lie de contener? ¡Ah! si esto fuera posible.

—Sí, caballeros, añadió doña Severa:



—Lo que dice mi esposo es la verdad.

—¡Su esposo! la compadecemos.

Y riéndose á más y mejor, se separaron de D. Juanito, que bufaba con todas sus fuerzas.

Aquellamisma noche extendióse por la fonda la noticia que D. Juanito y su mujer eran dos locos ó dos estóridos, y las risas y la chacota les acompañaron por todas partes.

—A Madrid, á Madrid, exclamó el pobre hombre ya desesperado, nadie me cree; ¡y quién ha de creerme? ¿Lo creería yo si lo viese en otra persona?

Y en efecto, los dos esposos regresaron á la corte con algunas pesetas de ménos en el bolsillo, y D. Juanito con algunas libras de ménos en el peso total de su personalidad.

V.

Así trascurrieron cuatro meses, en cuya época, siguiendo la enfermedad su marcha lenta, pero segura, el bueno de D. Juanito se halló convertido en un hombre de cinco pulgadas de estatura.

Entónces ¡oh dolor! recibió el nombramiento de oficial de un ministerio; ¿pero cómo admitir, si no alcanzaba á las mesas? ¿Si las plumas eran ya trancas para él, sábanas los pliegos de papel? ¿Cómo le habian de dar posesion al verle de aquel modo? Hizo, pues, renuncia y siguió cesante.

¡Pobre D. Juanito! Cada semana necesitaba un traje completo, un servicio nuevo de mesa; cada mes su volatilizacion, reduciéndole á las más minima especie, le exponia á mil riesgos que nunca habia conocido.

Un dia, subido en la mesa para comer, porque ya no alcanzaba desde la silla, vertióse á su lado una copa de vino, y D. Juanito tuvo que nadar para salir del lago que se formó á su alrededor.

Otro dia, habiéndosele antojado un terron de azúcar, fué al azucarero, trepó por él, y al colocarse en su borde, ladéase, y cataplúm, una libra de azúcar cayó sobre él, faltando muy poco para ser ahogado bajo aquel enorme peso.

Otro dia, queriendo acariciar á su niño, se colocó en sus falditas; la criatura le echó la mano, le cogió como un

juguete, y segun costumbre en los niños, se le llevó á la boca, de donde tuvo que sacarle Severa, faltando poco



para que él, padre, fuese comido por su propio hijo, que no contaba aún dos años.

En otra ocasion, Perico, que era un gatazo enorme, se subió sobre una mesa en donde se hallaba D. Juanito sentado sobre una caja de fósforos, y comenzó á jugar con él, haciéndole mil arañazos y tirándole al suelo, con gran terror del pobre hombre, que creyó morir reventado. Por su fortuna, y gracias á su escaso volúmen, el golpe no tuvo consecuencias, y D. Juanito salió sano y salvo, pero fué para exigir de su mujer que le metiera bajo un fanal, á fin de preservarle de los mil y mil peligros que le rodeaban.

Hizolo así; pero ¡oh dolor! ¡oh desesperacion! ¡oh tragedia inaudita! Al cabo de quinze dias D. Juanito se habia hecho ya invisible á los ojos de su mujer.

Llamábale, y un eco lejano solia responderle, pero nada más.

Por ninguna parte se le divisaba, y entónces nacieron los temores. ¿Dónde estará? ¿no es fácil pisarle? ¿quién se atreve á moverse? ¡Oh! ¡qué desgracia!

Y Severa comenzó á buscar á su marido como quien busca un alfiler: ¿qué digo, un alfiler? Un grano de mostaza, y no le fué posible encontrarle.

D. Juanito habia desaparecido, se habia volatilizado por completo, ya no se oía su voz por ninguna parte, ya no se le veía, ya no se sabía á dónde estaba. ¿Cuál sería su suerte? ¿Concluiría por reducirse á la nada, ó espiraría víctima de los millones de tropiezos que habian de rodear su microscópica persona?

No se sabe: nuestros lectores pueden resolver este problema y el siguiente:

¿Cuál era el estado civil de Severa?

¿Y ahora recuerdan el símil del granizo? ¿Es oportuno? Y tanto que sí, pues podia no serlo siendo de

C. DE P. Y F.

La ronquera de una dama.

Cierto galán, que á una dama
Robó, púsola un pañuelo
En la boca. Ella muy alto
Preguntó:—¿Para qué efecto?
—Porque no des voces, dijo.
Y ella prosiguió muy quedo:
—¿Qué voces tengo de dar,
Si estoy tan ronca y no puedo?

Dos ingleses almorzaban juntos en una fonda.

De repente uno de ellos se siente acometido de una apoplegia y muere instantáneamente.

Su comensal, impassible ante tamaña catástrofe, tira de la campanilla y dice al mozo:

—Que no traigan *ya* más que una chuleta, y que *quiten eso*.

El sastre de un jóven poeta, que era un majadero de á fólio, se empeñó en que aquel le dedicara unos versos; quién por más que se excusaba con él de mil maneras, el sastre volvía una y otra vez á la carga; basta que un dia, ya harto el poeta de sufrir sus repetidos avances, apenas le indicó por milésima vez su exigencia, tomó la pluma, y delante de él mismo escribió:

Inmenso Dios, que hiciste el firmamento
De brillantes estrellas tachonado...

El sastre, que iba leyendo á la vez que el poeta escribía, creyendo que un principio tal debía ser la invocacion propia para un poema épico, dijo interrumpiéndole:—Señor, yo no merezco que me coloquís á tanta altura.—Esperé V., le contestó el poeta, que ya le bajaremos;—y agregó á los anteriores versos los dos siguientes:

Haz que huela mi c.... entusiasmado,
Creyéndole un melon, este jumento.

Un muchacho que guardaba cerdos en su lugar, en union de su hermano más pequeño, viendo que una mar-rana, que era de su madre, se alejaba con un cochino, que pertenecía al padre cura, gritó al hermano, que se hallaba hácia aquel lado:

—Juanillo, echa para acá la cochina de madre, que se va por ahí con el barraco del pae cura.

ENIGMA.

¿Quién es aquella que espera
En nuestra sangre volverse,
Y puede reconocerse
En que es verde por de fuera
Y á peso suele venderse?

(*La solución al final del libro.*)

La adulacion.

Oyendo un hombre verdaderamente grande que un bajo adulador lo alababa exageradamente, se levantó y le dió un bofeton.

—¿Por qué me hieres? dijo el ofendido, sin acertar á explicarse aquel hecho.

—Tú me muerdes, le respondió, y la defensa es natural.



Hace lo ménos siete años que conozco á esta mujer pidiendo para una misa. Dicen que es una promesa. (De pedir limosna de esta manera.)

Llegó un caballero portugués á pasar un puente en España, y deteniéndose á la entrada, principió con un pié á pisar fuerte y hacer esfuerzos sobre las primeras piedras de él, como quien desea cerciorarse de si se hundiría ó nó; habiéndolo observado uno de los transeuntes, le dijo:

—Pase V. sin cuidado, que es de piedra y está bien construido.

—¡Ah! dijo el finchado caballero, pesa mucho un portugués.

El cántaro de Juana.

Tantas veces le prestó
Juana el cántaro á Vicente,
Y él tantas veces sacó
Agua con él de la fuente,
Hasta que se lo quebró.

No pudiendo otro traer,
Quedó Vicente confuso;
Y Juana, astuta mujer,
Hizo cola y lo compuso
Como Dios le dio á entender.

Luego prestóselo á Huberto,
El cual se lo trajo roto
(por donde ya estaba abierto),
Y Juana armó un alboroto
Como si la hubiesen muerto.

El simple Huberto creyó
Ser suya á fé la avería,
Por lo que palabra dió
De abonarlo al otro día,
Y exactamente cumplió.

En cántaros y en amores
No ganamos para sustos,
Pues como dicen autores,
Acontece que los justos
Pagan por los pecadores.

PLACIDO.

Preguntaba un amigo á otro, que la daba de inteligente en pinturas, de qué autor creía que era un cuadro de un hermoso crucifijo que acababa de comprar; y aquel, sonriendo, le contestó:

—Seguramente quieres embromarme con esa pregunta; porque aparentas en ella ignorar quién sea el autor del cuadro, cuando ves que es un célebre autor de la escuela italiana, cuyo nombre se halla escrito en lo alto, y se llama *Inri*.

Un gran pensamiento.

Decía un buen hombre:—Querría conocer un país en el que no se muriera jamás, porque de seguro me iba allí derecho á concluir mis días.

¿Qué tiene V., hombre, que parece un *dé profundis* según lo triste y cariacontecido que está?

—¡Qué he de tener! Una muela....

—¡Toma! tengo yo quince y me río.

Referiale el alcalde de un pueblo, al juez del partido, las ocurrencias que habian tenido lugar en una muerte causada á un forastero, cuyo cadáver fué hallado por él y otros vecinos que le acompañaban, y decía muy formal:—Conque al revolver de un esquinazo, nos encontramos mirándonos cara á cara con el cuerpo muerto del cadáver que habian matado, el cual, por el habla y la manifiatura del porte, debía ser portugués.

ADIVINANZA.

—¿Qué cosa no tuvo Eva que tienen todas las mujeres?
(*La solución al final del libro.*)

AMORES DESASTROSOS (Ó DESASTRADOS) DE LOS DIOS.



VÉNUS. —Toito lo que V. se canse ez en barde.

MARTE. —Mia, chiquilla, que te voy á cortá la geta. Ya zabetes tú mi genlo.

VÉNUS. —Jezús, hijo, qué aprieta te ofuscas; como estás gecho un capitán general. Pues mira, te lo digo con formalidad: mientras no te dejes de inventar cañones, torneos y fusiles, no cuentes con mi cora-

AMORES DESASTROSOS DE SIMPLES MORTALES, Ó DE MORTALES SIMPLES.



ELLA.—Me asusta ese lenguaje de fuego, de plomo derretido, y no sé si mamá... Pero si V. viene con buen fin, entónces...

EL.—Hermosísima señorita, con decirle a V. que hace más de cincuenta y cuatro años que ando suspirando.... (Aparte.) ¡Qué calavera soy!

Decía un muchacho á una vecina la más rica del pueblo:
—Señora Lucía, ha dicho mi madre que si nos querrá V. prestar un pan.

—¿Qué dices? contestó la mujer haciéndose el sordo.

—Ha dicho mi madre si haría V. el favor de prestarnos dos panes.

—Anda, bribonzuelo, ¿pues no decías ahora que uno?

En una de las épocas de la invasion del cólera, daba parte al gobernador de la provincia el alcalde de un pueblo de lo ocurrido en aquel día, formando al márgen de la comunicacion el resúmen de los fallecidos en la forma siguiente: Muertos del mal reinante, ocho; idem de *enfermedades saludables*, dos: total, diez.

Definiciones del amor.

—El amor es una cosa que se siente al principio, pero luego no puede prescindirse de ella. (*Una señora mayor.*)

—Para saber lo que es amor, cátese V. hoy, y quédese cesante mañana. (*Uno que fué empleado.*)

—Los que no aman, es porque no sienten amor. (*Un sábio.*)

—El amor es un artículo de primera necesidad, una bujía que brilla veinte años y luego se consume por completo sin necesidad de apuracabos. (*Un tendero de ultramarinos.*)

—El amor es la intercesion de la índica refractaria, revestida de ridiculo recipiente de los cerúleos igneos. (*Una de nuestras primeras poetisas.*)

—El amor es mala comida. (*Un fondista.*)

—El amor es una niñera gorda y colorada. (*Un artillero.*)

—El amor es una pasion que no debìa sentirse de noche. (*Un sereno despierto.*)

MI ENTRADA EN MADRID.

(HABANERA.)

Con un sombrero
de jipijapa,
seis meses hace
llegué á Madrid;
y apenas hallo
muchaacha guapa
que no se alegre
de verme aquí.

Dicen que traje
la tez morena;
y no me extraña,
porque allí el sol,
pudiera á ratos
fundir la arena,
y hasta hacer una
tortilla al rom.

En nueve meses
que anduve errante,
grandes mudanzas
hallar pensé:
fijéme un poco,
y ví al instante
todo lo mismo
que lo dejé.

Los mismos hombres
en el gobierno,
los mismos platos
en el festín:
de los cesantes
el ¡ay! eterno,
de las hermosas
la faz gentil.

Los mismos tontos
que ántes había,
con igual aire
de gravedad;
y más medrados
en tontería,
que es de las cosas
que crecen más.

Las mismas hembras
pecaminosas,
que cual de traje
cambian de amor:
las mismas redes
artificiosas,
cubriendo el ciclo
de la ilusión.

Calumnias gordas
de gente flaca,
que oculta el rostro
para ofender;
y de envidiosos
turba bellaca,
que se enfurece
viendo comer.

Mucho patriota
que se clarea,
y cobra sueldo
si se lo dan:
mucho valiente
que no pelea....
¡Todo lo mismo
que un año atrás!

Tal de la corte
descubri el mapa
cuando ha seis meses
llegué á Madrid,
con un sombrero
de jipijapa,
diciendo á todos:
ya estoy aqui.

(M. DEL PALACIO.)

A la salida de un teatro, dos galopines miraban á una vieja muy retocada.

De improviso se acerca un lacayo, que dice á la vieja:

—El carruaje de la señora duquesa está esperando.

—Mira, mira, dijo uno de los hombres al otro; la vieja escotada que estaba en el palco principal, es de la aristocracia.

—Me lo figuré, dijo el otro, porque toda la noche ha estado enseñando pergaminos.

Presumia en extremo cierto sugeto de entendido, y razonando con otro en un reñido altercado, le dijo:

—¿No estais cierto de que yo soy filósofo?

A lo que le respondió:

—Lo creería, si no hubiéseis hablado.

ESTUDIOS FEMENINOS.



I.

La mujer, tal como la ha hecho la naturaleza, los vicios, las pesadumbres, etc., etc., etc.

Un paleta, que estaba harto de las demasías de su cara mitad, fué á quejarse ante un juez, y como no tenia la mejor explicacion, entró diciendo:

— Señor, vengo sobre mi mujer.

— Pues apóese V., contestó el juez, que aqui nadie entra á caballo.

ESTUDIOS FEMENINOS.



II.

La mujer, tal como la hacen los peluqueros, los pintores, la química, las modistas y los aficionados á lo bueno.

Preguntándole á uno por qué no llevaba alguna arma para su defensa, cuando por las noches se retiraba á su casa, contestó:

—Porque hay tan buenos hombres por los pies como por las manos.

Un hombre espantosamente feo y de no muy buenos antecedentes, dolíase una noche delante de varias personas de lo angustioso que era su sueño, pues apenas se acostaba comenzaba á ver visiones monstruosas.

—Eso consiste, replicóle uno, en que como cierra V. los ojos, se ve V. por dentro.

Refería un escribano á cierto juez la noticia que le habían dado de un robo, consistente en dos millones de reales, que se había hecho á unos ricos comerciantes; añadiéndole que segun datos que tenían, si acudía el juzgado con presteza y registraba una casa que designarian, era casi seguro que se hallaría toda ó la mayor parte de la suma robada: lo que oído por aquel, dijo el escribano con cierta sorna:

—Buéno, pues *que me den parte*, y no se alzaré mano hasta que el dinero caiga en nuestro poder.

Cuando se tomaban las medidas para labrar un pilar en que bebiesen las bestias de un pueblo, que como cosa indispensable se iba á construir por cuenta del ayuntamiento, dudaban qué altura debería darse al brocal; y el alcalde, que se hallaba presente, deseoso del acierto en materia tan importante, se inclinó sobre el pilar y dijo:

—Que se haga de esta altura, que donde yo bebo puede muy bien beber con comodidad cualquiera otra bestia.

Llegó una manola al oficio de un procurador, y no viéndole en su mesa, preguntó á los escribientes:

—Díganme VV., señores, ¿está el señor percuraor?

Riéronse ellos de la expresion de la interrogante, y picada, les dijo:

—Miste qué redios, pues de tres maneras lo sé decir: *percuraor*, *precuraor* y *porcuraor*.

Presentóse una señora en la estación del telégrafo, y dijo al empleado:

—Sírvasse V. enviar este parte.

El empleado trató de leerlo.

—Señora, dijo al cabo de dos minutos, es imposible enviar esto.... no entiendo una palabra.

—¿Qué más da? es para mi marido, y él ya conoce mi letra.

Muy á menudo solia decir un zopenco, que la daba de instruido y de haber viajado y visto mucho:

—Nada me es nuevo, ni por consiguiente me divierte; así es, que lo mismo en el teatro, en el circo, en las tertulias que en todas partes me aburro.

—Comprendo que V. se aburra como expresa, dijo un chusco que le oía en cierta ocasion; pues yo creo que siempre ha de estar V. *aburrado*.

El delincuente y el juez.

—«Yo, le dijo á su juez un delincuente,
Recibí un pisoton de los de á fólio,
Y á su autor le metí media navaja,
Y vállase lo uno por lo otro.»

—«¿Si? contestóle el juez: pues hijo mio,
Si así castigas pisotones foseo,
Yo te envío á presidio por diez años,
Y vállase lo uno por lo otro.»

Una señorita, cuya educacion no habia sido nada esmerada, hallándose en un baile donde queria hacerse notar por su finura, fué invitada por un jóven con estas palabras:

—«Señorita, ¿me hará V. el honor de concederme el siguiente baile?»

—Gracias, contestó ella, pero en este momento estoy *suardo*, y además no *valseo*, porque *matonto* y *aluego gomito*.

CHARADA.

Es un número ordinal
Mi *tercera* repetida,
Y vocal del alfabeto
Ha sido siempre mi *prima*
Mi *segunda* con mi *tercia*
Figura de geometría.
Y si añadido á mi *tercera*
Mi *prima*, formo en seguida
El nombre de un varón justo
Que las historias nos citan,
Muy grato á Dios, y que supo
Conseguir muy larga vida.
Mi *primera* y mi *segunda*
Mis frases copia é imita,
Y lo encuentro en los salones,
Y á veces en la campiña.
Los ignorantes y niños
Les asombra y maravilla,
Y es una ley natural
Que explica muy bien la física.
Mi *todo* es hoy una ciencia
Útil, bella, entretenida;
Y es además la ventura,
Lectores, de la familia,
Pues donde no la hacen caso,
Pronto la miseria anida.

(*La solución al final del libro.*)

Un año después que estuvo oleado Juan Rufo, le dijo un amigo, viéndole bueno:

—Harto mejor estais de lo que os ví ahora un año.

Y respondióle:

—Mucha más salud tenía entonces, pues tenía un año más de vida.

Dieron á un alcalde de monterilla un pliego cerrado, que abrió, y aunque no sabía leer ni escribir, estaba tan huecco con la autoridad, que se puso á figurar que le leía; mas habiendo notado el secretario, que estaba presente, que habia tomado el papel al revés quedando lo escrito vuelto para abajo, se lo hizo notar; contestándole el alcalde:

—¿Y á V. qué le importa que yo lea patas arriba ó patas abajo? para eso soy alcalde, para leer como me diere la gana.

Habiendo Enrique IV de Inglaterra decapitado al arzobispo de York por haberse rebelado contra él, para dar una satisfaccion al Soberano Pontífice de lo que habia hecho, le mandó la armadura de guerra del prelado teñida con su sangre, y una carta en que, recordando las palabras que los hermanos de José dijeron á Jacob su padre, cuando le presentaron la túnica ensangrentada de aquel, escribió: *Vide utrum tunica filii tui sit an non* (mira si esta túnica es ó no la de tu hijo). El Papa, en vista de tal misiva, le contestó aludiendo á la respuesta de Jacob:—Ignoro si la túnica es ó no de mi hijo; pero lo que si sé es que *fera pesima decorabit eum* (una bestia feroz le ha devorado).

Siempre que pasaba un procurador por frente de la tienda de un pobre zapatero, éste se reía de una manera burlesca y cargante, hasta que amostazado el curial, citó á juicio de conciliacion al risueño artesano; en cuyo acto dijo aquel á éste en tono de reconvencion:

—Querrá V. decirme por qué razon se rie siempre que paso por delante de su puerta?

A lo que el zapatero contestó:

—Y me dirá usted por qué causa pasa V. por mi puerta siempre que á mi me da gana de reír?

Diciendo un hombre necio á una mujer que la quería más que á su alma, le contestó:

—Más desearia que me quisiera V. como á su cuerpo.

LA CIENCIA.



En casa de un grande.

—¿Y cómo está el señor conde de la Berengena, doctor?
¿Es cosa de cuidado?

—Una afección como la que padece (la garganta apretada), puede tener fatales consecuencias.

—¿Y de qué se le habrá originado?...

—La elevada temperatura, los nervios, acaso el estudio excesivo, porque como el señor conde es tan....

—¡Oh! ¡Ah!

A una señora que hablaba mucho, caíanse los dientes. Preguntando á un médico que de qué se le caían, respondió:—De las muchas coces que les da V. con la lengua.

LA CIENCIA.



En casa de un chico.

- ¿Y qué tiene Currillo, será cosa é cuida o?
—No es gran cosa: la garganta apretada; no hay cuida-
do, que vicho malo no muere.
—¡Jesú! er nunca ha padescio de eso. ¿De qué le habrá
provenio?
—La bebida.... las....
—¡Huy! pues si er no lo prueba....

Preguntaba un estudiante á un compañero, al tiempo
que rebuznaba un asno, qué hora daba; y respondióle:—De
ese relój tienes tú los cuatro cuartos.

Al confesar una jóven cierto pecado que no debía ser muy limpio, lo hizo de una manera tan equívoca y con tantos rodeos, que cansado el padre de ver que no la comprendía bien, por más que hablaba, la dijo que se expresase con lisura y claridad.

—No me atrevo, respondió la penitente.

—Pues tened resolución, la replicó el confesor, así como la tuvisteis para cometer el pecado.

A lo que ella contestó:

—Es que hay mucha diferencia de hacerlo á decirlo, padre mio.

Decía una señora riñendo á su criada:—Más sucia eres que ojos de médico.

Conociendo D. Francisco de la Torre cuán mal se premian los estudios, y que más aprovecha el manejar caudales, dijo á uno que estudiaba mucho y tenía alguna hacienda:

Dios de los libros te libre,
Deja estudios, busca hacienda,
No tengas cuenta de libros,
Sino ten libros de cuenta.

Esforzábese con calor un letrado, defendiendo en estrados á una jóven víctima de la seducción de un libertino; y como divagase demasiado, el presidente de la sala le repitió varias veces:

—Al hecho, al hecho.

Hasta que amostazado el defensor, dijo terminando su discurso:

El hecho es este y acabo.
Un muchacho hecho y derecho,
Quien lo ha hecho, el hecho niega;
Y este y no más es el hecho.

Acababa uno de casarse, y puso sobre la puerta de su casa un letrero que decía: «No entre por aquí cosa mala.»

Leído el epigrafe por un amigo suyo que tenía noticia de su casamiento, puso á continuación del rótulo: «Ya es tarde.»

LOGOGRIFO.

De mis letras sacarás
Si tienes paciencia y gracia,
Un peseado, un hombre célebre,
Cuatro frutas y una carta;
Lo que cubre nuestros cuerpos,
Lo que tienen las calandrias
Y demás aves; dos notas
De la musical escala;
Lo más alto de los montes;
Lo que hay de aquí á la Habana;
Lo que en los bosques abunda;
Lo que hago por las mañanas
Con los periódicos; una
Interjección de gramática;
Un criminal; lo que tengo
En mis manos y ventanas;
Un juguete de los niños;
Un adjetivo, una estaca;
Lo que hay sobre mi cabeza;
Tres sustantivos y... basta
Para adivinar mi todo,
Que es un amigo á quien dadas
Tengo muchísimas pruebas
De amarle con toda mi alma,
Pues si padece, padezco,
Si es feliz, no le voy en zaga,
Y son míos sus dolores,
Sus deseos y esperanzas.

(La solución al final del libro.)



- Adios, hijo mio, adios, te vas a la corte á hacer fortuna, y la harás, por que con lo que has depre-
dido, y lo leido que eres, y tu buena estampa, el ministro no pue te menos de darte una gobernacion,
e i quanto te enjuéas las cartas del herrero y del médico.
- Vanos, mujer, déjalo ir; á veces por un minuto se pierden en Madrid las mejores fortunas.
- ¿Pero no es verdad que es muy buen mozo?
- Como su padre.
- Y luego con su cenicia.... y como es tan repillo....
- Pues por eso hará fortuna: vero ayda. ay la, déjate marchar.

UNA NOCHE DE PERROS.

La casa de D. Ciriaco es una casa en la que todo revela las antiguas costumbres.

Al ser de día, toda la familia está levantada. Los jefes de ella, D. Ciriaco y su mitad Doña Nicolasa, van á la parroquia inmediata, oyen su misita y vuelven á casa, donde toman el desayuno. Se come á las dos de la tarde. Al toque del Ave-María se reza el santo rosario, y á las ánimas, en todo tiempo, se cena el tradicional *guisado* y la ensalada, y á las diez no suena un pájaro en toda la casa, pues á esta hora todos están metidos entre sábanas.

Pero sucede que el diablo, desocupado en algunas temporadas, quiso tomar por entretenimiento á la pacífica familia de D. Ciriaco, haciéndole pasar una noche de perros.

Y al diablo hago responsable de los sucesos que voy á referir, no porque haya de ello pruebas irrecusables, sino porque es costumbre hacer á este caballero responsable de muchos sucesos en que le hago la justicia de creer que no habrá tenido la más pequeña participacion.

Una noche, acababa de cenar la feliz familia, y despues de la accion de gracias y de haber rezado un Padre nuestro á San Cayetano, para que la Providencia no se descuidase, se fué cada cual á su dormitorio, incluso D. Ciriaco y su esposa.

No bien el matrimonio habia echado la cabeza sobre la almohada, cuando se quedó dormido de la manera más formal del mundo.

D. Ciriaco tenía más de un motivo para no padecer de insomnios.

Su mujer había pasado de la edad florida, tan á propósito para despavilar á los maridos y á los que no son maridos.

El también se hallaba á bastante distancia de las pasiones volcánicas.

Tenía muy buenas onzas de oro, de aquellas que hoy ya no se encuentran más que en los museos de antigüedades, y guardadas en una segura cómoda inmediata al lecho conyugal.

No poseía un solo billete de Banco.

Ni era accionista de ninguna sociedad de crédito.

Ni era poeta, ni periodista.

Ni aspiraba á ser concejal ni diputado.

Le sobraba razón, por tanto, para, sin preliminares de ningún género, entregarse en los mullidos brazos de Morfeo, por lo que un gruñido sordo se oía en la habitación de los esposos.

Era que roncaban D. Ciriaco y Doña Nicolasa.

—

A las tres de la madrugada, Doña Nicolasa despertó sobresaltada.

Había soñado con ladrones, y el recuerdo de los detalles de la pesadilla la desvelaron de suerte, que ni la seguridad de que estaba acostada al lado de su esposo, ni los dos cerrojos y llave echados en la puerta, ni un formidable espadon colgado junto á la cama, ni el perrillo que tranquilamente dormía á los piés del lecho, fueron bastantes á hacerle reconciliar el sueño.

En este estado se llevaría como una media hora, al cabo de la cual le pareció oír un ruido extraño.

El corazón de Doña Nicolasa empezó á latir con la misma fuerza y velocidad que dos herreros suben y bajan los martillos.

Al poco rato oyó dos ó tres golpes como si llamasen á la puerta del cuarto. Ya no le quedó duda de que había

ladrones dentro de la casa, como si los ladrones cuando se introducen en una morada lo hicieran dando porrazos acá y acullá, dèrribando muebles y armando escarecos, cuando no hay quien ejecute con más silencio las operaciones de su profesion.

Doña Nicolasa contuvo la respiracion, se encomendó mentalmente á San Dimas y á todos los santos de su devocion.

Pero oyóse otro golpe, y Doña Nicolasa, que hasta entonces no habia querido hacer á su esposo partícipe de sus temores, empezó á darle codazos y á zamarrearle con fuerza; mas D. Ciriaco estaba bajo el dominio del señor de Morfeo, y un cañonazo no le habria despertado en aquel momento.

Pero hete aquí que Doña Nicolasa oyó ruido ó creyó ver que se movia algo por debajo de la cama. Aquí de los pulmones de la apacible costilla de D. Ciriaco, que empezó á dar tales gritos, que consiguió que su marido despertase sobresaltado y se sentara sobre la cama, preguntando:

—¿Qué hay, Colasa? ¿Qué sucede?

—Que hay... que hay... ¡¡¡ladrones!!! ¡ladrones! ¡¡¡y andan por debajo de la cama!!!...

—¿Quieres callar, mujer? Demasiados ladrones hay por todas partes y en sitios donde pueden robar con más seguridad que introduciéndose furtivamente en las casas.

Pero no habia acabado D. Ciriaco de pronunciar sus intencionadas frases, cuando, para dar más fuerza á lo dicho por Doña Nicolasa, se oyó un golpe debajo de la cama que hizo palidecer á D. Ciriaco.

Dominando su terror con el recuerdo de sus bazañas cuando fué militar, descolgó el espadon, se lanzó del lecho blandiendo el arma, hecho un Marte airado y tembloroso; empezó á pinchar por entre el suelo y la cama, gritando con toda la fuerza que le permitia su excepcional estado: —¿Quién está ahí! ¿Quién está ahí escondido, que lo voy á pasar de parte á parte!...

La punta del espadon tropezó en un objeto duro, y exclamó:

—¡Ah, perro ladron!... ya la punta de mi acero ha

tropezado con tu cuerpo!... ¡Sal de ahí!... ¡ríndete, ó te paso!...



A todo esto, Doña Nicolasa había cogido una vara de cortina, y la tenía empuñada á guisa de lanza, para ayudar á su marido en el terrible trance de acabar con el malvado ladrón; cuando, cansado D. Ciriaco de amonestar al enemigo á que abandonara su trinchera, asestó una terrible estocada que hizo palidecer á la esposa, y saltó hecho pedazos un objeto de pedernal que al romperse inundó el campo de batalla.

—¡Maldición! balbuceó D. Ciriaco. Ha sido la... vamos, si estas mujeres son capaces de asustar al mismísimo demonio....

—Al fin habías de hacer una de las tuyas, contestó Doña Nicolasa.

Con el estropicio que armó D. Ciriaco, no había repa-

rado la asustada pareja en que el perrillo se desgañitaba ladrando y erizadas las lanas por el terror.

Nuevo susto, nuevos gritos por Doña Nicolasa, y nueva alarma de D. Ciriaco, que echó mano á la terrible espada de combate.

Observan en direccion al sitio hácia el cual miraba y ladraba el perro, y ven á un maldito gato que, encrespado, se hallaba sobre la cómoda, de la que estaba posesionado como de una ciudadela.

Todo lo comprendió entónces el trasnochado matrimonio.

El maldito gato habia sido el autor del siniestro ruido que motivó la alarma y dió lugar al rasgo de heroismo de D. Ciriaco. Este, ciego de cólera, levantó el robusto brazo y descargó tan tremendo sablazo sobre el gato, que la tapa de la cómoda saltó hecha mil astillas, salvándose sin embargo el dichoso animalito.

No pararon aquí las consecuencias del susto de doña Nicolasa.

El resto de la familia y los criados, que se apercibieron del inusitado ruido de los gritos de ¡ladrones! y de los trancazos que descargó D. Ciriaco, se asomaron á cuantos balcones y ventanas tenia la casa y empezaron á gritar, si tenían qué.

Acudieron cuatro ó cinco serenos, se llenó la casa de vecinos y gente officiosa que acudió á prestar auxilio, se registró la casa en todas direcciones y no se encontró vestigio alguno de ladrones.

Como estaba ya amaneciendo, D. Ciriaco mandó sacar aguardiente y pestiños para los que se hallaban presentes, en señal de gratitud.

Cuando los serenos, los vecinos y la gente officiosa hubieron salido de la casa, se procedió á un nuevo y escrupuloso registro, por si algunos de los *auxiliares* se hubiese quedado escondido.

No se encontró á nadie.

Pero se encontró el sitio donde estuvo la mantilla de blondas de Doña Nicolasa. Se buscó la prenda por todos los rincones y muebles de la casa. Todo en vano: la mantilla había cambiado de dueño.

El lance de la mantilla despertó la curiosidad de informarse si faltaba alguna cosa más.

De las investigaciones resultó que habían desaparecido nueve cucharas de plata, dos candeleros del mismo metal, una capa, dos cuadros, un jamon, un relicario de oro, que alguno se llevaría por devoción, el sombrero y el baston con puño de plata de D. Ciriaco, y otras prendas menudas de escaso valor.

En una palabra, había tenido ladrones en su casa efectivamente, pero en los auxiliares que penetraron en ella.

—Sí, había unas caras entre los que entraron, decía Doña Nicolasa, que me tenían más asustada que los ladrones con quienes había soñado ántes.... Dales, dales aguardiendito y pestiños.... ¿Por qué no los convidaste á almorzar tambien?

—Ya tenemos jaqueca para unos dias, le contestó don Ciriaco.

—

Los amigos de D. Ciriaco, entre los cuales uno era procurador y otro escribano, le aconsejaron que diera parte á la justicia de los efectos que le habian escamoteado.

D. Ciriaco agradeció el consejo; pero acordándose de un pleito que sostuvo en los años anteriores, por el que quedó convencido de lo cara que sale en España la administracion de justicia, manifestó que no queria exponerse á que le costara más dinero, pasos, declaraciones y disgustos aquella fatal noche de perros.

Lo que si ordenó en el acto, fué que agarraran al gato, que le amarrasen al pescuezo una buena lágrima de San Pedro y que lo echasen al río, como autor de los sucesos de aquella noche memorable.

LUIS MABIANI.

Un ignorante, aunque con talento natural, se graduó de doctor en la Universidad que existió en Orihuela, habiendo sido aprobados sus actos merced á las buenas recomendaciones que llevó al intento; y vista la facilidad con que lo había conseguido á pesar de su ignorancia, preguntó en broma á uno de los examinadores, á quien conocía, si sería fácil graduar también á su caballo. A lo que el doctor le contestó:

—No es posible, porque aquí no se admiten á grado mas que á los borricos.

Dijo Antonio dos veces á Gonzalo:
«¡Si no te vas de aquí, te daré un palo!»
Se aleja, y al topar con Casimiro:
«¡Toma!» dice éste, y lo sacude un tiro.
*¿Se dirá que es peor, viendo esta broma,
Dos veces te daré que una vez toma?*

—Acúsome, padre, decía un penitente confesando, que de todo cuanto veo ó entiendo formo mal juicio.

—Hijo, haces mal, le contestó el confesor, porque es un pecado mortal; á pesar de que tal anda el mundo, que la mayor parte de las veces se me figura acertarás.

Uno de esos parásitos pelardistas que siempre se hallan en las casas de juego para avanzar al que gana y sacarle con cualquier pretexto algun dinero, se acercó á uno, á quien conocía de haberle dado ya varias cargas con éxito, y le dijo, con ánimo de pedirle una vez más algunos cuartos:

—Amigo, ¿tiene V. algo suelto?

A lo que el interpelado contestó, cargado con su poca vergüenza, pues conoció desde luego la intencion de su pregunta:

—Sí, señor, el vientre; ¿quería V. alguna cosa?

Un escudero escogió por compañero en una merienda, un viejo que no tenía dientes, el cual se dió tan buena maña, que comió más que el escudero. Cuando se levantaron, le dijo:

—Por mi vida, señor, que habeis corrido bien, aunque veniais desherrado.

Iban por un camino dos arrieros aragoneses, en un dia muy lluvioso y frio, y el uno dijo al otro:

—Conque chiquio, por lo que se ve, ¿mañana hará este mismo tiempo ú otro que varíe?

A lo que contestó el compañero muy formal:

—Hombre, no lo premita Dios.

Llegó á noticia de un obispo que cierto clérigo de su diócesis tenia en su casa dos jóvenes de veintidos á veinticinco años, muy guapas, en clase de sirvientas; y pareciéndole mal le hizo comparecer ante él y le reprendió por ello, recordándole que el Santo Concilio de Trento sólo permitia á los clérigos tener en su compañía mujeres de cuarenta ó más años.

—Pues si precisamente con lo que hago cumplo ese precepto, dijo el clérigo.

—¡Cómo, exclamó el obispo con asombro, cuando tiene V. consigo dos jóvenes de poco más de veinte años!

—Es cierto; pero esto consiste en que está la obra en dos tomos.

Caracoleando sobre un hermoso alazan iba un capitán de la Guardia Real por el mismo camino en que venia el cura de un pueblo cabalgando en un humilde pollino; y al pasar por delante de él, queriendo el oficial dar una broma picante al pater, le dijo con burlésca sontisa:

—¿Cómo va el burro, padre cura?

—A caballo, señor capitán, á caballo, le contestó con alegre semblante, dejando corrido á su impertinente interlocutor.

INSTRUCCION DE RECLUTAS.



—A ver, ¿quién es el animal que está ahí desordenando la fila?

Pasando un día el arzobispo de Colonia armado de todas armas, se encontró á un labrador, que al mirarle comenzó á reir.

Amostazado el arzobispo le preguntó por qué se reia.

—Señor, dijo el labriego:

—Me rio de ver tan armado á un arzobispo.

—¿Y no sabes, gran bellaco, repuso el prelado:

—Que yo puedo y debo usar armas, porque además de ser arzobispo soy tambien duque y caballero?

—¡Ah! señor, contestó el labrador:

—Y si el duque se fuese al infierno, ¿á dónde iria el arzobispo?

Llegando á comprar un libro en una tienda, dijo el comprador:

—¿Cuánto es lo último?

—Tanto, respondió el librero.

Pero como el comprador ofreciese una cosa muy corta, dijo:

—Nunca creí que en lo último cupiese menos precio.

ENIGMA.

¿Cuál es la cosa del mundo
Que nadie la puede ver?
Da tormento y da placer,
Vuela al cielo y va al profundo:
Esto, ¿cómo puede ser?

(La solución al final del libro.)

Tenia el cura de un pueblo, cuya casa estaba unida á la iglesia, una hermosa higuera en el corral, cuyas brevas le hurtaban los muchachos saltando las tapias mientras cantaba la misa: habia una ventana en el templo que daba al corral, por donde se veia lo que en él pasaba desde el altar; y precisamente en el acto de subir al púlpito el predicador, cuando el cura se habia sentado para oír el sermón, vió un muchacho, que sin cuidarse de la ventana, trepaba por la higuera arriba en busca de brevas, y olvidando, al notar tal atrevimiento, la ocasion y el lugar en que se hallaba, le oyeron los fieles decir con escándalo, pues ignoraban á lo que aludía:

—Sube, sube, grandísimo bribon, sube, que cuando bajas ya llevarás tu merecido.

Palabras que hubieran dado con el cura en la Inquisicion: tal fué el tole tole que se armó en el pueblo al escucharlas, á no haber aquel explicado públicamente la causa de ellas.

Un joven de buenas costumbres reprendia á otro lo mal que hacia en buscar amores vedados, á lo cual le respondió:

—Si yo busco las mujeres de otros, es porque los unos fieles tenemos parte en los bienes de los otros como miembros de un mismo cuerpo.

Una mujer de conducta muy dudosa llamaba prima á otra que era muy gruesa; pero ésta, no queriendo pasar por tal parentesco, la dijo un dia:

—No os causeis en hacerme vuestra prima, porque para prima soy muy gorda.

En cuanto uno de los dos muera, decia una joven á su marido, me marcharé al campo á pasar mi vida entre las flores.

—¿Y si te mueres tú la primera?

—Desechemos tan tristes pensamientos, querido mio, repuso la tierna esposa.

Cierto religioso de un monasterio, que aspiraba con grande empeño á ser nombrado prior del mismo, observaba una vida austera, ayunando y haciendo penitencia diariamente; y habiendo logrado al fin que le eligiesen prelado, abandonó aquel modo estrecho de vida, dándose en adelante un trato comodo y regalado; y mostrándole un amigo su extrañeza por aquel inesperado cambio, le dijo:

—Eso consiste en que entónces hacia la vigilia de la festividad que ahora celebro.

Preguntó un confesor á un penitente, para conocer si sabia la doctrina cristiana:

—¿Dime, hijo, qué hubiera sido de los hombres, si Jesucristo no hubiese venido al mundo?

A lo que contestó en tono muy patético:

—¡Caramba, padre, que desavio!

A una casa donde tenían bodega llegó un mozo á comprar una arroba de vino, y no hallándose en ella el encargado de la venta, mandó el dueño á una criada joven que tenía, y que debía ser un tanto simplona, que fuese á despachar al parroquiano. Hizolo así, yendo los dos á la bodega, que se hallaba al otro extremo de la casa, y muy retirada de la parte en que habitaba la familia; y ya en ella, dijo la joven al mozo:

—Vea V. lo léjos que estamos aqui de todos y los dos solos; por manera que si V. fuera un hombre atrevido, podría....

Sorprendido el interpelado con tan inesperada salida, la contestó:

—Pero aunque yo fuera capaz de ello, V. gritaria pidiendo auxilio, la familia acudiría y....

Entónces ella, que estaba constipada, le interrumpió, diciendo con sencillez:

—Como estoy ronquita....

EPIGRAMA.

¡Tienes *don de errar*, menguado!
dijo un necio á Baltasar;
y respondió el muy taimado:
—Cuando está V. á mi lado,
tengo mucho *donde herrar*.

Visitó un caballero á otro; y haciéndole ofrecimiento del mejor lugar y más honrado asiento de la sala por cumplimiento, no aguardó á que se lo dijese segunda vez, sino metiéndose en la silla, dijo:

—Mejor es ser necio que porfiado.

Respondió el otro:

—Es V. tan acertado en todo, que siempre tuvo lo mejor.

A un cura de cierto pueblo pequeño de Andalucía le escribieron de otro de Cataluña, pidiéndole que mandase una partida de bautismo, y dijese su importe para remitírselo inmediatamente. El pater, que no dejaba de conocer lo que suele ocurrir en tales casos, pues recibido el documento no se cuidau de mandar su importe, considerándole como cosa que no merece la pena, sacó la partida en papel del sello correspondiente, y la remitió al interesado con una carta en que le decía:—Muy señor mio: Tengo la satisfacción de incluirle la partida que me pide en la suya, cuyo coste de dos pesetas, por su extensión y papel, puede V. echar en el copillo de las ánimas de esa parroquia, pues yo los he percibido ya del de ésta; siendo el giro más a propósito y barato en el particular, supuesto que las ánimas del purgatorio de aquí son las mismas que las de esa población.

Queda de V., etc.

En un corral de gallinas echaron unos enantos capones, y apenas ellas se enteraron del caso, principiaron a amotinarse, cacareando y armando una especie de motin para arrojarles fuera inmediatamente. El ama de las gallinas, queriendo apaciguar aquel tumulto, las decía:

—¿Pero por qué es ese alboroto, gallinitas mías, si son capones?

Y ellas contestaban, sin dejar el cacareo:

—¡Pues por, por, esa cualidaad! ¡Por, por, por, esa cualidaad!

Hace poco tiempo, el carpintero de una provincia recibió la orden de construir brevemente un tablado para las ejecuciones capitales. Como hubiera tardado más de lo regular en terminar su trabajo, al tiempo de entregarlo fué reprendido por el juez.

—Ruego á V. S. que me dispense, dijo el carpintero; si hubiera sabido que era para V. S., lo hubiera terminado ántes.

CÓMO VIAJA LA FORTUNA.



Cuando la espera un dichoso,
Viaja la fortuna de este modo.

Confesábase un jóven bastante morigerado con un piadoso sacerdote que tenían en opinion de santo, y se acusó de que le gustaban las jóvenes guapas; y habiéndole preguntado el padre:

—¿Y nada más sobre el particular?

El contestó:

—Nada más.

—Pues como no sea más que eso, repuso el santo varon, á mí tambien me gustan; conque continúa.

CÓMO VIAJA LA FORTUNA.



Cuando un infeliz la espera,
Viaja de este modo y nunca llega.

Una joven milady salió á dar un paseo á caballo acompañada de su *groom*.

Espantóse la cabalgadura, y dió en tierra con la hermosa amazona, quien en tan inesperada caída no hubo de conservar el pudoroso orden de sus ropas.

Levantóse inmediatamente, tornó á montar, y dirigiéndose al *groom*, le dijo:

—¿Has visto mi prontitud?

—Sí señora, repuso el lacayo, pero no sabía que se llamaba así.

¡MUERA EL FRAC!

—

Basta ya de mogigangas,
Basta de burla y chacota,
Muera el frac, muera esa cota
Con faldellines y mangas.

No haya tregua ni cuartel,
Vaya al diablo ese atavío,
Y en desastrado trapío
Vayan los sastres tras él.

Zurce-siete badulaque,
Malandrin tigeretero,
Que á luz sacaste el primero
Las desnudeces del fraque.

¿Triple extracto de bодоques,
Fué tu invento mera pulla

O regalo de una grulla
A algun cigüeño con foques?

¿Fué pena de algun delito,
O bien de suegra aguinaldo,
Que de su yerno al respaldo
Le colgó ese sambenito?

¿O cálculo de pobrete,
Que sin medios y tacaño,
Por ahorrar algo del paño
Se hizo un medio toncete?

¿No lo sabes? ¡Ah, traidor,
Quién te viera de una encina!

¿Qué lástima de azotina
Para tí y el inventor!

¿Dónde hay traje ni adminículo
Tapa... pues, ni bambalina,
Como ese estuche-esclavina
Tan sin gracia y tan ridículo?

Funda equivocada, incompleta,
Capisayo hermafrodita,

Con amagos de levita
Y esperezos de chaqueta.

Chupetin de Barrabás,
Vestidura vergonzante,
En pabello por delante
Y aventador por detrás,
Y con infulas de rey
Y facha de *vade-retro*,
Del buen tono asiendo el eetro
Da á medio mundo la ley.

Y le llevan cien galanes
A entierros, bodas, funciones,
El cofrade á procesiones,
El hortera á Capellanes.

¿Quién no ríe al ver tan tiesos
Un escuerzo y una polla;
Ella nadando en bambolla
Y él todo zaneas y huesos?

Percha junto á un tenderete,
Junto á un atril un cirial,
La flauta con un timbal,
En obús con un florote.

Si frae hubieran vestido
Páris, el pobre Abelardo,
Y Eneas, pio y gallardo,
Cuando piaba por Dido.

Ni al piador galancete
Le cierra su amada el pico,
Ni buye Elena con su chico,
Ni el otro... canta en falsete.

Que el hombre frae, vieho manso
Que del mozo tiene mucho,
Es nieto del aguiñeño
Y primo carnal del ganso.

Niñas, no haya caridad,
Y dáis el golpe en seguro;
Al que lleve fraque, duro,
Calabazas sin piedad.

¿No teméis que un dominguillo

De tan menguado pelaje
Sea tan corto de traje
Como de amor y bolsilló?

¿Y en matillo el corazon
Y en solapa la conciencia
Os cereene la existencia
De blanquete y almidon?

Nada, al avio, enterremos
El frac junto al miriñaque;
Gordo ó flaco, que se ataque
Al vicio por sus extremos.

Por mudanza tan precisa
¿Quién ha de darnos matrea?
¿No mudamos de casaca
Más veces que de camisa?

Por huir de un abrenuncio.
Hoy el mio va á una hoguera,
La levita es mi bandera
Y en su favor me pronuncio.

Y juro por San Isaac,
Que sin miedo á rey ni á Roque,
Me cuelgo de un alcornoque
Antes que colgarme el frac.

RAFAEL GARCÍA DE SANTISTÉBAN.

Un romano, llamado Pacuvio, que intentaba pedir algun dinero á Augusto, usó de esta estratagemá:

—Señor, le dijo; corren voces de que me habeis dado una crecida gratificacion. Todos me dan la enhorabuena; apénas hay quien no hable de ello.

—Déjalos hablar, le repuso Augusto; pero tú no lo creas.

El banquero N. contenia la respiracion cuando el sastre le tomaba la medida de gaban, para que resultando menor su cuerpo le entrase ménos paño.

EN EL MAR.



—Señores, se ve en el ALMANAQUE DE LOS CRISTES, el día 2 de Marzo entra la Cuaresma, y si no emigramos, la p.riscuc.en nos va á freir.

Ante un tribunal de Toscana apareció un ladrón acusado de haber robado una gallina; y el dueño de la gallina, acusado también por haber cortado una oreja al ladrón.

Después de hecho cargo el juez de las circunstancias del robo, los antecedentes de ambos individuos y consultado su Código, condenó al ladrón á devolver la gallina á su dueño, y al legítimo poseedor de la gallina á ocho días de cárcel.

— Señor, dijo el robado, apelo de esa providencia.

— Usted está en su derecho.

— No sea V. majadero y retire la apelacion, le dijo el secretario por lo bajo.

— Hay injusticia notoria, contestó el apelante.

— ¡Está V. en su juicio! añadió el secretario.

— ¡Pues no lo he de estar! ¿conque el ladrón queda en libertad dándome mi gallina, y yo debo sufrir ocho días de cárcel estando dispuesto á devolverle su oreja?

Receta para curar el mal de ausencia.

Se ponen al fuego dos
Adarres de indiferencia,
Cuarenta gotas de esencia
De abur, y vaya con Dios;
Se añade un libra en pos
De no me importa, molido,
Y todo muy bien cocido
Con aceite de alegría,
Se toma una vez al día
En la taza del olvido.

Visitando su diócesis un obispo sábio, pero de un genio vivo y colérico, dijo á un pobre cura, hombre ignorantísimo:

— ¿Qué asno de prelado le ha ordenado á V?

— V. S. I. mismo, respondió el cura humildemente.

Una novia que no llegaba á quince años, tenia mucha vergüenza de ir á casa de su marido el día de la boda. Exhortábanla á ello la madre y la tia, hasta que viendo su resistencia, la llevaron contra su voluntad y cerraron tras sí la puerta.

El pobre marido, creyendo de buena fé aquella gazmoñería, le dijo:

— No te aflijas, Julia de mi vida, que yo te juro no molestarte en lo más mínimo, y sobre esto puedes estar tranquila.

— Entónces, dijo ella, ¿para qué he de estar aquí? Mejor será que me vuelva con mi madre.

A resultas de la refriega que habian tenido los nacionales de un pueblo con una partida de latro-facciosos, lograron matar tres, poniendo á los demás en fuga; y en el oficio que el alcalde dirigió al capitán general dándole parte de la ocurrencia, concluía diciendo:

— Ahí remito los tres muertos *con sus correspondientes cadáveres*, esperando se sirva acusarme el recibo.

Limpiaba el polvo un joven gallego que habia entrado á servir en una casa en el gabinete donde estaba el piano, que habia visto tocar á la señorita la tarde anterior, y picado de la curiosidad, cayó en la tentacion de sentar las manos sobre las teclas; y habiendo éstas sonado como era consiguiente, pasmado el gallego, exclamó lleno de satisfacción:

— Pues lléveme el diablo, si sabía que tenia tal habilidad.

ADIVINANZA.

— ¿Por qué los de Madrid nos vamos á la cama?

(*La solución al final del libro.*)

EN UN COMERCIO DE GÉNEROS DE MODA.



Señora.—Me gusta mucho esta tela: está elegantísima, pero es carita y sale el traje demasiado costoso.

Dependiente.—Para la mujer que tiene un esposo como el que la acompaña, no hay nada caro...

Señora.—¿Lo ves, Fermín?

Dependiente.—Sí, D. Fermín, á una esposa tan guapa se debe comprar todo cuanto la guste.

D. Fermín.—Este hombre es el mismo demonio en persona.

En el momento de dar Larochéjaquelein una batalla, arengó de esta manera á sus soldados:

—Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme.

Una noche entraban en el hotel de la calle de San Roque un inglés y su hija, que venían de Italia.

Viendo mucha gente que se apiñaba en la entrada de una de las casas inmediatas, preguntó el motivo, y respondiéndole que había una junta ó conferencia en casa de Garnier Pagés, dijo:

—Pues yo también quiero ir.

Y él y su hija con los avíos de viaje en la mano se dirigieron á la asamblea.

No hay que decir la extrañeza que causaron estos raros personajes.

El inglés estaba sublime; sus grandes y redondos ojos, su nariz de picaporte, su chalcoo amarillo, su corbata encarnada y su levita verde le daban el aspecto de un enorme papagayo.

Su hija, por el contrario, blanca y sonrosada inglesa, era encantadora.

Como acababan de llegar de un largo viaje, se instalaron lo más cómodamente posible junto á una mesa de juego, y mientras miss Ana engullia pastillas, su padre dirigía sus gemelos á Picard y á Simon y tomaba notas en su libro de memorias.

Después de la sesión se quedó el inglés en la sala, y dirigiéndose á Garnier Pagés:

—Tengo un placer en saludaros, le dijo. Cuando fuisteis á Inglaterra á dar algunas conferencias, os seguí de Londres á Manchester, de Manchester á Glasgow, de Glasgow á Dublin, de Dublin á Edimburgo, de Edimburgo á....

—¿Era para devorarme, señor mío?

—No; era para rogaros que diérais un beso á mi hija Ana, á quien ya han besado lord Russell, lord Disraeli, sir Napier, sir Cobden, Kosuk, Garibaldi, el difunto Cavour, Changarnier, Bedeau, Ledru-Rollin, Beust, etc.

—Ana, presenta la frente á Mr. Garnier Pagés.

Garnier Pagés se quedó estupefacto ante la excentricidad de este inglés, que convertía la frente de su hija en un álbum, donde había que firmar con los labios.

Fue preciso sin embargo hacerlo.

El inglés sacó su cartera y escribió: «Hoy 24 de Mayo

de 1863, Garnier Pagés ha dado un beso á mi hija Ana.»
En seguida, dando el brazo á su hija, saludó friamente y se marchó.

Alababan mucho delante de una señorita la hermosa voz de cierto soprano; y como ella instintivamente sintiese cierta repugnancia al oír una voz tan afeeminada en un hombre, dijo con la más sencilla ingenuidad:

—Es cierto que canta bien; pero ¿qué quieren VV. que les diga? á mí se me figura que á ese hombre le falta algo.

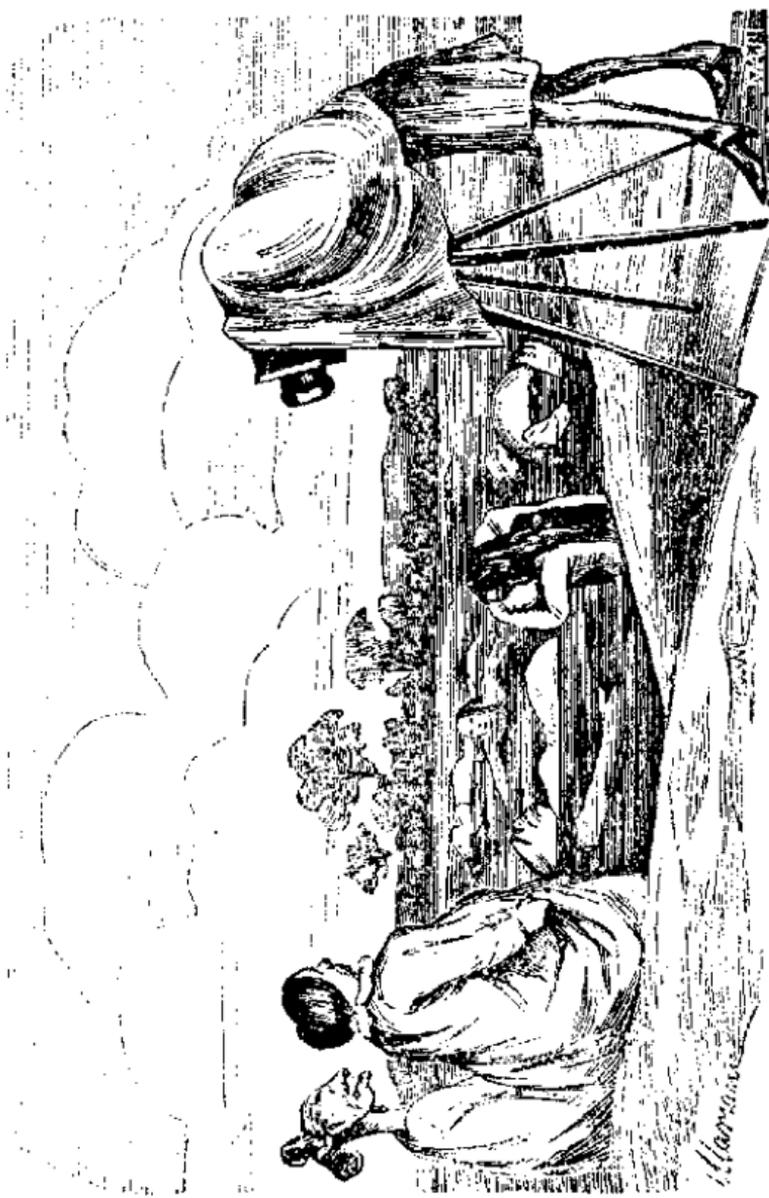
Curandero era Gaspar,
Y es en el día torero.
—¿Qué hacía de curandero?
—Lo que hace ahora.... matar.

Monsieur Gall daba un día una lección de frenología en presencia de un numeroso auditorio: tenía un cráneo en la mano, y mostrándolo al público, decía:

—Señores, yo tenía un amigo que poseía en el más alto grado todas las virtudes que pueden adornar á un hombre: la generosidad, la dulzura, la afección, etc.; pero murió, y yo tengo la dicha de poseer su cráneo: vedlo aquí; jamás he tenido tan preciosa ocasión de comprobar mi teoría.

Dos rapazuelos sin madre
Disputaban en el Pardo;
Uno decía:—Bastardo,
Ni siquiera tienes padre.
Contestaba el otro tino:
—Si eres más feo que el hús,
¿Que no tengo? Más que tú,
Que tú sólo tienes uno.

BELLAS ARTES.—EXPOSICION.



El arte se encarga de reproducir los cuadros que sólo en verano se exponen para el estudio de los aficionados.

Cierta buena señora esperaba á su hijo, que habia de llegar á las seis de la tarde en la diligencia de Bayona, y era tal el ánsia que por ver al hijo de sus entrañas tenia, que adelantó su reloj una hora á fin de que llegara más pronto.

Un caballero muy aprensivo y no muy despejado, enviaba muchas veces á llamar al médico con poca ocasion, y una vez le envió á llamar para decirle que le andaba el pulso muy despacio.

—Creo muy bien que debe andar despacio, dijo el médico.

—¡Ah! ya lo decía yo, añadió el enfermo alarmado.

—Pero dígame V., señor médico, por favor, ¿en qué consiste eso?

—En que anda sobre asno.

Yendo un bravo general de camino, se vió acometido por un accidente, que le obligó á detenerse en un pueblecillo inmediato para que le hiciesen una sangría; y notando la facha estúpida y nada recomendable que presentaba el barbero que habia de hacerla, dió algunas señales de temor al entregarle el pie para la operacion. Visto lo cual por éste, le dijo:

—¿Qué es eso, señor, haceis asco á la sangría?

—No, contestó el general, que á quien lo hago es al sangrador.

Fué un alguacil en Guadalajara á prender á un zapatero á su casa, y su mujer lo defendió de tal manera, dando palos al alguacil, que el zapatero tuvo lugar de esconderse.

El apaleado se fué á quejar al juez, diciendo:

—Señor, la mujer de un zapatero, defendiendo á su marido, me dió de palos, y esta afrenta á V. S. se hizo, que no á mí.

—Pues si á mí se hizo, yo se la perdono, respondió el juez.



LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

En una tablilla fijada en la puerta de una casa, se leía lo siguiente:

«Se alquila el cuarto tercero en seis duros mensuales. Último precio: cuatro duros.»

Decía un pretendiente á un alto empleado que tomaba dinero por conceder destinos y era sumamente avaro:

—Si V. me proporciona el que tengo pedido, le regalaré dos mil duros, y descuide V. no se lo diré á nadie.

—Pues mire V., amigo, le contestó cínicamente el empleado; deme V. cuatro mil, y le autorizo para que se lo diga á todo el mundo.

Vendiendo un arriero leña por la calle, rebuznó su burro, y como pasase un estudiante, le dijo:

—Dime, paisano, ¿qué hora da tu compañero?

—De ese relój, contestó el de la leña, tiene V. los cuatro cuartos.

Disputaba un griego con un napolitano sobre las excelencias de su nación.

—La Grecia, decía el primero, es el país del que han salido todos los sábios y todos los filósofos.

—Convengo en ello, dijo el napolitano, y la prueba de que de allí han salido todos los sábios y todos los filósofos, es que no ha quedado ninguno.

Noble dice que es Gaspar,
Y su don por probar suda.
Lo que nadie pone en duda
Es que tiene el don de errar.

EDUARDO BLANES.

Habia en cierta poblacion de Andalucía un médico, que por no sé qué ocurrencia fatal, perdió en su juventud la campanilla del paladar; y al salir un día de su casa se halló una pobre gitana, que le esperaba para consultarle sobre una enfermedad que padecía. El doctor, que iba de prisa, la manifestó que no podía oirla entónces, diciéndola volviese á otra hora, y siguió adelante: entónces la gitana, un tanto ofendida, le dijo con el acento gracioso que es peculiar á las de su raza:

—Vaya V. con Dios, D. José, que se parece V. toito al santolio.

Picado de la curiosidad el médico al oír aquella comparacion, volvió atrás, y la preguntó:

—Oye, indina, ¿en qué me pareceo yo al santolio?

—¡Toma! le contestó la gitana, en que sale V. siempre sin campanilla.

A un soldado le dieron licencia por ocho días esta Navidad última, con objeto de que pudiera ver á su familia, que estaba en un pueblo de la Mancha.

Tomó un billete de ida y vuelta, y se metió en el tren que salía de Madrid á las ocho y media de la noche.

En el mismo wagon iba el cura de un pueblo inmediato.

El soldado juraba mucho por cualquier cosa.

— Señor soldado, le dijo el sacerdote, va V. en este instante camino del infierno.

— ¿Y qué me importa, señor cura, respondió el soldado, si llevo billete de ida y vuelta?

CHARADA.

Son dos sílabas iguales
Mi *primera* y mi *tercera*;
Y mi *segunda* con *prima*
Y mis *dos* con mi *primera*,
Vive en el mar; siendo el *todo*,
Ora apellido, ora yerba.

(*La solución al final del libro.*)

Por haber cometido un andaluz un grave delito, fué condenado á la pena de muerte; y cuando el escribano le hizo saber la sentencia que se había dictado, dijo el reo:

— Oiga V., compadre, ¿no podía arreglarse el negocio de otra manera? porque la verdad, lo que es esa, me causa mucha estorsión.

Nota de lo que me distes
El martes de Carnaval:
Flores, cabello, un retrato,
Un beso, y.... (Continuará.)



PÓLVORA FINA FRANCESA.

El cardenal Mazarino se complacia en contar que una familia en Roma, á la cual pertenecia un santo recientemente beatificado, habiendo dado un motivo de descontento á Urbano VIII, el Papa exclamó:

¡Questa gente é molto ingrata! io ho beatificato uno de loro parenti che non lo merita co. (¡Qué ingrata es esta gente, despues que he beatificado á uno de sus parientes que no lo merecia!

¿Conque la mocita Paca
Está enferma? ¡Cristo Padre!
¿Pues qué extraño mal la ataca?
—A mal de madre lo achaca,
Y en efecto es mal... de madre:

VILLER GAS.

Andaba en pretensiones de una joven casada un señor, que por darle una muestra de su buen afecto, la hizo el regalo de un hermoso cuadro, cual si fuera la expresión de una lícita y buena amistad; y habiéndolo ella mostrado al marido, le preguntó:

—¿Qué piensas tú de este regalo que me ha hecho Fulano?

Y él la contestó:

—Que ó ese hombre es tonto, ó quiere que yo lo sea.

Preguntaba un pasajero al mozo de una posada, mientras le servía la comida, que de dónde era; y habiéndole contestado que de Asturias, le volvió á preguntar cuántos años había que se hallaba sirviendo en la posada; y como le respondiese que diez, aquel le dijo:

—¿Y en qué consiste que siendo los asturianos tan listos, no has ahorrado en tanto tiempo lo suficiente para establecer una posada por tu cuenta?

—Es, señor, le contestó el mozo, que el amo es gallego.

LOGOGRIFO.

En siete letras compongo
Lo que te voy á contar:
Un apellido moderno;
Una nota musical;
Cómo está quien está triste;
Lo que en el campo verás;
Lo que hace el que está muy alegre;
Un signo de numerar;
Dos nombres de antigua historia,
Y otras muchas cosas más,
Que te diré el año próximo
Si vivo y estoy demás.

(La solución al final del libro.)



— ¡Pues señor, valiente retrato he sacado aquí! ¡Qué parecido! No le falta más que hablar.... ¡Soy un genio!

Una noche, ya después de las doce, sintió el sacristán de una parroquia que andaba gente por la tribuna del órgano, y creyendo fuesen balcones, salió con la escopeta, que tenía cargada con municion, y habiendo preguntado:— ¡Quién anda ahí!—le contestaron en latín macarrónico:— *Sumus angelorum*.—Pues si sois *angelorum*, *volate* abajo para que *ego* pueda *capere* vos:—les dijo el sacristán imitando su modo de hablar.—*Volare non posumus*, porque *sumus pollicium*.—Pues entonces, *accipite spiritum istum in forma p. perdigonorum*.—Y les descargó un tiro que les salpició todos los perdigones, causándoles diferentes heridas, aunque leves; lo cual les hizo huir á todo escape por donde habían entrado al verse descubiertos y perseguidos.

AGONIAS DE UN POLLO.

¡Infeliz corazón mio,
que en vivas llamas deshecho
quieres lanzarte del pecho
huyendo del hado impío!
No me dejes, corazón,
no me dejes un momento
con este cruel tormento,
esta desesperación
y este loco desvarío....
pio.... pio.... pio....

Quiere mi funesta estrella
que adore á una hermosa ingrata;
ella con rigor me trata,
y tú suspiras por ella:
no ceses de suspirar,
corazón, mientras no muero,
mientras la bella á quien quiero
no me acabe de matar,
que pronto será, confío ...
pio.... pio.... pio....

Los pesares recibidos
y tantas horribles penas,
tal me conmueven, que apenas
puedo sentir tus latidos.
Ya fallezco.... ya á la fosa
yerto mi cadáver va;
ya fallezco.... parte ya,
corazón, y di á la hermosa
que he muerto por su desvío....
pio.... pio.... pio....

LUIS MONTOTO Y R.

CINCO DIÁLOGOS TOMADOS AL OIDO.

I.

Dos propietarios.

—Diga V., compañero, ¿cómo se las compone V. cuando un inquilino no quiere pagar ni dejar la casa?

—Citándolo ante el juez de paz para que éste le obligue, ya que no á pagarme, porque esto no siempre es fácil, al menos á que me deje la finca desocupada.

—¿Y si á pesar de eso no la deja?

—Entonces no hay otro remedio que mandar una cuadrilla de albañiles y echar la casa abajo, empezando por la escalera ó el tejado. No encuentro otro medio más sencillo; porque el inquilino que se tira al suelo y dice:—«Ni pago, ni dejo la casa,» le pone la sangre al propietario más negra que esta levita.

—Pues dígole á usted, amigo, que los inquilinos estarán pasando las *morudas* y las *partidas*, pero los propietarios también estamos divertidos.

—¿Qué quiere V? en este mundo todo tiene su cara y su cruz.

II.

En una librería.

D. RAFAEL.—¿Qué precio tiene este libro?

EL LIBRERO.—Ocho reales.

D. RAFAEL.—¿Ocho reales! ¿Qué barbaridad! ¿Ocho reales por un libro que podrá tener unas mil páginas!

EL LIBRERO.—¿Es decir, que le parece á V. caro?

D. RAFAEL.—Carísimo; todo lo que sea gastar más de dos reales en un libro, es una barbaridad de á fólío.

III.

En un despacho de billetes

(para una corrida de toros).

EL MISMO D. RAFAEL ANTERIOR.—¿Me hace V. el favor, tiene V. la bondad de darme una delantera de palco para la próxima corrida?

EL EXPENDEDOR.—Sí, *jeñó*: tomusté.

D. RAFAEL.—¿Está bien situada esta localidad?

EL EXPENDEDOR.—*Ma jayá é la presiencia.*

D. RAFAEL.—¿Sería V. tan amable que me la cambiara por otra en mejor sitio?

EL EXPENDEDOR.—¿*Quiusté* ponerse en *er toril*?

D. RAFAEL.—Nó, *amigo mío*. ¿Qué le debo á V?

EL EXPENDEDOR.—Treinta y cuatro reales.

D. RAFAEL.—Como esos; y un par de pesetitas más, para que se digne V. tomar el café á mi salud.

EL EXPENDEDOR.—Gracias, *cabayero*. (Aparte.) ¿Qué rumbo es este on Rafaé; ¿y sabe argo? Como que es abogado.

IV.

En la calle.

—Hola; ¿dónde va usted tan de carrera?

—Déjeme V., hombre, que estoy aburrido y dado á todos los diablos. No hay quien pueda cobrar un cuarto.

—Eso, amigo, es porque aquí no hay prision por deudas como en *Inglaterra*; si la hubiera...

—¡Ah! si aquí hubiese prision por deudas, ni V. ni yo estaríamos á estas horas sueltos y andando por la calle; ¿qué digo! ¿sería un milagro encontrar una persona fuera de la cárcel!

V.

En un círculo (vicioso).

—¿Conque tambien se viene V. por aquí á poner sus puestecitas, éh?

—Hombre, ¿qué quiere usted? es menester *buscársela*; los tiempos estan fatales, y....

—Como sé que tiene V. costumbres tan piadosas y morigeradas, y ahora le oigo celebrar las utilidades que reporta del juego, la verdad, lo extrañaba.

—Yo no quiero dar la cara, amigo mio; pero tengo ahí un intimo, á quien doy ya cincuenta, ya cien durilos para que me los juegue, y despues, ya V. me entiende. No siempre está de cara la suerte, y no es oro todo lo que brilla; así es que la otra noche me *piqué*, y me costó la fiesta veintidos mil y pico de reales.... ¡¡Ay!! Como V. comprenderá, una vez puesto en el borrico, no hay más remedio que sufrir los azotes.

Mi mujer se enteró á los pocos días de tan siniestro acontecimiento, y hubo en casa la de vámonos; pero le saudi dos ó tres *soplamocos*, y desde aquel punto reina una paz octaviana en el hogar doméstico.

—

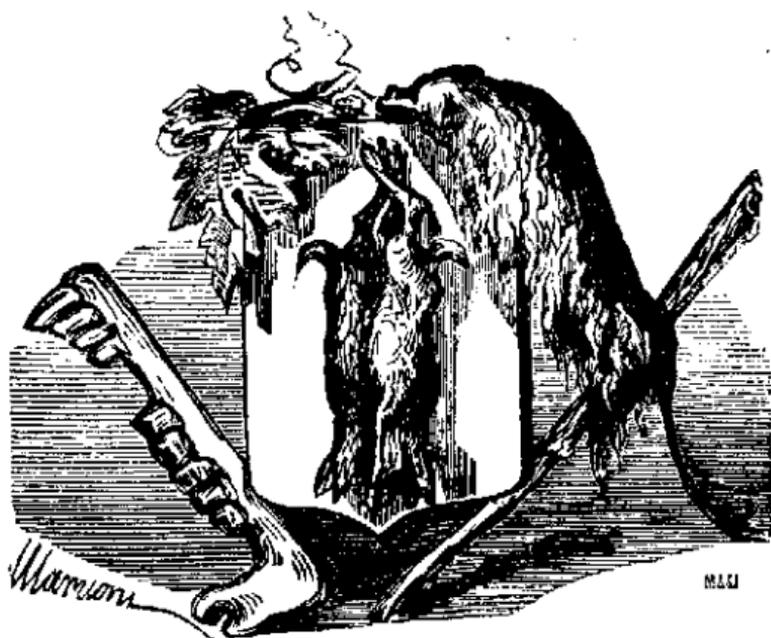
¡Con dificultad se encontrará una sociedad más hipócrita que la nuestra!

LUIS MARIANI.

—Siento pasos; alguien viene;
¡y si me ven en tu cuarto!...
—¡Y qué me importa que vengan!
¿no estoy por ventura armado?

L. M. R.

HERÁLDICA.



Escudo de nobleza, traje y armas de los primeros hombres.

Un alcalde de un pueblo de la Mancha, puso al pié de un documento oficial

BISTO VUENO.

Lo vió un concejal, y queriendo enmendar la plana, añadió por bajo:

BALIENTE VRUTO.

BALADITA.

A la orilla de la fuente
la ví sentada una tarde;
hermosa estaba la niña,
más pura y bella que un ángel;
blanca su tez, cual la nieve,
sutil y esbelto su talle;
suelto el cabello tenía,
más negro que el azabache:
en mí fijó su mirada,
le dije:—Muy buenas tardes;
ella contestó:—Muy buenas;
y me fui á tomar el aire.

L. M. y R.

Teniendo un clérigo que renovar las licencias, se presentó en la capital de la diócesis solicitando hablar con el obispo.

Conseguida la audiencia, el buen clérigo fué al palacio episcopal, y en uno de sus salones encontró á un hombre en mangas de camisa, á quien tomando por un servidor del obispo, preguntó por S. I.

A tal pregunta, el hombre que habia tomado por un criado y que era el mismo obispo en persona, reprendió duramente al clérigo por su equivocacion, diciéndole, entre otras cosas, que como estaba en su casa se vestía como le daba la gana.

Al día siguiente se presentó el clérigo á exámen, y el obispo presidía el acto.

—¿Cómo está Dios en el cielo? le preguntó.

A lo que el cura, acordándose de las palabras del prelado, le contestó:

—Dios estará en el cielo en mangas de camisa ó *como le dé la gana*, puesto que está en su casa.

LAS DELICIAS CAMPESTRES.



—¿Qué hermoso es el campo, esposo! ¿no te da gusto de estar entre tanto animalito?

—Por complacerte es por lo que me someto todos los veranos á esta penitencia: yo siempre he dicho que el campo es bueno para los lobos. Para estar entre animales, no es preciso abandonar la capital.

—Sí, pero aquí se admira la naturaleza en todo su primitivo esplendor. ¿No te conmueve esta escena?

—Sí que me conmueve, esposa; y tanto como me está conmoviendo....

ADIVINANZA.

—¿Qué hace el pan cuando lo cortan?

(La solución al final del libro.)

Un jóven agregado de embajada escribió una comedia titulada *El zapato de baile*, que fué representada por personas de la alta sociedad en una gran fiesta dada en el palacio de la legacion.

La princesa O... desempeñó el primer papel, y habiéndole gustado mucho, rogó al autor la misma noche de la representacion, que le diese una copia de su obra á fin de representarla en su casa.

Tanto honor lisonjeó al noble diplomático, que ofreció presentar su trabajo á la princesa á la mayor brevedad.

En efecto: pasados algunos dias se presentó con el manuscrito en casa de la princesa.

—¿A quién debo anunciar? preguntó un lacayo.

El agregado temió que la princesa hubiera olvidado su nombre, y contestó:

—Diga V. á la señora princesa que la traigo *El zapato de baile*.

Y el lacayo, abriendo la puerta del tocador de su ama, anunció:

—El zapatero, señora.

EPITAFIOS.

Yace aquí la Educacion
Por falta de ocupacion.

Aquí yace una doncella.
Ha dejado en la orfandad
Seis chicos de tierna edad.
¡Muchachos! rogad por ella.

Debajo de aquesta losa
Yace el señor D. Juan Blanco;
Se envenenó, ¡horrible cosa!
Con un puro del estanco.

Dentro de este nicho frío
Descansa mi esposa amante;
Señores, no hacer ruido,
No sea que se levante.

Aquí yace un prestamista;
Pues no perderlo de vista.

Aquí yace un boticario
Que se murió de repente,
Sólo porque el propietario
Le quitó el pozo y la fuente.

Aquí, marido y mujer
Descansan como unas malvas....
¿Cómo estarían en vida
Cuando están vueltos de espalda

Un sastre está aquí metido;
Lo mató un pollo atrevido,
Por una arruga maldita
Que le sacó en la levita.

Aquí yace un hablador
Tan aficionado á hablar,
Que tan sólo por charlar
Preguntó al enterrador:
—¿Dónde me van á enterrar?

Aquí descansa mi tío,
Que me dejó un capital;
¡Me van faltando las fuerzas
Para sentirlo y gastar!

Aquí reposa mi suegra,
Que murió de un berrinchin;
También yo estoy descansando
Desde que ella vino aquí.

LUIS MARIANI.

EN LAS PLAZUELAS.



- ¿Quiere V. que le lleve ese lio, prenda?
— Quitusté allá, so arrastrao, que es V. mu malo.

Se ha publicado el prospecto de un periódico titulado
La emancipación de la mujer.

He aquí su lema:

La mujer libre al lado del hombre libre.

Creo, sin agraviar á nadie, que no se la podrá sufrir.

ENIGMA.

Dices que es lio, y no tiene,
Ni jamás tuvo sobrinos,
Tras otro picaro viene,
Y algun tiempo se detiene
Con que nos deja mohinos.

(La solucion al final del libro.)

La escena pasa en Hamburgo.

Un futuro suegro habla con un amigo suyo, en una de las espléndidas salas del Casino, de su futuro yerno.

—Es un muchacho cabal, decía á su interlocutor, y estoy muy satisfecho de que éntre en mi familia; pero....

—¡Hola! ¿Hay un pero? interrumpió el amigo.

—Sí; ese chico tiene un defecto.

—¿Y cuál?

—Que no sabe jugar.

—¡Hombre! ¿Y á eso llama V. defecto?

—Y gordo, pues aunque no sabe jugar, juega.

Una señorita hablaba con su novio. Hacía rato que callaban; de pronto dice el novio:

—¡Qué *patético* y qué *cerúleo* está el cielo! (para el que no lo sepa, cerúleo es azul oscuro.)

La novia nada dijo, pero recogió la pañabrilla, y ya estaba deseando tener una ocasion en que lucirse, soltándola delante de muchas amigas.

A las pocas tardes llegó la hora: iba de paseo por el campo con otras muchachas; por casualidad una de ellas dijo:

—¡Ay! ¡Miren ustedes qué encarnado está el cielo por ahí!

Y como un escopetazo exclamó con énfasis la novia:

—¡Sí, está muy *perlático* y muy *ciruelo*.

Hay en Francia cierto escritor y diplomático de mucho talento, que segun opinion general, debe á su desgraciado apellido el no haber avanzado en su carrera. Llámase Mr. Cuheval, apellido cuya traduccion más decente es la de *trasero de caballo*.

Cuéntase que una noche se presentó en la antesala de un gran personaje, donde se celebraba una fiesta de familia.

—¿A quién anunciaré? preguntó el criado.

—A Mr. Cuheval.

—Perdonad, caballero.

El criado se resigna, llega á la puerta, y en el momento de abrirla, luchando con el último escrúpulo, se dirige á Mr. Cuheval y le dice:

—Perdonad, caballero; pero en el salon hay señoras.

En la calle encontré á un loco
que judío me llamó;
si lo soy... no me ofendió,
y si no lo soy, tampoco.

¿Te quieres poner conmigo?
le dijo el Tiempo al Amor;
esa soberbia que tienes
ya te la quitaré yo.

El duque de Pembroke criaba en su tierra de Wittshire un número considerable de cerdos. Atravesando un dia el corral, se sorprendió de verlos reunidos alrededor de un barreño haciendo un ruido horroroso. La curiosidad le llevó á examinar cuál podria ser la causa; se aproximó, y vió en el barreño una cuchara de plata.

En este momento llegó la cocinera admirada de este ruido.

—¡Tonta! le dijo S. S., tienen razon en gruñir; los pobres animales no tienen mas que una cuchara para todos.

Un cortesano tuvo unas palabras un poco vivas con un mariscal de Francia, á quien dijo:

—Si yo no soy mariscal de Francia, soy de la madera de que se hacen.

—Sí, respondió el mariscal; si se hicieran de madera.



Este individuo no tendrá facha de antiguo mayoral de diligencias, pero hacedlo diputado, y á ver si vota en favor de las subvenciones á los ferro-carriles.

ADIVINANZA.

—¿Quiénes son los que encuentran su alegría en el pesar?

(La solución al final del libro.)

En un tribunal de Francia se había anunciado la vista de una causa escandalosa, y no habiéndose dicho si era ó nó á puerta cerrada, acudieron á ella todas las mujeres de la ciudad.

Cuando el presidente vió tanta señora, dirigió al público la palabra, diciendo:

—Sin duda se ignora la índole de la causa que va á conocer el tribunal, y siendo así, ruego á las señoras honestas y decentes que se retiren.

Pero las señoras hicieron el sordo y permanecieron en su sitio.

—Ahora que se han retirado las señoras honestas y honradas, que los porteros hagan salir á las demás, dijo el presidente.

Un aficionado miraba los siete sacramentos pintados por el Poussino, y advirtiendo que había mucho que criticar en el que representa el *Matrimonio*:

—Veo, dijo, que es difícil hacer un buen matrimonio ni aun en pintura.

El Figaro refiere un suceso que no deja de ser original.

«Uno de nuestros amigos, dice, empleado en el Ministerio del Interior, que habita en la calle de San Martín, tenía la costumbre de dar cada mañana dos cuartos á un mendigo que se situaba todos los días á la puerta de una cochera del *boulevard* de Sebastopol. Acercándose ayer á dar su óbolo acostumbrado, dejó caer en el sombrero del mendigo, en lugar de una pieza de dos cuartos, un Luis de oro de 40 francos, sin apercibirse de su equivocación hasta después de una hora. Entónces fué cuando corrió al *boulevard* de Sebastopol: el mendigo no se hallaba en su puesto. Otro pobre andrajoso ocupaba su lugar.

—¿Dónde está el mendigo que suele situarse aquí todas las mañanas? le preguntó nuestro amigo.

—¿Mr. Benjamín? Ahora mismo se ha marchado á su casa á desayunarse.

—¿Vive muy lejos?

—Nó: á dos pasos de aquí: calle de *Petit Carreau*.

Nuestro amigo se dirigió precipitadamente á la casa del mendigo.

—¿Mr. Benjamin?

—Cuarto entresuelo de la derecha, la segunda puerta, contestó el portero.

Nuestro hombre sube la escalera y llama á la puerta. Un criado de buena apariencia sale á abrir.

—¿Mr. Benjamin?

—Aquí es.

La antecámara tenía una apariencia elegante: al final de un pasillo se veía entreabierta la puerta del comedor, en el que podía notarse una mesa bien servida, vajilla fina de cristal y de plata.

Indudablemente nuestro amigo se había equivocado.

—Entrad, señor, le dijo el criado abriendo la puerta de un lujoso salón amueblado á la turca.

El que hacía la visita iba á retirarse convencido de su error, cuando se detuvo al observar que el mendigo se hallaba muy risueño sentado en uno de los divanes.

—Me han dicho que queríais hablarme, dijo éste al recién llegado.

—Señor.... contestó nuestro amigo lleno de turbación.... No quisiera equivocarme.... pero creo que esta mañana, pasando por el *boulevard* de Sebastopol, os he dado por equivocación una moneda de 40 francos.

—Es posible, contestó el mendigo con naturalidad. Aún no he ajustado hoy mis cuentas; pero si ha habido esa equivocación no tengo inconveniente en subsanarla.

Lamó entónces á un criado, y le dijo:

—Pregunta á Mr. Ernesto si entre las limosnas recaudadas esta mañana hay una moneda de 40 francos.

La moneda estaba allí; y el criado, cumpliendo las órdenes de su amo, se la presentó á nuestro amigo en una bandeja de plata.

Retirábase éste murmurando una excusa.

—Perdonad, señor, le dijo el mendigo; pero os olvidais de una cosa.... me debéis dos cuartos.»

PERCANCES NATURALES DE LA VIDA.



Tadeo es un joven muy amable, muy guapo, muy enamorado, y sin más falta que no tener un cuarto; llega oportunamente su papá, y lo salva del compromiso *dándole para tabaco*.

Opinion de Exioto acerca de la mujer.

«La raza de las mujeres es perniciosa, causa todos los grandes males á la humanidad, parte con ella las dulzuras de la vida, pero no los trabajos y la pobreza.»

«La mujer es el zángano que come la dulce miel producida por la abejas.»

«Las mujeres son fatales al género humano; hasta con su misma honestidad hacen la desgracia de sus maridos.»

«La raza de las mujeres es impura.»

«Todo lo que se fie á una mujer, se fia á un ladron.»

Me parece, amables y bellísimas lectoras, que quedarán VV. satisfechas.

He aquí un método infalible y barato para quitarse el calor:

Cuando no tenemos á mano ni sorbetes, ni cerveza, ni aun agua fresca siquiera para quitarnos ese insoportable calor que en el estío y fuera de él á veces, parece como que abrasa nuestra máquina, la naturaleza ha puesto en manos del hombre un medio tan sencillo como económico para el alivio apetecido. Consiste no más que en humedecerse con saliva exteriormente los triangulos salientes (tragus) del pabellon de ambas orejas. El efecto es tan rápido como eficaz. Que los incrédulos hagan la prueba y se convencerán.

Resignacion.

A Juana, pulga villana
el albo seno picó;
pero Juana la cogió
y á manos murió de Juana.

Aunque impia ley promulga,
confieso que, de buen grado,
por lo dulce del pecado,
pasara yo por ser pulga.

JULIO MONREAL.

COSAS QUE LLEGAN AL ALMA.



Primera parte.

—¡Muerto!... ¡muerta! Estas sí que son penas grandes.... Hijo de mi alma y de mi corazón, ¿es posible que después de haber gastado un dineral en tu enfermedad haya sido imposible salvarte?...

¡Robustiana, Robustiana.... tráeme una caja de fósforos: quiero unirme á mi Selim por toda una eternidad!...

COSAS QUE LLEGAN AL ALMA.



Segunda parte.

—Señorita, ahí espera un pobrecito que está medio desmayado, y dice que no tiene recursos para mantener diez y siete hijos y la mujer en vísperas de salir de su....

—Mira, Robustiana, dile que perdone y no nos venga con jaquecas. ¡Qué fastidiosos son estos pobres!...

¡Qué recuerdos, Dios mío!... Selim, ¿dónde estás?...
(Pega un suspiro que tiembla la estancia.)

Un charlatan bastante tuno, ponderaba en una plaza pública la excelencia de cierto bálsamo que vendia de su propia confeccion, por el cual se curaban todas las enfermedades por antiguas y pertinaces que fuesen; y añadía con grande énfasis á sus numerosos oyentes:

— Mi bálsamo, señores, se saca solo de simples, y mientras haya *simples* en este pueblo que me sirvan al intento, no saldré de él; pues así consigo honra y provecho.

Ordenó un general que redujesen al estado de eunucos á los prisioneros que habian hecho en una batalla, y fuesen así entregados al jefe enemigo; y habiéndose enterado de esta bárbara determinacion una jóven paisana de estos, sin arredrarse al peligro á que se exponia, penetró donde se hallaba el general, y al verle, le dijo:

— Es harto indigno, señor, que un héroe como vos se dedique á hacer la guerra á las mujeres.

Un estudiante presentó á la censura de un literato un geroglífico que dirigia como billete de amor á una señorita, por cierto muy encantadora.

El geroglífico se reducía á lo siguiente:

Una esportilla, despues seguía la sílaba Ga, y despues la nota Do, con su firma verdadera: Fulano de Tal.

El literato leyó,

— Es por tí llagado Fulano de Tal.

— Esa ha sido mi intencion, dijo el estudiante.

— Y yo estaria conforme, dijo el literato, si no fuera porque el diminutivo de espuerta puede ser en ica lo mismo que en illa.

— ¡Ah, señor! ¿y eso qué importa? dijo cándidamente el estudiante.

— Como á V. no le importe, lo que es á mí de seguro nada.

—¿Podreis hacer unos zapatos á mi hijo? decia un patan á un remendon.

—No hay inconveniente: ¿cuántos puntos calza?

—No lo sé, pero volveré á deciroslo.

Fué á su casa, deseosió un zapato, contó las puntadas, y volviendo al zapatero, le dijo:

—Tiene el pié muy pequeño; nada mas que sesenta y seis puntos larguitos.

Algunos estudiantes quisieron burlarse de un labrador, á quien por su aspecto rústico juzgaron muy toseco, y chanceándose con él, le dijeron:

—¿Sabes silbar?

Respondió que sí, y empezó á hacerlo, pero en tono bajo.

Los burlones le dijeron:

—¿Por qué no silbas más alto?

—Porque euando están cerca las bestias, respondió él, acostumbro siempre silbar bajo.

Mi hacienda no tiene tasa;
soy muy rica, dijo Aurora,
tengo un duro cada hora
que da el reló de mi casa.

Fuí á casa de Aurora un día;
de su dicho me acordé;
miré el reló, y observé
que campana no tenia.

A un gran bebedor que estaba muy malo, le reprendian sus amigos este vicio.

—Desengañaos, contestaba; el mayor delito que he cometido en esta parte, ha sido el beber bastante vino no muy bueno.

—Pero bien, decia su mujer, dime, si Dios te da vida, ¿prometes no beber más vino?

—Malo, añadía él.

Cierto pillastre, caballero de industria, entró un día en casa de un vendedor de ornamentos eclesiásticos y vasos sagrados, diciendo que el cura de su pueblo le había encargado la compra de ciertos efectos.

El comerciante, de buena fé, le dijo que escogiera lo que mejor le pareciese, y el bribon escogió un cáliz, una custodia, unas vinajeras de plata, un terno completo y una ó dos capas pluviales bordadas en oro fino. Cuando se trató de ajustar una casulla, se dudaba sobre cuál le estaría mejor al señor cura de su pueblo.

—Pronto podremos salir de la duda, dijo el caballero de industria: V. tiene poco más ó ménos la estatura del párroco; si le viene á V. bien, le sentará perfectamente á él: ¿tendrá V. la bondad de probársela?

El comerciante se puso la casulla.

—No basta, dijo el otro: veamos si al andar hace algun movimiento, si es muy baja ó muy alta.

Y el comerciante dió un pasco á lo largo de la tienda, contoneándose con el placer de quien hace un buen negocio; pero cuando se volvía, vió que el comprador escapaba con los efectos.

—¡Al ladron, al ladron! gritaba el pobre hombre, mientras salía á la calle para ver la direccion que el otro tomaba, procurando desatarse la casulla.

—Deténganlo VV., que se ha vuelto loco, decia el ladron.

—Señor D. Marcelino, decian los vecinos, sosiéguese V. por Dios y entre en su casa, que todo se arreglará.

—¡Qué lástima, decian los más envidiosos al verlo correr por la calle con la casulla puesta. qué lástima, Dios mio, haberse vuelto loco el pobre D. Marcelino!

ADIVINANZA.

—¿Qué es lo que vale en el mundo, para un hombre, más que una mujer jóven y hermosa?

(*La solucion al final del libro.*)

ENTRE BASTIDORES.



—Diga V. ¿Dónde están los *cuartos* de las damas? ¿Me los podría V. enseñar?

—¿Los *cuartos* de las damas? ¿V. quiere ver los *cuartos* de esas señoras?

—Tendría un gran placer en ello.

—Pues ahora no puede ser, porque los '*cuartos*' están tapados con los vestidos.

MUJER QUE ME GUSTA.

La que me comprende sin que yo hable.—La que se asusta de los ratones.—La que chillá cuando entra en el baño.—La que llora cuando canta.—La que canta cuando sufre.—La que no entiende de política.—La que se sonroja con la mirada de un libertino.—La que no consulta con mamá si ha de quererme.—La que no gasta flores contrahechas.—La que me gusta á mí solo.—La que no gasta miriñaque.—La que sueña conmigo.—La que no hace versos.—La que se viste á mi gusto.—La que no me da celos.—La que cree en Dios y en mí.—La que tiene una voz dulce.—La que no me pide cena ni refrescos en los bailes.

MUJER QUE NO ME GUSTA.

La que empuña una escopeta ó un sable.—La que fuma.—La que tiene voz de sargento.—La que toca el clarinete.—La que lee y comenta las sesiones de Córtes.—La que no humilla su vista ante la mirada de un hombre.—La que estropea el francés y no pronuncia el italiano.—La que no se asusta de los truenos.—La que no tiene cosquillas.—La que lleva detrás á su madre cuando va por la calle.—La que domina al novio y le riñe cuando tarda.—La que juega á las cartas ó al villar.—La que viste de hombre.—La que barre las calles con la cola.

Se quejaban en una reunion de la mujer del ministro D. porque no frecuentaba la casa ni la tertulia, como solia antes de su elevacion.

—Les pido perdon, contestó ella á la amiga que se lo dijo, y estoy segura de que me lo concederian si supiesen los sinsabores que lleva consigo el envidiado honor de ser mujer pública.

Un sargento. ¿Vas á los baños?
Un ama de cria. Sí, con el señorito.
—¿Es decir que te diriges á Alhama?
—No, *al amo.*

En los tiempos en que los tribunales imponían penas arbitrarias, un juez ignorante condenó á un ladrón á que le cortasen la oreja. El ladrón, que era muy sagaz, cuando le notificaron la sentencia, preguntó:

—Señor juez, ¿qué oreja me han de cortar?

El juez, llevando la mano á la suya propia, respondió:

—Esta, esta.

—Entonces, dijo el ladrón, si es la de V. S., me conformo y no apelo.

—No es la mía, sino la tuya, bribón.... ¡Vaya!...

—En ese caso apela mi oreja, porque no es ella la que ha cometido el robo, sino las manos.

LOGOGRIFO.

Tengo ocho letras;
Soy de Ultramar,
Y con aquellas
Puedes formar
Lo que á seguida
Vóite á explicar.
Lo que yo tengo,
Y tú tendrás
Si eres ya viejo;
Una ciudad,
Donde van muchos
Con fé á orar;
Una semilla
Y un ordinal;
Tres apellidos
Que acertarás;
Un nombre propio

Antiguo ya;
Lo que hace el niño
Al despertar
En este mundo
Para llorar;
Con lo que escribo,
Que tú tendrás;
Lo que no es tuyo;
Un animal
De los que abundan,
No aquí, en Tetuan;
Lo que yo hice,
¡Suerte fatal!
Hace dos meses
Por andar mal;
Un pueblo célebre
Que fama da
A una semilla
Que visto habrás,
Con la que se hace
Ha tiempo ya
Una bebida
Muy general;
Lo que yo hago
Y los demás
Antes de irnos
A descansar;
Lo que une siempre
Toda ciudad,
Y va á los pueblos,
Y quieto está;
Dos sustantivos,
Cien cosas más
Que no te digo
Por acabar,
Pues que mi todo
Me espera ya.

(La solución al final del libro.)

UNA ESCENA DE COSTUMBRES... SOCIALES.



El pretendiente.—Yo soy, señor, Canuto Descosido, el que tuvo la honra de proporcionarle los votos de doscientos ochenta electores cuando...

El diputado.—Y bien, ¿qué desea V?

El pretendiente.—Señor..., estoy cesante, y tengo cuatro hijos.

El diputado.—Hombre, es una desgracia irreparable.

El pretendiente.—Señor, si V. S. quisiera....

El diputado.—Es una desgracia irreparable; ya se lo he dicho á V., irreparable.

Viajaba en una fragata una señora sumamente medrosa, y un andaluz gozaba con referirle hechos pavorosos sucedidos en el mar.

—Figúrese usted, le decía, que una vez saltó un tiburón y se comió una fragata.

—Mentira, mentira, repuso la señora; una fragata no cabe por la boca de un tiburón.

—¿Cómo que nó? Es que era muy grande. ¿V. no se come una nuez?

—¡Yá! la rompo, dijo la señora, y me como la carne.

—Pues bien: el tiburón se metió la fragata en la boca, la rompió, se comió la tripulación, y tiró la cáscara.

La señora se murió de repente.

El conde de Soissons, muerto en la batalla de la Marfea, dada en Sedan en 1641, tenía la barba roja. Estando en su casa de campo, á donde había ido Enrique IV para una partida de caza, preguntó en presencia del rey al jardinero, que era cunueo:

—Díme, chico, ¿por qué no tienes barba?

El jardinero le respondió:

—Haciendo Dios la distribución de las barbas, llegué yo á tiempo que sólo quedaban rojas para escoger, y más quise no tener barba que llevar una de ese color, que es el de Júdas.

Pasaban juntos cierto puente un portugués y un gallego, en el cual se hallaba establecida la costumbre de pagar á la salida un cuarto por cada nombre de los transeuntes.

El portugués dió el suyo al recaudador, seguido de siete apellidos, y abonó un real.

Observando el empleado que el gallego se escurría bonitamente, le llamó y le dijo:

—Buen hombre, tenga V. la bondad de decirme cuál es su nombre.

—¡Apénas llámome *Pedru!*

A un obispo muy feo lo aborrecía un fraile franciscano, no sabemos por qué, y el buen padre propuso vengarse en la primera ocasión que predicase en su presencia. La ocasión llegó; el fraile predicaba sobre el pecado, y según es costumbre, dirigía la palabra al obispo. He aquí cómo empezó:

«¡Cara fea tiene, Ilmo señor! ¡Horrible aspecto presenta, Ilmo señor! ¡No se puede sufrir, Ilmo señor! ¡Es insostenible, Ilmo señor! ¡Espanta, horripila la mirada, Ilmo señor!...»

El obispo comprendió la indirecta, y le dijo:

—Baje, baje, que ya le entiendo...

Pero el fraile, sin darse por aludido, continuó con el mayor aplomo, el *pecado mortal, Ilmo. señor.*

Una vieja setentona regaló á un sugeto á quien amaba una magnífica casa.

Una sobrina de la vieja, presunta heredera, jóven, linda y hermosa, encontró al caballero en la calle, lo paró y le dijo:

—En verdad, señor, que no ha costado á V. muy caro el edificio que acaba de adquirir.

—Es cierto, señorita, contestó el caballero; pero supuesto que V. sabe el precio, no tengo inconveniente en cedérselo por el mismo.

En un sermón que predicaba un fraile sobre el sexto mandamiento, apostrofando con la mayor vehemencia á los que, olvidando sus deberes, y arrostrando la cólera divina y las consecuencias lamentables de tales actos, se dejan dominar por el feo vicio de la impureza, decía:

—Y lo más extraño es que lo mismo hagan los que tienen por mujeres á jóvenes hermosas y robustas, que ya se daría cualquiera de nosotros por muy contento si le pertenecieran.

En una de las quintas de estos años últimos, debía un pueblo pequeño dar un soldado, teniendo sólo dos mozos útiles, el hijo del alcalde y Benito, criado de un rico labrador.

El alcalde, por salvar su hijo, ideó una trampa grosera, reducida á meter en la urna dos números *uno* y á obligar al Benito á que sacase la suerte el primero, pues era seguro que por necesidad habia de sacar el número uno y ser declarado soldado.

Pero la criada del alcalde era la novia de Benito, sospechó ó escuchó la trampa y se la contó á su novio.

Llegó el día del sorteo; todo estaba perfectamente preparado y no habia remedio alguno para Benito, si no se ayudaba de su ingenio. Pero el mozo era listo y tenia más deseos de casarse que de ir soldado; así es que, cuando llegó la ocasión, metió la mano en el cántaro á vista de todo el pueblo, sacó una cédula, y en vez de entregarla al secretario para que la leyese, se la metió en la boca y se la tragó.

—¡Qué haces, desgraciado! gritó el alcalde con voz aterradorá.

—Nada, señor alcalde, dijo Benito, no se alarme V. En el cántaro habia dos bolas, una con el número uno y otra con el dos. Nada se ha perdido; que saque ahora su hijo de usted, y si su bola es el número dos, yo soy soldado, y si es el número uno, lo es él.

—Es verdad, es verdad, gritó el pueblo entusiasmado.

Y el hijo del alcalde fué soldado sin que su padre pudiera decir una palabra.

Diez reales la sombrerera
En un cartel se leía;
Quise mirar desde fuera
Y sombrereras no habia.
Pero ví que me miraban,
No teniendo otro que hacer,
Unas muchachas que estaban
aparentando coser.

CHARADA.

Con mi primera y segunda
Soy un animal de pelo,
Y con mi segunda y prima
Inspiro mucho respeto.

(La solución al final del libro).



Sentimiento de los lectores del ALMAMAQUE DE LOS CHISTES por haber llegado á la última página.

SOLUCIONES

DE LAS CHARADAS, ENIGMAS, LOGOGRIFOS, ETC.

- PÁG. 44.—Charada: *Cómoda*.
— 48.—Logogrifo: *Molino*.
— 84.—Logogrifo: *Artemisa*.
— 84.—Adivinanza: *En que piensa*.
— 86.—Enigma: *La justicia*.
— 88.—Charada: *Botarate*.
— 108.—Enigma: *La pera*.
— 111.—Adivinanza: *Madre*.
— 122.—Charada: *Economía*.
— 127.—Logogrifo: *Palomera*.
— 138.—Enigma: *El pensamiento*.
— 149.—Adivinanza: *Porque la cama no se viene á nosotros*.
— 157.—Charada: *Romero*.
— 159.—Logogrifo: *Caserío*.
— 167.—Adivinanza: *Disminuir*.
— 171.—Enigma: *El estío*.
— 173.—Adivinanza: *Los que venden al peso*.
— 182.—Adivinanza: *Dos mujeres jóvenes y hermosas*.
— 185.—Logogrifo: *Mejicano*.
— 191.—Charada: *Gato y Toga*.